



Alexis Ravelo

SÓLO LOS MUERTOS

Otro asunto turbio para Eladio Monroy

se

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.



Alexis Ravelo

Sólo los muertos

Eladio Monroy - 2

ePUB r1.0

Tirith 16.04.13

Título original: *Sólo los muertos*
Alexis Ravelo, 2008

Editor digital: Tirith
ePub base r1.0



El autor de este libro es el mismo de *Tres funerales para Eladio Monroy*, así que, como el lector supondrá, sigue siendo un mal bicho esencialmente desagradecido. Pero también continúa habiendo personas a quienes debe dar las gracias por la lectura de las primeras versiones del texto y sin cuya colaboración este libro no hubiera sido posible o, al menos, hubiera sido bastante peor de lo que es. Ellas son Toñi Ramos, Gregorio González e Isabel González por prestarme sus conocimientos y su casa en Teror; Ivana Di Carlo, por soportar mis ignorancias y aguantar con maternal paciencia las interminables peroratas que le destripaban el argumento de *Sólo los muertos*; Eugenio Fuentes, que entre viaje y viaje siempre tiene un hueco para mí; Antonio Lozano, que me brindó su precisión atenta, Zoraida Rodríguez, que a veces confía en mi trabajo más que yo mismo; Jessy Suárez, a quien imaginé benévolamente sonriente mientras engullía mi manuscrito; una novena persona que no desea ser mencionada de ninguna manera, pero cuyos conocimientos sobre los procesos judiciales me resultaron sumamente útiles. Y, por supuesto, el equipo médico habitual: Carmen Sánchez María, madre putativa (con perdón) de Eladio Monroy y principal responsable de su existencia; Jorge Liria que está dispuesto a arruinarse para que las andanzas de mi pobre antihéroe lleguen a las manos del paciente lector; el mago Montecruz, responsable de que mis trabajos acaben pareciéndose a libros; Antonio Becerra y Carlos de la Fe, que siguen aguantando las borracheras y neuras del autor; la sala Cuasquías, el Hotel Madrid y la taberna Macabeo, que cuidaron el cuerpo.

Un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre.

La fe los obliga a la acción, a la injusticia, al mal; es bueno escucharlos asintiendo, medir en silencio cauteloso y cortés la intensidad de sus lepras y darles siempre la razón. Y la fe puede ser puesta y atizada en lo más desdeñable y subjetivo.

En la turnante mujer amada, en un perro, en un equipo de fútbol, en un número de ruleta, en la vocación de toda una vida.

Juan Carlos Onetti: *Dejemos hablar al viento*.

—Héctor Fuentes tomó un avión en dirección a Gran Canaria y después se lo tragó la tierra —resumió Arana volviendo a colocar en su sitio la botella de Macallan.

Anciano pero vigoroso, regresó al sofá calentando con las manos su copa de Armagnac tras entregar sus bebidas a Fárez y a Bolaño. Se había decidido que la reunión se celebrara allí, en su casa de la Sierra y en fin de semana, lejos de secretarías curiosas e improbables, pero no imposibles vigilancias electrónicas. Así que Arana condescendía a ejercer de anfitrión solícito, sin que ninguno de los tres olvidara no obstante quién mandaba allí.

Bolaño estaba sentado en el sillón de orejas que había frente a él, con los codos apoyados en las rodillas abiertas, inhabitualmente enfundadas en unos jeans, descansando la interminable frente sobre la palma extendida mientras la diestra sujetaba su whisky de malta.

Fárez, alto y delgado, con su sempiterna cazadora de cuero, permanecía en pie, recostado contra la chimenea, consciente de su puesto de subordinado sin atribución para la toma de decisiones aunque experto en resolver ciertas complicaciones que sólo él era capaz de afrontar. Ambos, Bolaño y Fárez, esperaban las palabras de Arana, que había interrumpido su argumentación para ofrecerles las bebidas.

—Lo de Esther fue lamentable, pero hay que reconocer que el accidente solucionó la complicación. Si lo miramos con frialdad, hasta nos benefició —su mirada y la de Fárez se cruzaron un

instante, aprovechando que la de Bolaño navegaba en el fondo de su vaso—. Y, en lugar de aprovechar ese golpe de suerte, dejamos que volviera a darse el mismo problema. Eso sí que fue un error de los gordos.

—Quién iba a pensar que —comenzó a decir Bolaño, pero se interrumpió cuando Arana dio una sonora palmada sobre la mesa.

—¡Pero, coño! ¿Cómo que quién? Yo no trabajo con ellos todos los días. Usted sí. Usted tenía que saber que este hombre y Esther eran íntimos, coño. Era precisamente usted quien tenía que pensarlo, joder.

Se hizo un silencio durante el cual Arana respiró hondo y recuperó su tono habitual. Un jefe no debe perder los estribos ante subordinados.

—Ahora ya da igual quién tenga o no la culpa. El caso es que ha volado y algo tendremos que hacer.

Bolaño se volvió un momento hacia Fárez.

—En esta jodida cadena de errores, no todo se ha perdido. Por lo menos, sabemos la dirección que tomó.

Casi pudo sentir el odio de Fárez clavándosele en el cogote, antes de oír la voz profunda de aquél:

—Eso da exactamente igual. Fue ayer. Desde allí, puede haber tomado un vuelo para cualquier otro sitio. O sea, que no todo está tan claro.

—Estos fallos no se pueden tener —sentenció Arana.

—No se nos ocurrió que él también estuviera en el ajo hasta anteayer —dijo Bolaño.

—Si me hubieran dejado solucionar el asunto a mi manera, ahora no tendríamos este problema. Pero usted aconsejó cautela. Mire cómo estamos ahora por sus remilgos.

Bolaño se levantó y se volvió nuevamente hacia él.

—¿Y si nos hubiéramos equivocado, qué? ¿Y si en realidad?

—Eso hubiera dado igual. Más valía asegurarse. En cambio, ahora.

—Nosotros no somos simples matones.

—Yo, lo que no soy, es un aficionado.

Sus tonos habían ido subiendo en volumen y en mal yogur a medida que ambos se acercaban hasta quedar encarados.

—¡Señores! —cortó Arana—. Ya está bien, coño.

Fárez y Bolaño acataron la orden y volvieron a sus sitios.

—Me estoy cansando de tanta gilipollez —dijo Arana, algo más sosegado—. No podemos permitirnos más errores. A partir de ahora, trabajaremos en equipo. Porque está claro que tenemos que solucionar este asunto. Nos jugamos mucho.

Bolaño asintió, pensativo, con la mirada perdida en algún punto de la alfombra. Fárez, por su parte, escuchaba atentamente, los brazos cruzados y las piernas abiertas, con un rictus de seriedad en su pálido rostro de cera.

—Lo primero es localizarlo —propuso el viejo, crujéndose los dedos.

—Si me da unos días —comenzó a decir Fárez.

—No —le apostrofó el otro—. Prefiero que se quede aquí por el momento. Para eso hay colaboradores habituales en los que se puede confiar. ¿No es así, Bolaño?

Bolaño sostenía entre los labios un cigarrillo que encendía, en ese instante, con fruición.

—Humm Otras veces hemos contratado a una agencia —dijo al exhalar la primera bocanada de humo.

—¿Con buenos resultados?

—Estupendos.

—Pues ya sabe. Simplemente, se encargarán de ubicar al individuo. Les daremos casi todos los datos, suavizándolos un poco para no despertar sospechas. No sé. Invéntese algo.

—Muy bien. Podemos hablar de vulneración de secretos o de infidelidad laboral. Algo así —aventuró Bolaño—. Pero, cuando lo tengamos ubicado, ¿qué hacemos?

Un denso silencio invadió el lujoso salón. Arana volvió a intentar sacarse las novias, pero sus falanges no emitieron ahora sonido alguno. Pasados unos segundos, dirigió una mirada de hielo a Fárez, quien se supo, como en otras ocasiones, último recurso para solucionar determinados problemas. Después apuntó con el dedo a Bolaño, como si el abogado no estuviera allí.

—Cuando lo tengamos ubicado, retiraremos a esa agencia del asunto. Pagaremos a nuestro amigo Fárez un billete de avión y le daremos, como pide, unos días libres. Y, cuando Fárez vuelva, usted, los de la agencia y yo mismo olvidaremos que ese hombre tuvo relación alguna con nosotros.

A Fárez se le escapó algo parecido a una sonrisa. Bolaño, en cambio, notó un escalofrío recorriéndole la espalda y una contracción irreprimible de su esfínter anal.

—Con el debido respeto, señor Arana, yo soy un hombre de leyes —se atrevió a decir.

—Mi querido amigo Bolaño, sabe que le aprecio. Pero le pago lo suficiente para que sea lo que a mí me convenga que sea. Y, sintiéndolo mucho, nos pondrá en contacto con la agencia y hará exactamente lo que le he ordenado. Nos jugamos mucho. Usted el primero. ¿No le parece, Fárez?

Fárez se relamió de gusto antes de decir:

—Señor Arana, para estas ocasiones, en mi barrio hay un dicho que le viene perfecto a Bolaño.

Bolaño lo miró, inquiriendo con los ojos.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—O follamos todos, o tiramos a la puta al río.

Arana soltó una carcajada irreprimible. Fárez, por su parte, permaneció mirando a Bolaño con sus ojos de hielo, desafiante y seguro de sí. Bolaño sabía que quien se enfrentaba a esa mirada no solía salir indemne.

Primera parte

Esto no es una novela policíaca

1

Cuando Casimiro elevó la puerta metálica del bar Casablanca, los yonquis no estaban sentados ante ella. Se habían metido bajo el alero del edificio de enfrente para protegerse de la lluvia y el viento.

Estaba resultando un invierno duro. Al menos, para Las Palmas, donde si llovía, la gente se asomaba a la ventana para ver el espectáculo y una temperatura de 17 grados era considerada suficiente motivo para sacar del ropero el pulóver, el abrigo, los guantes y el gorro de lana. Para colmo, no hacía demasiado tiempo que había pasado por el archipiélago una tormenta tropical, amputando el Dedo de Dios, roca milenaria que, frente al puerto de Las Nieves, semejaba a un dedo señalando a las nubes, cosa que, por cierto, siempre le había dado que pensar a Eladio Monroy, pues, si, según tradición, Dios está en los cielos, cómo leches iba a brotar su puño del agua con el índice extendido hacia arriba. El temporal había provocado cortes de electricidad en Tenerife durante cinco o

seis días, con lo cual, semana sí y semana no, Protección Civil y Delegación del Gobierno se curaban en salud declarando alertas por tormentas, lluvias y fuertes vientos que acababan en un nublado, cuatro gotas y dos rachas que no hubieran puesto en apuros ni a una cometa. Pero a los yonquis les daba igual. Ellos, cuando tenían frío, tenían frío.

Eladio Monroy llegó, como cada mañana, al Casablanca a eso de las once y media, con el periódico bajo el brazo y necesidad de cafeína. Se ubicó en una de las mesas y esperó a que Casimiro, Polifemo en miniatura, le llevase el café de costumbre en la taza cascada de siempre. Después, el tuerto volvió tras el mostrador y continuó zapeando compulsivamente.

La cabezota rasurada de Monroy, cuya frente comenzaba a acusar en forma de arrugas las consecuencias de años y años de fruncir el ceño con más frecuencia de la necesaria, se inclinó sobre el diario y su dueño empezó a comprobar que el año se presentaba movidito, con radicales islámicos proyectando atentados, radicales cristianos proyectando aplastar a los radicales islámicos, la sempiterna tensión nuclear con Irán (como no se anduvieran con ojo iban a ser los siguientes) y tramas de comisiones ilegales en las Islas. Como hubiera dicho Unamuno, Chocolate por la noticia.

Miró hacia la calle León y Castillo y comprobó que a transeúntes y conductores todo eso les resbalaba, preocupados por llegar a lo más alto de aquella cuesta de enero que, vaya usted a saber por qué, llevaba ya cuatro o cinco años prolongándose hasta primeros de marzo.

Se preguntó qué haría hoy. Se respondió que casi nada. No tenía ningún trabajo pendiente, aparte de lo de Paco Nieves. Por un lado, su pensión de la marina había llevado la paga extra en diciembre. Y Monroy, poco amigo de fiestas navideñas, la conservaba casi intacta, salvo el monto de un reloj y un libro de arte que había regalado a Gloria en Reyes, cosas de darle un gustito, porque a ella le hacía ilusión y porque qué carajo, la mujer se lo

merecía. Por otro, cierta operación con unos reproductores de emepetrés le había salido bastante redonda, precisamente gracias al consumismo navideño. Y, en general, el año no había estado mal del todo. Hoy podía dedicarse a pasear o a leer alguno de los libros que había comprado de saldo la semana anterior y que se apilaban peligrosamente como una torre de Babel de letras muertas y olvidadas sobre su mesilla de noche. Pero era viernes. También cabía la posibilidad de invitar a Gloria al cine y a cenar. Era lo propio de ese día de la semana.

Sin decidirse por ninguna de las opciones, dejó a Casimiro una moneda de un euro sobre la barra de zinc y salió del Casablanca. En la calle, se cruzó con el Chapi, grasiento y despeinado, que se dirigía a tomar el cortado de media mañana, seguido por un pequinés callejero que había adoptado hacía un par de semanas.

—¡Hombre, señor Monroy! —dijo ofreciéndole la mano tras limpiaensuciársela negligentemente en el mono azul negruzco.

Monroy miró la mano con repugnancia y la estrechó ligeramente.

—¿Adónde vas con el chucho?

—A echar el cortadito.

—Casimiro te va a dar una patada en el culo.

—Que se joda. Mecánico también es un cliente —repuso el Chapi dirigiéndose al pequinés y palmeándole el mugriento lomo—. ¿Verdad que sí, coleguita?

El perro lo miró con los dos boliches negros de sus ojos y mostró una lengüilla jadeante.

—Vaya nombre le pusiste al pobre chucho.

—Es que duerme debajo de los coches y está todo el día lleno de grasa. Es un currante de los míos —dijo el Chapi bien alto y claro, para que Mecánico se diera cuenta de que se hablaba de él. El saco de pulgas continuó jadeando—. ¿Ves cómo se fija? Animalito Si es que parece que te entiende y todo Con mi mujer me pasa igual.

Dicho lo cual, entró en el bar Casablanca. Mecánico lo siguió hacia el interior. Mientras esperaba para cruzar, Monroy escuchó a su espalda los gritos de Casimiro.

—¿Otra vez con el perro de los huevos? ¿Por qué no lo dejas en el taller con Dudú? —gritaba el tuerto—. ¡Ya te dije que no quiero perros aquí, coño!

—¿Con Dudú? Estás loco. Esa gente, a los perros, se los come, que lo vi yo en un documental.

—Pues me suda la polla, pero sácalo de aquí de una puta vez.

—Tú, lo que pasa, es que no tienes corazón.

—¡No, lo que pasa es que no me sale de los huevos estar limpiando meados, joder!

—¡Vámonos, Mecánico, que aquí no nos quieren!

—¡Sí, anda, salpica de aquí y métete el puto perro por el culo, cojones!

Monroy ya había cruzado la acera cuando se volvió a ver cómo salía el Chapi del bar seguido por el chucho.

—Vámonos, mi niño. Vamos al bar de Pepe, ¡que aquí dan garrafón!

Los yonquis de la esquina casi se murieron de risa cuando Casimiro salió a la puerta del bar para hacerle un corte de mangas, mientras el Chapi caminaba calle abajo con paso resuelto. Mecánico, tras él, jadeaba.

Monroy siguió recorriendo León y Castillo en dirección Sur. Algunos tímidos rayos de sol jugaron durante un rato con los cristales y embellecedores de metal de los coches, pero luego volvieron a ocultarse tras las nubes. Esto no tiene fuerza ni para calentar una lata de fabada, pensó. Tomó la calle Murga, siempre con el periódico plegado en la mano y entró en su portal preguntándose qué leches era lo que se le habría olvidado comprar hoy antes de subir, porque siempre se le olvidaba algo y no lo recordaba hasta que se ponía la ropa de andar por casa. Antes de entrar, tocó en la puerta de enfrente, para darle el periódico a

Matías. El viejo, como era habitual, tardó un poco en abrir. Monroy lo imaginó oyendo el timbre, alcanzando el mando a distancia, pausando la reproducción del devedé, buscando las chancletas, levantándose con esfuerzo, mirando por la mirilla, abriendo finalmente tras dudar un último instante si ponerse o no ponerse la dentadura postiza, que no necesitaría hasta que su hija llegase con el almuerzo, (¿para qué, si era Eladio?) antes de asomar la cabeza y alargar la mano.

—¿Qué pasa, Matías? Estás viejo, jodido. Seguro que te habías quedado dormido, ¿no? —dijo Monroy, dándole el periódico.

—Es verdad, mi niño —repuso Matías, meneando la cabeza con gesto de anciano venerable—. Estoy tan mayor que me paso el día dando cabezadas. Ya ves, me podría quedar dormido hasta entre los cuernos de tu padre.

Monroy no pudo evitar reírse por lo bajo.

—¿Qué? ¿Qué trae el periódico hoy?

—No te lo digo para no destripártelo, pero me parece que te lo vas a pasar de cojones. ¿Qué estabas viendo?

—Ah *Los doce del patíbulo*, que me la regaló Pachi el otro día.

—Para que luego digas que tu yerno es un cabrón.

—Hombre, es un cabrón, pero me regala películas.

—No tienes arreglo, viejo —dijo Monroy volviéndose para abrir su puerta—. Oye, por cierto, dile que pasado mañana me tenga el dinero de la cámara digital.

—¿Te va a comprar una cámara de vídeo?

—De fotos.

—De segunda mano.

—Nuevita de paquete Pero a ti no creo que te vaya a sacar ninguna foto Porque seguro que la rompes. Con esa cara de tortuga —le soltó justo antes de cerrar rápidamente la puerta para no dar a Matías opción a réplica. Mientras saboreaba las mieles del triunfo aún pudo oír la voz del viejo refiriéndose a la supuesta afición de Monroy a la sodomía, la coprofagia y la felación activa.

Una vez en casa, después de ponerse cómodo y pinchar el *Peer Gynt* (en los últimos tiempos tenía cuerpo de clásico) sacó de la nevera el bol en el que había puesto el conejo a macerar. Parecía haber absorbido bien el adobo. Ahora habría que freírlo y volverlo a poner a fuego lento. Finalmente, haría una fritura de ajo, laurel y almendra y lo añadiría. Un par de papas sancochadas, y a volar. Pero el problema es que era mucho conejo. Solución para el problema: Gloria. O, mejor dicho, Gloria y el voraz apetito de Gloria. Por tanto, la telefoneó a la librería.

—Oye, ¿te apetece un conejo en salmorejo?

—¿Me estás invitando a almorzar?

—No. Pensaba cobrarte.

Al otro lado del hilo, Gloria se tomó unos segundos antes de reponer en tono bastante coquetuelo:

—Bueno, es una propuesta muy atractiva. Lo que pasa es que me acaban de invitar a comer. No sé si podré suspender ese compromiso.

Monroy se preguntó si jugaría o no y, finalmente, decidió entrar en el juego.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te invitó?

—Oh, un chico. La verdad es que no sé qué hacer.

—Ah, pues tú verás, querida. Lo único es que me avises, así llamo yo a alguien.

—Que no, bobo. Que voy. Pero, en serio, no veas qué gracia. Me han hecho proposiciones —por como lo decía, estaba claro que le había hecho muchísima ilusión—. Un tipo muy interesante. Ahora no puedo hablar. Luego te cuento.

Y colgó, hecha unas castañuelas en El Rocío.

¿Y por qué no? Todavía está apetecible, la Gloria se dijo Monroy. Acababa de volverse hacia la cocina, cuando sonó el teléfono. En la pantalla líquida del aparato, se leía un número de móvil que a Monroy no le resultaba familiar. Descolgó y preguntó quién era.

Resultó ser un hombre de voz joven y acento peninsular, probablemente del Norte.

—Buenos días. Pregunto por Eladio Monroy.

—Sí, pero, ¿quién es?

—Oh, mi nombre no creo que le suene, pero nos conocemos. Es usted, ¿verdad? Eladio Monroy, digo.

Monroy le concedió unos segundos para que comprendiese que así era y, de paso, mostrarle lo desagradable que le resultaba no saber el nombre de su interlocutor.

—Probablemente usted no me recuerde. Nos conocimos por un asunto hace un tiempo. En julio de 2004. Necesito hablar con usted.

Las imágenes se agolparon en la mente de Monroy como en un calidoscopio rabioso: el cadáver de un sexagenario con la cabeza en medio de un charco de sangre. García Medina en albornoz a medianoche ante su piscina, tomando de su mano un sobre abierto. La luz mortecina de un prostíbulo. Y Loreto. De nuevo Loreto en medio de un sufrimiento indecible, su rostro mezclándose con el de Paula y con la imagen de un ramo de flores golpeado contra las peñas por la marea. Todo esto se combinó y superpuso cientos, miles de veces en la mente de Monroy en los dos segundos que tardó en volver a hablar.

—Bueno, vamos a empezar por el principio, porque me estoy empezando a calentar. Hacemos como que no hemos dicho nada todavía y yo acabo de descolgar el teléfono, ¿de acuerdo? Buenos días, ¿con quién cojones estoy hablando?

El otro captó el mensaje y Monroy casi pudo oler la sonrisa que mostraba antes de responder:

—Buenos días. Me llamo Carlos Molina. Pregunto por Eladio Monroy por un asunto de trabajo.

—¿Nos conocemos?

—Sí. Estuve aquí con un compañero haciendo un seguimiento — el tal Molina paró de hablar unos segundos, como si dudase si seguir haciéndolo. Finalmente, prosiguió—. Trabajo para una

agencia de investigación. Resultó que usted prestaba, digamos, servicios de custodia para la persona a la que investigábamos.

Monroy se sintió bastante aliviado al recordar el asunto de Ortiz. Un asunto leve. Sucio pero leve. Un delincuente de cuello blanco para quien él hizo de niñera veinticuatro horas. También recordó a los dos tipos que lo seguían y a quienes él dio esquinazo. Debía tratarse del más tratable, el más bajito de los dos, porque, aunque no recordaba exactamente su nombre, sabía que el otro no se llamaba Carlos.

—Ortiz.

—Sí, Ortiz. Fue usted bastante hábil. Sobre todo teniendo en cuenta que no es del oficio. Conozco a un montón de profesionales que no lo hubiesen hecho la mitad de bien.

—Vale, pero, ¿cómo dio conmigo?

—Ah, Ortiz me pasó su teléfono.

Aquello sí que era nuevo. Monroy comenzó a sentir una curiosidad realmente irresistible y Molina pareció adivinarlo.

—No se extrañe tanto, Eladio. En los últimos tiempos he tenido bastante contacto con él. De hecho, esa vez, fue la propia empresa de Ortiz la que nos contrató. Desde entonces, en alguna ocasión, nos ha llamado para algunos asuntos. Por cierto, le envía un abrazo. Verá, me gustaría hablar con usted en persona, a poder ser ahora mismo.

—Me pilla cocinando.

—Hombre, diez minutos. El tiempo justo de un café y de comentarle el asunto, que yo creo que le va a interesar. Hay un buen dinero y no es nada complicado.

—¿Ni peligroso?

Molina dejó oír una franca carcajada.

—Pero, bueno, Eladio. Esto no es una novela policiaca, hombre —respondió con suficiencia—. Es una cosa hasta aburrida. Un tema de rutina. Pero pagamos bien.

Monroy consultó el reloj.

—¿Conoce el parque San Telmo?

—Sí. Me estoy alojando cerca.

—Allí hay un quiosco con terraza. Nos vemos allá en un cuarto de hora.

—Quince minutos. De acuerdo. Le prometo que no le voy a robar mucho rato.

2

Monroy no tardó en reconocer a Molina en el tipo sentado ante una caña, en una mesa cercana a la de las dos holandesas, aunque ya no llevase su atuendo de falso turista y sí un gabán de cuero que debía de haberle costado un riñón. Continuaba pareciéndose a Danny De Vito, un poco más alto, un tanto más joven, pero siempre igualmente rechoncho y calvo, por muchos abrigos caros que pudiera costearse con su dinero ganado vaya usted a saber cómo. Molina, en cambio, se demoró un poco más en constatar su presencia, pues parecía hallarse inmerso en una escasamente disimulada inspección de los muslos desnudos de una de las dos chicas. Pero cuando sus ojos se encontraron, mostró una sonrisa cordial y lo invitó a sentarse a su lado.

—Gracias por venir, Eladio —dijo cuando el camarero colombiano trajo a Monroy el botellín que pidió.

—Me picaba la curiosidad.

Carlos Molina sonrió nuevamente, esta vez con diplomacia. Abrió el maletín que tenía en el suelo junto a sí y sacó de él una subcarpeta de cartulina azul que dejó sobre la mesa. Seguidamente, puso ante Monroy una tarjeta de visita que tenía ya preparada.

La tarjeta mostraba el logotipo de «Gracián y Puig Investigaciones» y, un poco más abajo, podía leerse el nombre de Carlos Molina Pérez, Licencia mil ciento y tantos, y su cargo, «División de empresas. Coordinador», sobre direcciones y teléfonos de Madrid y Barcelona y una dirección web: www.grapuín.org.

Monroy examinó cuidadosamente la tarjeta con la atenta mirada de Molina puesta sobre él.

—Trabajo para esta agencia. Ya ve que todo es legal. Tenemos sucursales por todo el país y llevamos todo tipo de asuntos: custodia, fidelidad laboral, contraespionaje industrial e informático, localizaciones, fraudes a aseguradoras —recitó Molina con aire y velocidad de vendedor de seguros—. Rara vez trabajamos para particulares. Suelen contratarnos bufetes de abogados o gabinetes legales de empresas grandes. Muy grandes, Eladio. Empresas que pagan muy bien. Y por eso nosotros pagamos muy bien a los que colaboran con nosotros. Como verá, se trata de un negocio serio. Somos los segundos del país en volumen de trabajo y.

—Vale —atajó Monroy—, está bien. La agencia de ustedes es la rehostia. El puto Corte Inglés de las agencias de detectives. Y ahora, dígame de qué va el asunto, porque se me está yendo la mañana.

Molina lo miró de reojo:

—¿No podría intentar ser un poco menos borde, Monroy?

—Como dijo el escorpión: No puedo evitarlo; es mi naturaleza.

El detective suspiró, dándolo por imposible.

—Está bien. Intentaré resumírselo. Hay un trabajo que hacer aquí y necesitamos a alguien que domine el entorno.

—Pues hace un par de años, parecían estar muy cómodos.

—Cuando se trata de un par de días, podemos mandar a quien sea adonde sea. Pero, en asuntos como éste, que llevan un poco más de tiempo, los costes se disparan: estancias, dietas Ya se imaginará. Entonces, nos sale más rentable, digamos, subcontratar a alguien que resida habitualmente en la zona. Por otro lado, ahora mismo andamos más bien cortos de personal.

—Asuntos como éste —repitió Monroy, indicando qué rumbo deseaba que tomase la conversación.

—Sí Básicamente se trata de localizar a una persona.

Monroy frunció el ceño.

—No se asuste. No está difícil la cosa —le tranquilizó Molina—. Ya le doy luego los detalles. Tendrá que localizarle y acercarse de alguna manera a él. Hacerse, si puede, amiguete suyo.

—¿Para?

—Para enterarnos de cuáles son sus planes.

Monroy se pellizcó el mentón, apuró de un trago el botellín y preguntó:

—Bueno, ¿por qué no empezamos por el principio?

Para empezar por el principio, Molina deslizó la subcarpeta por la mesa hasta que quedó al alcance de Monroy.

—Todavía no sabemos si es un asunto de espionaje industrial o de infidelidad laboral. Perdone la jerga —añadió Molina al ver que Monroy enarcaba las cejas—. Héctor David Fuentes Hurtado. Héctor para los amigos, que son pocos. Madrileño. Divorciado. Sin hijos. Licenciado en Bioquímica por la Complutense. Un Master en Económicas. Vicios, los habituales: tabaco, alcohol, una rayita de vez en cuando Nada fuera de lo normal. No juega. Economía saneada. Bueno, está todo ahí. Ya lo irá viendo.

Monroy abrió la carpeta y se encontró con la fotografía de un cuarentón de pelo castaño y lacio, peinado con raya a un lado y flequillo, con ojos oscuros hundidos tras unas gafas de monturas al aire, afeitado perfecto y la tez macilenta de quien se pasa la vida trabajando.

Molina puso el pie de foto.

—Un tipo gris. O eso parecía. Se ha pasado quince años trabajando para la delegación en Madrid de Feinberg and Feinberg, en el Centro de Investigación y Desarrollo de Proyectos. De hecho, debe de tener la cabeza bien amueblada, porque llegó a ser Director del Departamento de Control de Calidad. Casi el segundo de a bordo. Uno de esos tipos imprescindibles en las empresas. Con grandes ideas. Serio. La ambición justa. El caso es que en diciembre del año pasado, empieza a tener un comportamiento poco habitual. Nada escandaloso, pero trabaja menos en equipo, evita

reunirse con el jefe. En fin, es un tipo distinto. Y, el mes pasado, anunció que dejaba la empresa. Su jefe se mosquea, avisa a sus propios jefes y éstos consultan al gabinete legal que, a su vez, como ha hecho otras veces, contrata a Gracián y Puig para seguirle y reunir pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—Ya le dije que no lo sabemos. Pero a los de Feinberg y Feinberg algo les huele a podrido. El amigo Fuentes sabe muchísimas cosas de la empresa: nuevos proyectos, desarrollo de estrategias comerciales para los próximos años. Cosas que le vendrían muy de puta madre a la competencia.

Monroy volvió a pellizcarse el mentón, pensando que, quizá, lo que le ocurría al tal Héctor es que se había cansado de pasarse quince años siendo el segundo de a bordo y le había hecho una pedorreta al jefe. Pero por lo visto en el asunto había dinero para él, así que decidió callárselo.

—La teoría de los de Feinberg y Feinberg es que alguien de la competencia ha estado coqueteando con él desde el año pasado, y que, por fin, el amigo Fuentes ha decidido dejar la empresa y vender sus secretillos. Lo cual, por cierto, es un delito bastante gordo, porque, al entrar en la empresa firmó un contrato de confidencialidad a prueba de bomba.

Monroy asintió de pasada, mostrando que ya lo había supuesto, y luego preguntó:

—¿A qué se dedican los Feinberg y Feinberg?

—A casi todo. Da igual: productos farmacéuticos, importaciones de Extremo Oriente, alimentación. Es una multinacional, Eladio. Ya sabe cómo va eso hoy en día: no hay una actividad principal; no hay cabeza visible: no hay sede corporativa central; el objeto del negocio es el propio negocio. Bah, para no enrollarnos más, el caso es que Fuentes puso en venta su piso a través de inmobiliaria, vendió sus acciones (que las tenía) de la empresa, pagó todas sus deudas,

metió todo lo que le interesaba conservar en un par de maletas y tomó un avión hacia aquí. Y de aquí, al parecer, no se ha movido.

—¿Y después?

—Para que nos cuente eso es para lo que vamos a pagarle, porque desde que se metió en ese avión se lo ha tragado la tierra. Todo lo que sabemos sobre él está en ese dossier. Tómese un día para paladearlo y luego póngase a buscar.

Monroy frotó en el aire el pulgar y el índice.

—¿Y cómo se llama esto?

Molina tardó unos segundos en comprender a qué se refería.

—Ah, cien diarios. No creo que tenga muchos gastos, pero pida las facturas. Si todo sale bien, puede que haya también una gratificación. Eso sí, si en diez o quince días no tiene nada, nos replantearíamos si seguir buscándole o no. ¿Qué le parece?

Monroy volvió a pellizcarse el mentón.

—Entonces, la cosa es encontrarlo —concluyó en voz alta.

—La cosa es encontrarlo, acercarse a él y enterarse de qué es lo que pretende hacer. Aunque, si esto es muy complicado, me avisa y ya nos encargamos nosotros. Nos saldría más barato que lo hiciera usted, pero, ya ubicado, podemos montar un dispositivo. El cliente está muy interesado en que Fuentes no sospeche que lo vigilan. Bueno, supongo que se apunta a hacer el trabajo.

Monroy, con una seña, pidió otro botellín al colombiano, que había pegado la hebra en inglés de garrafón con las dos holandesas.

—Me lo pienso mientras me echo la penúltima.

—Tenga en cuenta que, si todo sale bien, podríamos llamarlo para otros trabajos. Este es un buen negocio. Y la empresa es una de las mayores del país.

—¿Forma de pago?

—Por transferencia. Por cierto, su nombre no aparecerá en ninguna factura, ni nada por el estilo. Lo meteremos en la cuenta de gastos.

—¿Y eso?

—Usted va a hacer de detective, pero no es detective. No tiene licencia. Tampoco es técnico, ni abogado, ni nada por el estilo. Y el cliente paga por dejar el asunto en manos de profesionales —Molina miró a su alrededor y bajó la voz acercándose un poco más a Monroy, en tono de confianza mientras las holandesas se reían con escándalo y burocrática lascivia—. La idea de hacerle el encargo es mía, Monroy. Soy yo quien directamente ha decidido confiar en usted. Por otro lado, a usted no le interesa declarar este tipo de actividades. No sé si su pensión.

Por primera vez durante la entrevista, Monroy se mostró sorprendido y el detective se dio inmediata cuenta.

—Compréndalo, Eladio: una cosa es hacerle un encargo a un free lance y otra muy distinta es hacérselo a cualquiera. Uno tiene que asegurarse.

—Ya. Y, en vez de preguntarme, es mejor investigarme.

Molina se encogió de hombros.

—Deformación profesional. En todo caso, sólo han sido un par de consultas. Pura rutina. Por cierto, ¿le sigue jodiendo el hombro?

—Sólo cuando me tocan los cojones —le escupió Monroy.

El camarero se había dignado a posponer su charla, había desaparecido dentro del quiosco y regresado con el botellín de Monroy y unos chupitos de ron miel para las holandesas.

—Amiguete, si eso es para ver si te follas a las guiris, mejor va a ser que te los ahorres —le espetó Monroy, señalándole los chupitos—. Son tortilleras.

El colombiano miró alternativamente a la bandeja, a las turistas y a aquel cliente listillo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque en cuanto te fuiste, pegaron a hablar en holandés y te dijeron de todo menos bonito. Por lo visto, el plan es sacarte las copas gratis y dejarte con el rabo tieso. Pero tú mismo.

El camarero volvió a repartir miradas a diestro y siniestro con sus ojillos negros. Dudó unos segundos y, después, con gesto cabreado, puso los chupitos ante ellos.

—Si ya decía yo que era demasiada buena suerte conseguir trabajo y tirarme a dos rubias en la misma semana. Tomen, los invito a los señores.

—A tu salud —le brindó Molina—. Y que se joda el turismo.

El colombiano se fue a limpiar innecesariamente una mesa del otro extremo de la terraza, odiando a las holandesas, que empezaron a notar que algo no iba bien.

—No sabía que hablara holandés.

—Vaya. A ver si va a resultar que no es usted tan buen detective.

3

Gloria aún rebañaba la salsa del plato (sin almendras, porque eran las almendras lo que a Monroy se le había olvidado comprar antes de subir y, habiéndolo recordado al volver de San Telmo, había vuelto a olvidarse), mientras él preparaba café. No había parado de jugar con la idea de su admirador en todo el almuerzo y Monroy, por darle gusto, fingió sentir unos celos y una curiosidad inexistentes, cuando, en realidad, pensaba en la reunión que había tenido hacía una hora.

Al final, la posibilidad de ganar mil euros en diez días pudo más que sus deseos de tranquilidad. Las cosas le iban bien, pero a saber el mes que viene. Y eso de hacer de detective tenía hasta su gracia.

Gloria apareció en la cocina con el plato vacío, lo dejó en el fregadero y opinó que estaba buenísimomiamor. Consultó su reloj y le dijo que todavía le quedaba una hora y media antes de volver a la librería.

Se apoyó contra la mesa de la cocina de cara a él y preguntó, paladeando las palabras:

—¿Te apetece que hagamos algo? ¿O llamo a mi admirador?

Monroy contempló su cuerpo menudo, la piel bronceada que el escote abierto de la camisa de seda mostraba, los labios carnosos humedecidos por la punta de su lengua con gesto inequívoco, los ojos oscuros sonriéndole con un brillo que le resultaba familiar. Alargó la mano y rozó con sus dedos un punto determinado que

había bajo el lóbulo de su oreja, entre el cuello y la mandíbula, haciendo que a Gloria se le pusiese la carne de gallina.

—Siempre sabes exactamente lo que tienes que hacer y cuándo, cabrón.

—¿Crees que tu admirador se habrá estudiado como yo el manual de instrucciones? —Preguntó Monroy, aproximándose.

—Ni de coña —susurró ella entrecerrando los ojos y buscándole los labios.

* * *

Cuando Gloria se hubo marchado, Monroy, armado con una taza de café, un paquete de tabaco, el bolígrafo (el mismo bolígrafo metálico de resorte que, cuando salía, llevaba siempre por si acaso) y un bloc de notas, se sentó a leer el informe. A la mesa del comedor casi no llegaba la mísera luz de la tarde y él, que se había apuntado a la obsesión que todo el mundo sentía últimamente por la presbicia, había encendido ya las luces.

La subcarpeta azul contenía todo tipo de documentos fotocopiados o impresos a ordenador: partidas de nacimiento, contratos laborales, expedientes académicos, extractos bancarios, listados. Además, algunas páginas escritas por Molina o algún subordinado suyo acerca de costumbres, amistades, sitios a los que Fuentes solía ir, aficiones y demás miserias que sólo al propio Fuentes deberían realmente interesar. Aquello era una verdadera biografía no autorizada de aquel hombre que lo contemplaba nuevamente desde la foto con sus ojos miopes y limpios.

Monroy pasó un par de horas leyendo y tomando notas y, sobre las siete, había reunido ya las suficientes observaciones para comenzar.

Héctor Fuentes Hurtado era madrileño y tenía cuarenta y tres años. Había estudiado en los Jesuitas y en la Complutense. Había trabajado como técnico de laboratorio en una conservera de Lugo, donde había conocido a Marta Ureña Gil. Matrimonio en 1989. Al año siguiente, retorno a Madrid y contrato en Feinberg and Feinberg

Española. Separación en 1992. Ella se vuelve a Lugo y al año siguiente formalizan el divorcio. Relación amistosa. Frecuentes llamadas telefónicas. Buen rollo.

Tenía tres amigos. Dos compañeros del trabajo (no demasiado íntimos: cervezas en La Latina o excursiones a Segovia, de vez en cuando) y un condiscípulo de los jesuitas, agente de seguros, casado y con tres hijos. Las direcciones y los teléfonos de estos tres estaban en el informe.

Cine dos o tres veces a la semana, solo, en primera sesión.

Iba de librerías una vez a la semana, generalmente los lunes o los martes, y, como durante años había pagado con tarjeta, el informe incluía una lista de los libros que había adquirido en los últimos meses. Esta lista le pareció a Monroy una obscenidad. Sintió vergüenza y asco al fisgar de esa forma en la intimidad de Fuentes, quien, al parecer, era un lector caótico y pasional. Desde las Obras Completas de Brecht (un montón de volúmenes en edición de bolsillo) a Lucrecio, pasando por Sándor Márai y Giovanni Papini. Terminó de leer la lista y se sintió aún peor, porque el individuo había empezado a caerle realmente bien. No había ningún Follet, ningún Pérez Reverte, ningún Dan Brown en la lista.

Además, un foro literario en Internet, donde había participado con asiduidad semanal (los sábados a partir de medianoche), con el nick Ícaro77.

Todo esto indicaba, por un lado, que Fuentes era un individuo bastante culto, pero también muy solitario; por otro (y esto era lo más importante), que se trataba de un animal de costumbres, lo cual facilitaría bastante la tarea.

Lo primero que hizo Monroy fue inscribirse en el foro. No tardó demasiado en cargar la página y registrarse, con un nick apropiado: Athanasiuspernath.

Echó un vistazo al índice del foro, al que, al parecer, se conectaban bastantes seudointelectualoides, mezclados con varias niñas cursis adictas a Isabel Allende y diversos despistados que

habían leído *La sombra del viento*. Frente a éstos, había una serie de individuos con más o menos ínfulas, pero mucho mejor informados, que se destacaban por conectar entre ellos y mantener conversaciones medianamente interesantes, espantando a los otros con verbo certero, quizá algo pedante, si intentaban acercarse con sus poesías engoladas y sus prosas insulsas. Uno de esos elementos era Ícaro77, bastante educado y proselitista, que intercambiaba citas, referencias bibliográficas y aclaraciones sobre ediciones y traducciones. La última intervención en el foro era del sábado anterior (dando noticia de que Javier Marías acababa de editar una traducción del *Tristram Shandy*). Por tanto, el hombre continuaba conectándose al foro.

Una vez inscrito, Monroy escribió un mensaje (no era conveniente irrumpir de golpe al día siguiente, sábado) en el que preguntaba por algo que ya sabía: en qué edición podía conseguir la traducción de Valverde de *Ulises*. El siguiente paso era rastrear las librerías. En Las Palmas sólo había cuatro o cinco librereros de verdad. Así que no le costaría. Además, Ei2 la controlaría Gloria, debidamente aleccionada.

Luego salió del foro y buscó la página de Gracián y Puig. Se cargó enseguida. Apariencia sólida y moderna. Animaciones y fotografías sucediéndose sobre fondos azules y anaranjados. Un midi que intentaba parecerse a *Tubular Bells*, y que se le parecía como una monja a un chapero de treinta euros. El único toque de verdadera caspa era el escudo de la APDPE (que resultó ser la Asociación Profesional de Detectives Privados de España) y el de la DGP en el ángulo inferior izquierdo de la pantalla. La página informaba sobre los ámbitos de actividad de Gargajo y Pus, lo que ellos denominaban «el equipo humano», los «métodos» de trabajo, y el contenido de la Ley 23/1992, de 30 de julio, de Seguridad Privada. Disponía, también, de una sección especialmente dedicada a darse bombo con su actualizadísima División de Nuevas Tecnologías, además de una salutación y una foto del propio señor

Gargajo y el mismísimo señor Pus, quienes daban su bienvenida a los visitantes de la página sentados a medias sobre la enorme mesa del que pasaba por ser el despacho de uno de ellos, presumiendo de prestar una ayuda inestimable e insustituible a los mejores bufetes de abogados del país.

En román paladino: dos correveidiles que ayudaban a unas ratas. Una pandilla de sobornadores de portera intentando hacerse pasar por modernos ejecutivos que, encima, se ponían la medalla. Todo legal. Todo limpio. Nada que ver con Spade o con Marlowe, quienes, mirándolos de reojo, hubieran llamado mariquitas y lameculos a míster Gargajo y míster Pus antes de escupirles en el zapato y cagarse en la puta que los parió. O quizá no necesariamente en ese orden.

4

—El tipo que le levanta la mano a una mujer no tiene perdón.

Monroy procuró obviar el velado machismo implícito en esta indignada afirmación, ese mismo velado machismo que daba por sentado que una mujer es un ser débil; el mismo que las hacía pasar delante o les impedía tomar la iniciativa a la hora de pagar la cuenta. Procuró obviarlo porque siempre hay que tener en cuenta, como hubiera dicho Pierce, el contexto, la intención y la persona que profiere una afirmación antes de medir su alcance. Y quien así había hablado era Paco Nieves, sentado en su silla de ruedas, intentando secarse con una servilleta de papel unas lágrimas que lo avergonzaban.

Estaban sentados en el recibidor de la vivienda de Paco en Escaleritas. Aquel recibidor de casa humilde venida a más que no podía separarse del Sagrado Corazón de Jesús de serie con el marco oscurecido por los años, ni de los tapetes de ganchillo que cubrían los muebles, ni de los adornos baratos que Sarito había colocado por todos lados, los animalitos de falsa porcelana que buscaba en los todo a un euro y en los mercadillos, y que ella prefería al cristal de Bohemia y las obras originales de arte moderno que bien hubiera podido permitirse, porque el bienestar y la tranquilidad les había llegado cuando ella ya tenía más de cincuenta y perro viejo no aprende mañas nuevas.

Nosotros vivimos bien así, había dicho en algún momento mientras les servía el café en las tazas de la vajilla buena, la de las

visitas, antes de ir al cuarto de la tele a ver la telenovela y dejarlos solos para que hablaran de sus cosas. Paco Nieves había tardado unos minutos en desmoronarse. Monroy miró largamente aquella especie de lagartija en que la enfermedad y la vejez lo habían convertido, embutida en un pijama de tejido sintético pero limpio, con la blanca barba de dos días y los escasos cabellos grises de su coronilla, peinados diariamente por Sarito. Olía a colonia denenés y a anticipo de muerte, a impotencia, a rabia. Se levantó, dio una palmada en el hombro de Paco y se asomó a la ventana para encender un cigarrillo. Decidió mirar por esa ventana un buen rato, dejando que a sus espaldas el viejo desatara esa rabia y esa impotencia en las lágrimas que, según su forma de pensar, un hombre no debe mostrar jamás ante otro.

Paco Nieves había sacado adelante a su familia con una ferretería que, allá por el año del gofio, le había permitido ir adquiriendo viviendas, las cuales había puesto, a su vez, en alquiler. La ferretería, que nunca había tenido nombre hasta que la traspasó a su hijo (era Nieves, sin más, y así todos decían: Vete a Nieves, que él lo tiene), ahora era sólo una de las doce que la Cadena Ferronieves tenía en funcionamiento a lo largo del archipiélago. Los pisos, aún en régimen de alquiler, habían permitido vivir bien a Sarito y a Paco, y asumir los costes de su enfermedad. El hijo de Paco, Blas, sería ahora uno de esos gordos aburridos que vienen los domingos a comer a regañadientes, con un par de chiquillos que se dedican a cargarse las figuritas de la tata y a jugar con la bombona de oxígeno del abuelo. La hija, Sonsoles, era una treintañera con un niño de cinco años (el mismo niño callado y serio que Monroy había visto merendando en la cocina al llegar) y ahora estaba ingresada en el hospital con lesiones. Llevaba allí veinticuatro horas. Permanecería ingresada un día más. El causante de las lesiones había salido en libertad bajo fianza, con una segunda orden de alejamiento, que todos lo sabían, acabaría violando como había violado la primera.

—Fuma aquí dentro, Eladio, querido —oyó decir Monroy al viejo, que parecía haberse serenado—. No me molesta, de verdad.

Monroy arrojó la colilla que fue a parar en el parquecillo que había ante el edificio.

—No. No me jodas, viejo, que con lo de la Ley Antitabaco puedo terminar pagándote una multa.

—Ojalá se preocuparan igual por ayudar a los que están jodidos.

Monroy vino a sentarse nuevamente frente a él, en el sofá.

—Se preocupan, Paco. Claro que se preocupan. ¿No ves la tele? Lo que pasa es que no hay forma humana de controlar a todos los hijos de puta que andan por ahí jodiendo la pavana.

—Pero esto antes no era así.

—Antes era peor. Pero a ver qué mujer tenía ovarios para denunciar al marido.

—Ya van dos veces, Eladio. Ya me la ha mandado dos veces a la clínica. La pobre tuvo que dejar el trabajo porque no paraba de ir por allí a montarle escándalos. En la misma puerta de la empresa la cogió la otra vez.

—¿Y esta vez?

—En el colegio. Sonsoles fue a buscar al chiquillo. Ni lo vio venir. No le dio tiempo de nada. Se le echó encima por detrás y empezó a darle. Hasta patadas le dio en el suelo, Eladio. La pobre no se podía levantar. Y todo esto, con el chiquillo delante. Desalado. La pobre criatura. Imagínatelo tú, porque yo no me lo quiero ni imaginar. Si no es por dos de los maestros, que lo agarraron, me la mata antes de que llegue la policía.

Monroy se pasó la palma de la mano por el cráneo y pensó en algo menos complicado que lo que Paco le proponía.

—Bueno, yo tengo amigos en comisaría. A lo mejor.

—Yo también tengo amigos en comisaría, Eladio —atajó Paco, negando con la cabeza—. No pueden hacer nada. Que si los derechos, que si no tienen medios Lo mismo de siempre. ¿Lo de la orden de alejamiento? Este tío se la pasa por los huevos. ¿Los

jueces? Ni me los nombres. Por lo visto, hasta que no acabe matándola, tampoco van a hacer nada. ¿Tú sabes lo que yo me he gastado en abogados?

—Ya —asumió Monroy, descorazonado.

Guardaron silencio, mirando cada uno a un rincón del vacío, mientras de la habitación contigua llegaba la voz aflautada de alguna jovencita hispanoamericana, indignada porque un tal Roberto José había sido visto besándose con una tal Esperanza. Monroy se pellizcó el mentón repetidas veces, miró la letra K tatuada en su antebrazo, como para comprobar que aún estaba allí y dijo:

—Viejo, tú sabes que te aprecio. Y lamento mucho el problema que tiene tu hija. De verdad, sabes que soy sincero. Pero yo no me dedico a hacer esas cosas.

—Eladio —dijo Paco Nieves alzando la mano para que parase de hablar—, tú sabes que en esta ciudad todo se sabe. Se habla mucho. Se dicen cosas. La gente no para de largar y largar. Todo el día: Chucuchucu chucuchucu, porque esto, por mucho que haya crecido, no es más que un puto pueblo lleno de maúros. Y de ti se habla mucho. Se dice que has hecho cosas. Yo sé que siempre exageran, pero, en el fondo, los chismes siempre hablan de la verdad. Por eso es por lo que sé que tú eres capaz de hacer lo que te estoy pidiendo.

—Ten cuidadito con lo que dices, Paco. Yo no soy ningún criminal. Me parece que si piensas así estás muy equivocado conmigo.

Paco Nieves captó instantáneamente la velada amenaza que había en las palabras de Monroy y cambió de registro.

—Yo te pago, Eladio. Te pago lo que haga falta. Pero necesito que me ayudes. Sabes que no puedo dejar esto en manos de Blas. Mucho cuerpo, mucho hablar, pero, a la hora de la verdad, es un ñanga. Échame una mano, Eladio, por favor. Yo te pago lo que me pidas.

—No se trata de lo que puedas pagar, Paco. Se trata de que yo no puedo hacer eso. Yo te voy a ayudar, viejo. Pero eso no lo voy a hacer.

—¿Y cómo me vas a ayudar si no?

Monroy se tomó un momento para meditarlo. Paco Nieves esperó sin quitarle de encima sus ojos expectantes de cabra moribunda.

—Me vas a dar la dirección y los teléfonos. De la casa y del trabajo. Y me vas a decir todo lo que sepas sobre el tipo. Ya veré yo cómo me las ingenio para hacerle una visita. No sé si servirá de algo, pero, si sale bien, ese hijo de puta va a cruzarse de acera cada vez que se encuentre con tu hija.

El rostro del anciano se iluminó de repente y algo parecido a una sonrisa brotó de sus labios.

—¿De verdad, Eladio? ¿Me vas a echar una mano?

—Claro que sí, viejo. No te voy a dejar botado. Pero —añadió imponiendo un silencio teatral y alzando el índice como advertencia— olvídate de lo otro. Y ni se te ocurra proponérselo a nadie más. Y eso me lo vas a jurar ahora mismo por tu nieto.

—Jurado, Eladio, jurado —se apresuró a decir Paco tomando la mano de Monroy entre las suyas—. Que se muera mi nieto si yo intento nada más.

—Y, por supuesto, esto queda entre nosotros. Ni a tu mujer. Le dices que te dije que no, y punto. Es lo mejor para todos ¿eh?

—Lo que tú quieras, Eladio. Como tú digas. Oye, ¿y el dinero?

—De eso ya hablaremos. Pero, dime una cosa: ¿Está muy fuerte el fulano ese?

—Bueno, la verdad.

—¿Está muy fuerte? —insistió Monroy.

—Un animal.

Monroy asintió con gesto de Ya me lo había imaginado yo, mientras se preguntaba quién cojones le mandaba a él a meterse en estos líos.

5

El Hotel Madrid era un vetusto pero agradable edificio. Su restaurante, con las paredes atestadas de fotografías de famosos y no tan famosos que habían pasado por allí (incluida, paradójicamente, la de Francisco Franco, que se había alojado en el hotel entre el 17 y el 18 de julio de 1936), tenía fama de ser el punto de encuentro de la intelectualidad, el arte y el rojerío de la capital. Pelándose de frío en una de las mesas de la terraza (en el interior habían prohibido fumar), Gloria y Monroy dejaban que la noche se les echara encima ante una botella de Barón de Ley y un plato de queso frito con confitura.

El busto de Cairasco, aguantando sufridamente las cagadas de paloma y los balonazos de los hijos de los clientes de la terraza (que solían ir esa plazoleta para soltar a los críos y hacerse los autistas finlandeses mientras aquellos se dedicaban a hacer la vida imposible a los transeúntes), les daba la espalda con indiferencia, quizá preguntándose de qué le había servido tanta ilustración y tanto trabajo para terminar aguantando las pederreces de una docena de niños mimados y la mierda de unas cuantas ratas con alas.

—Pero en qué movidas te metes, Eladio de mi corazón —decía Gloria mojando una porción de queso en la confitura, antes de zampárselo de un solo bocado.

Monroy se encogió de hombros, dándole la razón pero dejando claro que no había nada que hacer.

—No sé yo si me gusta todo esto.

—Bueno, no te estoy pidiendo nada especial. Sólo que si el tipo asoma el hocico por Ei2, me des un toque al móvil.

Gloria volvió a echarle un vistazo a la foto que había sido abandonada en la mesa a la llegada del queso. Soltó un bufidito de resignación y se la devolvió a Monroy.

—Vale. Está bien. Haré de espía para ti. Pero esto lo tienes que pagar bien. No me va a bastar un plato de queso frito.

—Tú dirás.

—Aparte de lo de esta noche, mañana me invitas a cenar al japonés.

—Joder, no tienes morro tú ni nada.

Gloria soltó un Aaah enorme que ayudó a estirar con un amplio movimiento de la mano, tenedor en ristre, y añadió:

—Te buscas la vida. Al que algo quiere, algo le cuesta.

—Vale, está bien. Mañana al japonés. ¿Y esta noche? — preguntó Monroy deseando que ella le pidiese que fueran a casa justo cuando terminaran de comer.

—Esta noche me vas a llevar al Cuasquías.

—Al final me vas a salir por un pastón.

—Vale, las copas son caras, pero hoy hay un grupo de jazz, de éstos que te gustan a ti.

Monroy consultó su reloj.

—De acuerdo. Pero las actuaciones allí no empiezan hasta la una y media. ¿Qué vamos a hacer hasta esa hora?

—Tenemos un cine ahí al ladito.

Monroy dio un respingo.

—Coño, Gloria. Si ya parecemos un matrimonio.

—Oh, si no te apetece, puedo llamar a mi admirador. Tengo el número grabado en el móvil.

—Qué espesita estás con lo de tu admirador, querida. Venga, ¿cuál quieres ver?

—No sé, algo romántico.

—Mira, vamos al cine, al Cuasquías, al japonés y adonde te salga del güí, pero tú no me metes a mí en una cursilada yanqui porque no me sale de los huevos.

Palabras con las cuales, Monroy, sin saberlo, había iniciado el camino hacia la taquilla de los multicines, donde, según indicaciones de Gloria, acabó adquiriendo dos entradas para *El jardinero fiel*.

* * *

Ícaro77 no contestó. Lo hizo, paradójicamente, Dedalus048, que debía de ser, como su nick indicaba, una especie de maníaco de Joyce, de ésos que van una vez al año a Dublín para recorrerla con el *Ulises* en la mano y desayunan riñones de cerdo carbonizados cada 16 de junio. Athanasiuspernath, bastante resacado y con el sexo dolorido, respondió el domingo a mediodía con una breve intervención de agradecimiento. Luego, mientras su acetrón se disolvía en un vaso de agua, Monroy expandió la lista de mensajes de la noche anterior, buscando a Ícaro77, quien resultó haber intervenido en dos ocasiones. Una, para recomendar *Las ciudades invisibles* a un nuevo miembro. Otra, para anunciar que había descubierto un libro, *Crimen*, que no conocía y que le había parecido interesante. A Monroy no se lo pareció menos este mensaje, pues sabía que la obra de Espinosa estaba prácticamente sin publicar en el resto de España, lo cual significaba dos cosas importantes: Que Héctor seguía en Canarias y que continuaba comprando libros. Algo es algo. Pero decidió aprovechar la oportunidad e intervino en el chat diciendo a Ícaro77 que Espinosa era de lo más interesante de las vanguardias en las Islas y que buscase *Lancelot 28º-7º* y *Media hora jugando a los dados*.

Iba por buen camino. Así que se tomó de un trago el vaso de agua con analgésico, apagó el ordenador y fue a la cocina a preparar café para Gloria, cuyos bostezos desde el dormitorio comenzaban ya a oírse por toda la casa.

Diez minutos más tarde, Monroy entró en el cuarto con la bandeja del desayuno. Sobre ella había café, azúcar, leche, galletas

y una nota manuscrita con los títulos de los dos libros que había recomendado a Ícaro⁷⁷.

Mientras Gloria le festejaba las atenciones, encendió el cuarto cigarrillo del día y le dijo que se fijara bien en la nota.

—Creo que tengo alguno —dijo Gloria—. El de *Lancelot*, me parece.

—Vale. Cojonudo. Si el lunes se presenta un tipo parecido al de la foto buscando cualquiera de los dos, ése es el hombre.

—Y, entonces, ¿qué hago?

—No sé. Puedo andar por la zona y me das un toque.

Gloria pareció tener una idea repentina y brillante. Monroy la miró con incredulidad cuando dijo:

—No. Espera. Se me ocurre algo mejor.

—A ver.

—¿Y si en Ei² tuviéramos un servicio de boletín de novedades? ¿Y si le pidiéramos los datos? ¿Qué te parece?

Monroy se vio obligado a levantarse para enfrentarse a Gloria y dejar en su frente un sonoro beso, diciéndole:

—Si es que cuando quieres.

6

A Monroy le tocaba los humildes que fuera media mañana del lunes y él tuviera que estar ahí, sentado a la intemperie, con frío hasta en el carné de identidad, en lugar de leyendo el periódico ante un café calentito en el Casablanca, pero se había comprometido con Paco Nieves y no se falta a las promesas que hacen a los niños o a los viejos. Por eso permanecía sentado en el banco de cemento que existía frente a la trasera del gimnasio. Allí, tras la cristalera que ocupaba lo que tendría que haber sido una pared, unos cuantos deportistas de a cuarenta y cinco euros al mes combatían su agobio laboral, su aburrimiento, su depresión, su miedo a la vejez y/o su pérdida de autoestima postmarital (la serie de combinaciones posibles entre estas circunstancias era enorme) sudando sobre bicicletas estáticas, escalones de plásticos y cintas andadoras.

No hablaban ni se miraban entre ellos, pendiente cada uno de su propio simulacro de vida. A Monroy, mientras encendía un nuevo cigarrillo intentando que el viento no le descompusiera el periódico que tenía abierto sobre el regazo (y que hoy no podría leer), se le ocurrió que eran como peces aburridos en una pecera que algún listillo había instalado allí. Y lo más gracioso era que pagaban por serlo.

El primer pez empezando por la derecha, que pedaleaba hasta la extenuación junto a una cuarentona rubia y demasiado flaca que andaba sobre una cinta al ritmo de su emepetrés, era el pez que interesaba a Monroy, el pez al que vigilaba desde el amanecer. Lo

había seguido desde su casa en las afueras hasta la tienda de informática que regentaba en el centro, desde donde, tras dar un par de indicaciones a los tres empleados (uno de ellos era una veinteañera pelirroja que no estaba nada mal) se había trasladado a pie hasta el gimnasio.

Monroy pensó por un momento que no tenía por qué esperar allí. Sabía dónde había aparcado su Toyota y que, tal y como había calculado, el tipo no volvería a la tienda antes de tres cuartos de hora. No obstante, dejarlo sin vigilancia suponía arriesgarse a que fuese para otro lado. Y a él cada vez le gustaban menos los riesgos.

Hablando de riesgos, Paco Nieves había estado acertado al describir al individuo: era un animal. No debía de pasar de uno ochenta pero tenía envergadura, con anchas espaldas y brazos fuertes. Llevaba el pelo castaño y rizado y una de esas perillas cortas sin bigote. No tenía el rostro brutal que Monroy le había imaginado. Antes bien, su faz era limpia y clara, lozana, con una sonrisa (el elemento la había prodigado en varias ocasiones a lo largo de la mañana) que impedía pensar en una bestia agazapada tras ella.

Se le ocurrió que todo aquello (como la mayoría de los asuntos de esa índole) se debía a un complejo de inferioridad; a una autoestima escasa que precisaba de la hija de Paco Nieves para sostenerse en pie. Pero los problemas personales del individuo tenían para él una importancia igual a cero. No puedes cometer el error de empatizar con el tipo a quien le vas a arrancar la cabeza de una hostia. Volvió a leer el trozo de papel, escrito con la caligrafía cuidada y pasada de moda de Paco. Carmelo Jiménez Vega, leyó, antes de murmurar Pescadito, pescadito. Como si le hubiese oído desde el otro lado del cristal, el pescadito cesó de pedalear y se fue al fondo del gimnasio, donde estaba la zona de pesas y aparatos de resistencia, secándose el sudor con la toalla.

Dado que el pescadito no era ninguna sardina, sino más bien un marrajo, Monroy se propuso seguirle durante todo el día, observar

los terrenos en los que solía moverse.

Desde donde estaba apenas podía ya verlo. Hubiera tenido que abandonar el parquecito, cruzar la calle y acercarse al ventanal, y ese acercamiento lo hubiera delatado. Imaginó la indignación de la cuarentona flaca ante la desfachatez de aquel descarado que se había acercado para buitrearle sus escasas y flojas carnes, porque una cosa es ponerse a caminar en mallas separada de la calle sólo por una lámina de vidrio, como una puta de Amsterdam, y otra muy distinta que la miren a una, oiga.

Calculó que el tal Carmelo emplearía entre treinta y cuarenta minutos más en ejecutar sus series de mancuernas y unos diez o quince suplementarios en ducharse y vestirse (si no tomaba una sauna), así que decidió rodear el edificio y esperar a la entrada del gimnasio, en la acera de enfrente, que presentaba la indudable ventaja de coincidir con un bar pisolabis.

Quería quitarse aquel asunto de encima en cuanto pudiera. En principio se trataba de darle un susto. Había pensado que bastaría con hacerle una visita, pero al calcular las proporciones físicas del pescadito se lo había pensado dos veces. El cementerio está lleno de valientes.

Carmelo tenía unos quince años menos. Y, además, él ya no era el de antes. Había ganado unos kilos y no se movía con la misma agilidad. Tenía que descubrir en qué momento de su cotidianeidad se encontraría en una posición vulnerable y de qué forma podría atacarlo sin que le saliera el tiro por la culata. Siempre contaba con el factor sorpresa. Y con sus redaños, cosa que dudaba mucho que abundara en Carmelo Jiménez.

Todas las mesas del pisolabis estaban ocupadas por oficinistas y empleados que prolongaban desaprensivamente la pausa del café. En la más cercana a la puerta, tres arpías con lejana apariencia de seres humanos empleados en tareas administrativas se dedicaban a poner a parir a una cuarta, quien debía de haberse quedado en la oficina haciendo el trabajo que ellas no hacían desde

hacía bastante rato, a juzgar por su cenicero lleno y sus platos vacíos.

Monroy buscó un hueco en la barra entre dos pintores de brocha gorda que desayunaban sándwiches y café con leche y un señor de unos setenta años, de los de mocasines, pantalones de tergal, mariconera imitación piel y polo de Fred Perry. Los ojos del anciano eran marrones. El polo, gris. A Monroy le sonaba de algo su perfil, que aquél mostraba con indiferencia sumido en la contemplación del donut que mojaba en el café.

Tras comprobar que desde donde estaba se veía perfectamente la puerta del gimnasio, llamó la atención del camarero (afanado en ese momento en limpiar la cafetera) con un billete de diez euros que agitó ante sí. El otro, con un faldón de la camisa roja por fuera del pantalón, la piel algo grasienta y unas manos que restregaban obstinadamente una bayeta inmundada, masculló algo parecido a un Buenosdías caballero qué le ponemos y se quedó esperando a que el nuevo cliente pidiera. Monroy le inspiró una súbita e insoslayable antipatía, quizá por su cabezota rasurada, quizá por su mirada desafiante o, simplemente, porque el billete enarbolado estaba arrugado como los de un vendedor de droga.

—¿De qué son los pisco labis?

—Berros, atún y millo, atún y huevo, atún y pimienta, cangrejo, calabacinos con queso, vegetal, jamón con aceitunas y pimienta y mortadela con aceitunas —recitó de oficio el camarero, acaso por enésima vez en la mañana, con engorro creciente y cara de cada vez menos amigos.

Monroy se dio cuenta de que no caía demasiado bien en aquella plaza y decidió joderlo un poco.

—El vegetal, ¿lleva espárragos?

—No.

—El de cangrejo, ¿es normal o al ajillo?

—Al ajillo.

—Los calabacinos son fritos, ¿no?

—Pues claro.

—Entonces, póngame un cortado y un donut de chocolate.

El camarero se le quedó mirando unos instantes, mordiéndose su ira con los molares posteriores y preguntándose si valdría la pena saltar la barra para romperle la cara al gilipollas aquel. Al fin se contuvo y fue a la cafetera acordándose de la leche que había mamado Monroy hacía ya bastantes años.

—Eladio, mi niño, sigues siendo el mismo jodelón de siempre — dijo, de pronto, el anciano que acababa de terminarse el donut y se limpiaba diligentemente la punta de los dedos con una servilleta de papel.

Monroy se enfrentó a él y tardó unos momentos en reconocer a José González Ramón, don José para sus pacientes, Pepita para los amigos cuando él no estaba presente. Al notar que había sido identificado, Pepita mostró una amplia sonrisa y alargó una de sus manos de dedos finos y alargados, con manicura reciente y suavidad de ejecutivo.

—Hombre, don José. Cuánto tiempo.

—Bah, querido Años ¿Cómo estás?

—Pues, mire, más o menos como siempre. ¿Y a usted, cómo le va todo?

—Nada mal, querido. Nada mal. Me retiré ya hace un par de añitos. Y ahora estoy como muy tranquilo. Dedicándome a las aficiones. Para matar el rato. Echando días para atrás, como quien dice. ¿Y tu hombro?

Pepita dijo esto último tocando el hombro izquierdo de Monroy, el mismo que él había inspeccionado hacia diez o doce años (ya ninguno de los dos recordaba exactamente la fecha) y había dado por inútil para el servicio en tareas marítimas, obviando el hecho de que no era el trabajo lo que había provocado aquella inutilidad.

—Cuando cambia el tiempo me da un poco el coñazo. Pero, por lo demás, bien.

—¿Y estás trabajando?

—No me hace demasiada falta. La pensión me da para vivir. Y, para lo que me falta, hago algún apaño, aquí y allá. Pero como tampoco gasto demasiado.

En ese momento, el camarero puso ante Monroy el cortado y el donut y ellos interrumpieron su conversación hasta que el otro volvió a alejarse hacia su adorada cafetera.

—Entonces, jubilado.

—Jubilado y contento. Ahora sí que estoy viviendo la vida, mi niño. Mi cine, mis paseítos. Mi ópera, cuando toca. Y encima, me quedé solito, porque mi madre murió hace un par de años, la pobre.

Monroy recordó a la mujer arrugada y regordeta con la que antes se veía pasear a Pepita por la avenida de Las Canteras casi cada tarde.

—Coño, lo siento, don José.

—Llegó a los noventa, Eladio. Y no tuvo una mala muerte. Así que me quedé solo en la casa. Hay una chica que viene un par de veces en semana para hacerme las tareas.

—Entonces, sigue viviendo allí, en Padre Cueto.

—¿Dónde si no? Yo, de allí, ya no me voy. Total.

Estuvieron un buen rato charlando. Aprovechando que las tres brujas se habían marchado, se sentaron en aquella mesa (que presentaba la ventaja de constituir un buen puesto de observación para Monroy) y recordaron los viejos tiempos, cuando uno era jefe de máquinas en la mercante y el otro inspector médico de la Casa del Marino. Finalmente, recordaron el día en que Monroy se presentó en la consulta de Pepita con el omoplato destrozado, arguyendo que la lesión se debía a una caída en la sentina. Y cómo Pepita, hombre delicado pero firme, le hizo confesar que era, en realidad, consecuencia de una reyerta con tres holandeses en una casa de putas de Rotterdam.

—Siempre fuiste un pájaro de cuenta, Eladio. Pero si alguien no te sacaba de aquellos ambientes, te iban a acabar matando. Por eso

decidí que era mejor mentir y darte la invalidez parcial. Así, por lo menos, dejarías la marina.

—Bueno, don José, yo siempre supe cuidarme.

—Claro, como la vez aquella que te dieron las dos puñaladas. ¿Te acuerdas?

—Un fallo lo tiene cualquiera —dijo Monroy, acariciándose el chirlo de la mejilla—. De todas formas, es verdad que siempre me metía en líos, pero por buenos motivos. ¿A que usted no sabe por qué fue lo de Rotterdam?

—Sí lo sé. Aquellos tres le estaban dando una carda de muerte a una de las putas.

Monroy dejó que Pepita fuese testigo del asombro que se asomó a sus ojos desmedidamente abiertos.

—Me lo contó Frades, el gallego aquél que solía ir contigo. Y lo de las puñaladas fue por defender a un moro de dos belgas cabrones que iban a por él porque decían que les había quitado un dinero. Eso sí: era verdad, y tú lo sabías.

—Sí, aunque lo que pasaba era que en aquel barco los europeos tenían trato de favor. Y, además, no hay derecho a que un par de hijos de puta te tiren por la borda por treinta francos, que era lo que el pobre inútil les había cogido.

—Eso a ti ni te iba ni te venía. Según Frades, tú, al moro, ni lo conocías casi.

—Vale, pero no me gustaba el abuso. ¿Qué se le va a hacer?

—¿Sabes qué, mi hijo? Este mundo está lleno de hijos de puta y de abusadores. Y no hay más mundos que éste. Pero no puedes con todos. Nunca vamos a poder con todos. A veces hay tomárselo con calma.

Monroy permaneció en silencio, observando las cenizas que acababa de sacudir de su cigarrillo. Regaló una sonrisa comprensiva a Pepita. Sabía que el médico tenía razón. Justo en ese instante, vio al pescadito salir del gimnasio y se levantó precipitadamente.

—Bueno, don José. Un gusto verlo. Me voy a tener que marchar —dijo, tendiéndole la mano.

Pepita miró alternativamente a Monroy y a la calle, donde adivinó algo extraño, dada su repentina puesta en marcha. Sacó una tarjeta de su mariconera y se la dio.

—Vaya, supongo que ése es uno de tus «apaños». Si pasas por Padre Cueto, no dejes de visitarme para echarte un cafecito.

—Le cojo la palabra, don José. Cuídese —dijo Monroy intentando no perder de vista al individuo, que caminaba ya en dirección a su negocio de informática.

7

Monroy llegó a casa alrededor de las once, con la cabeza embotada y la sensación de haber perdido un día de su vida siguiendo a Carmelo Jiménez Vega, ahora ya el pescadito para los restos. El individuo, después de salir del gimnasio, había estado en el negocio hasta mediodía y, tras echar el cierre, había almorzado un menú en un restaurante cercano, antes de dar un paseo hasta las cuatro, cuando volvió a la tienda, a cuya puerta esperaban ya los empleados. No había vuelto a salir de allí hasta las ocho, hora en que echó el cierre y fue a tomar unas cañas con uno de sus empleados al mismo bar en el que había almorzado. Después, sobre las nueve y media se había retirado en buen orden a su casa, hasta cuyas mismísimas puertas Monroy lo siguió, más por empecinado rigor que por necesidad.

La vivienda, un adosado idéntico a otras decenas de adosados de la zona, tenía alarma de seguridad conectada con la central de CEYS (que maldita era la casualidad) y Monroy, tras estudiar el asunto un rato, determinó que allí no había manera de entrar sin alertar al individuo, a CEYS, al vecindario o a todos al mismo tiempo, de su presencia.

En fin, las cosas debían ser de esta manera: a él le tocaba amedrentar al pescadito para que dejase en paz a la hija de Paco Nieves. Y no se le ocurría otra forma que dándole una paliza o amenazándolo con dársela. No obstante, el pescadito era más joven y fuerte que él. Monroy no había llegado a la edad que tenía

confiando en el azar, sino pisando en firme. Ahí estaba el asunto de la alarma. En un principio, se había planteado entrar en la casa y esperarlo allí para pillarlo desprevenido. Ahora esa posibilidad quedaba descartada. Existía, eso sí, un tramo de carretera comarcal que separaba la casa del pescadito de la autovía que conducía a la ciudad. Flanqueado a un lado por una gavias de terreno sin edificar y, al otro, por unos cultivos poco frecuentados junto a las ruinas de una vivienda, constituía un sitio ideal para una emboscada.

Sí, pero a ver cómo consigo yo que este cabrón se pare por ahí, pensó mientras dejaba sobre la mesa de la entrada la cartera, las llaves, el móvil y el bolígrafo metálico de resorte que siempre llevaba encima por si acaso.

Puso la televisión para ver qué daban, diciéndose que tendría que recurrir a un plan algo más elaborado de lo que había imaginado en un principio y se preguntó, por enésima vez, quién coño lo mandaba a él a meterse en esos embolados.

Recordó el mensaje que Gloria le había enviado sobre las ocho y media: ACABO D CERRAR. NADA SOBRE HECTOR. BSOS. Y lamentó haberlo recordado, porque eso lo obligaba ahora a encender el ordenador y rastrear la ciberpresencia de Ícaro77 en el foro de marras.

Prendió el artefacto y fue a la cocina para hacerse un sándwich de mortadela y sacar de la nevera una lata de tropical. Se apostó, con los víveres, ante el ordenador y tardó poco en comprobar que sí, Ícaro77 había salido de librerías pero no había encontrado nada más de Espinosa.

He salido de librerías, pero no he encontrado nada de Espinosa, decía, efectivamente, la intervención de Héctor.

Monroy se dijo que ya estaba, que ya era suyo.

Si estás en Las Palmas, busca en Ei2, en la zona de Triana, respondió Athanasiuspernath.

Ya que estaba, aprovechó para consultar su correo electrónico. En la bandeja de entrada, había un correo en cadena proveniente

de algún incauto, que solicitaba reenvío a, por lo menos, tres personas, para salvar la vida de una niña con un supuesto tumor cerebral, operable gracias a la ayuda que un no menos supuesto grupo de servidores telemáticos aportarían a la presunta familia de la nena si el número de destinatarios de los reenvíos llegaba a cien. Monroy observó por unos instantes la foto de la criatura, que en ese mismo instante debía de estar jugando, desnutrida pero sana, en algún patio común de algún país latino, ajena al pastón que algún desaprensivo estaba ganando gracias a su imagen. Sin embargo, y aun a sabiendas de que se trataba, con toda seguridad, de un fraude, lo reenvió a Gloria, a Hanif Viram y a Déniz. No lo hizo, como cabría imaginar, por tranquilizar su conciencia, por un por si acaso o un ya se verá. Lo hizo por aquello por lo cual hacía la mayoría de las cosas arbitrarias que llevaba a cabo. Esto es, lo hizo, más que nada, por joder.

Además de aquel intento (consumado) de fraude había un correo de Molina. El texto se limitaba a una pregunta: ¿Qué hay de nuestro amigo?, y a una despedida burocrática: Cordialmente: M.

También por joder, Monroy respondió: Ni rastro, pero estamos en ello. Aburrido: M.

Apagó el ordenador y marcó un número de teléfono. Casi pudo oír, tres pisos más arriba, el grillo anfetaminoadicto del móvil de Gloria. Tardó en contestar, mostrando en su voz el sueño, la alarma y el cabreo por recibir una llamada a esas horas, mitigados en el último instante, al reconocer el número de Monroy en la pantalla.

—¿Qué fue, mi rey?

Monroy odiaba que le respondiesen sabiendo de antemano quién era el que llamaba. Cosas de las nuevas tecnologías.

—¿Estabas dormida?

—No. Bueno, me estaba quedando ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Y por qué no lo iba a estar?

—No sería la primera vez que.

—No, no te preocupes. Estoy bien. Sólo te quería comentar una cosa.

—Dime.

—Es sobre el tal Héctor. Es muy posible que se pase mañana por allí.

—Joder, Eladio.

—¿Qué?

—Que tienes los huevos de piedra. Me despiertas a medianoche para una chorrada que me puedes contar mañana por la mañana. Mira que.

—Vaya, lo siento. Tienes razón.

—Ahora no voy a poder coger el sueño otra vez. ¿Cómo me piensas recompensar?

—Bueno, encanto, pide por esa boquita.

—¿Ya cenaste?

—Sí. Un sándwich.

—¿Y de postre?

—Nada.

—Pues, entonces, sube.

Colgó sin permitirle decir nada más. Él se quedó con el auricular en la mano y se supo sonriente unos segundos. Luego colgó a su vez. Fue al cuarto de baño a lavarse los dientes y a refrescarse un poco. Cogió las llaves, apagó la tele y las luces y salió de casa. Llamó al ascensor diciéndose que no le molestaba hacer frente a ese tipo de deudas.

8

Desde que se había cerciorado de que no lo seguían, había comenzado sus paseos diarios. Aunque no hiciese ninguna falta, la costumbre es la costumbre, y se había pasado más de media vida levantándose a las seis. El hecho de disfrutar justamente de esas horas que antes empleaba para ir al trabajo, amplificaba el placer que le producían las caminatas. Le gustaba levantarse temprano, darse una ducha y desayunar viendo los primeros telediarios. Después se vestía con pantalones sueltos, tenis y algún polo o sudadera y salía a la avenida de Las Canteras, respirando el aire húmedo y salobre del mar. Las primeras mañanas se había dedicado, como cualquier turista o jubilado disconforme, a recorrer la playa que, según pasaban los días, se le hacía más y más pequeña.

Luego fue descubriendo las zonas portuarias, el parque de Santa Catalina (verdadero centro neurálgico de la ciudad en ciertas épocas del año, según le contaron) y, finalmente, la avenida Marítima, flanqueando una autovía que los taxistas y la gente de edad denominaban, sencillamente, «la pista». Paseando por aquella avenida, siguiendo el camino hacia el sur, fue descubriendo, poco a poco, la otra ciudad, aquella otra ciudad que, Nico le explicó, era más exacta a sí misma. Son dos ciudades distintas, que se dan la espalda, que se ignoran mutuamente, le había dicho Nico unos días atrás, hablando del tema, en una de esas tardes en que sacó un rato para acompañarlo de paseo por lo que llaman Vegueta.

El caso es que él, después de este tiempo, aún no había decidido cuál de aquellas dos ciudades le gustaba más, y era alternativamente infiel a una y a otra, aunque sentía debilidad por la zona antigua. Para él presentaba el atractivo de ciertos comercios: las tiendas de decoración de interiores, de antigüedades, de arte se situaban indefectiblemente allí. Así como las librerías, las bibliotecas, las galerías de arte, la mayoría de los museos y teatros. Si el tiempo no era excesivamente bueno, y dejar de ir a la playa no se convertía, por tanto, en un pecado, procuraba llegar en sus paseos a la calle de Triana, cuyo ajetreo le gustaba especialmente por las mañanas. Luego se demoraba en la zona, hasta pasado el mediodía, escaparateando o haciendo compras, y almorzaba leyendo en alguna terraza o tasca de más allá del barranco de Guiniguada. A eso de las tres o las cuatro, cogía una guagua o un taxi y regresaba. No le apetecía llegar al piso antes de esa hora, porque no le gustaba estar solo en aquella vivienda que aún no sentía como suya. Prefería regresar con el tiempo justo para darse una ducha antes de que Nico llegara del trabajo.

En algunas ocasiones, se había arriesgado a esperarlo en la terraza que había frente al restaurante donde trabajaba. A veces, por el ventanuco de la cocina, veía asomar la cabeza de Nico, cubierta con aquel sombrero de papel tan ridículo. No obstante, nunca había entrado. En primer lugar, porque a Nico no le hubiera hecho gracia. Pero también, y sobre todo, porque nunca podía estar del todo seguro de que le habían perdido el rastro y por nada del mundo hubiese puesto a Nico en peligro.

Seguía atormentándose por lo que había ocurrido con Esther. Oficialmente, había sido un accidente. Una mujer sola, que ha bebido tequila y conduce a las tres de la madrugada por una carretera secundaria, con exceso de velocidad y, además, con el teléfono móvil en la mano. Pero él sabía que no era así. Esther lo había telefoneado diez minutos antes. De hecho, si no hubiera

recibido esa llamada, posiblemente no hubiese estado aquí, en Las Palmas, a las diez y media de aquel martes lluvioso.

Se había adentrado hacía rato en el bullicio matinal de la calle de Triana, que tanto le recordaba a otras tantas calles de otras tantas ciudades amadas. La lluvia había concedido una tregua y los paseantes, como caracoles, habían surgido para adueñarse otra vez del pavimento. Todas las ciudades hermosas tienen una calle así, donde se mezclan lo nuevo y lo antiguo, y las viejitas de pelo teñido de colores discretos se cruzan con jovencitas de pelo teñido de colores extravagantes; donde siempre los mismos yonquis piden a las mismas amas de casa, que les tienen ya reservadas sus limosnas de unos céntimos y los saludan por el nombre y les aconsejan que cambien de vida; donde los vendedores ambulantes y los músicos callejeros se alternan en las bocacalles mientras la gente entra y sale de los comercios saludándose con indiferencia o ignorándose con familiaridad. Calles así era lo que buscaba cuando perdió un poco el miedo y comenzó a adentrarse en la ciudad.

Caminó a paso regular, parándose aquí y allá, según iban llamando su atención el precio de un perfume, un sombrero que le podría quedar bien a Nico, unos zapatos o una reedición de *Transformer* de Lou Reed. Pero, de pronto, justo un poco después de dejar atrás la tienda de discos, le asaltó una de aquellas corazonadas suyas, normalmente equivocadas, que el instinto de conservación le obligaba, no obstante, a obedecer. Se detuvo ante el escaparate de un todo a un euro y fingió observar una horrenda fuente de plástico que representaba a unas ranas tumbadas en sus hamacas, tomando el sol con biquinis de colores chillones y gafas de sol. Intentaba descubrir, reflejadas en el todavía húmedo cristal, una o dos figuras acechantes, tal y como había visto que ocurría en tantas películas de los años cincuenta.

Durante los momentos en que se mantuvo alerta, no vio nada que pudiera inquietarlo. Lo que sí advirtió fue que su izquierda se había cerrado sobre su colgante, aquel trozo de cerámica que

representaba un dedo. El mismo que llevaba siempre salvo en la ducha o en el mar y que Nico había aprendido a odiar desde su llegada a Las Palmas.

Tenía que dejar de hacer aquel gesto. Sacudiendo la cabeza, para alejar así de ella el miedo, continuó camino hasta la calle Travieso, donde, según Nico le había indicado, estaba situada la librería.

* * *

—Lo que hay que hacer, es apoderarse de una vez por todas del Tercer Estado. Telépolis deberá ser del pueblo o finalmente no será —sentenció Manolo en su jerga habitual, mientras bajaba las escaleras desde la plataforma de madera que hacía de segunda planta del establecimiento. Llevaba en las manos una nueva traducción de *El hombre unidimensional*. Pese a las preferencias de Gloria, quien la había relegado al triste rincón de Filosofía, se proponía ponerla en un lugar destacado de la mesa de Novedades.

—No vamos a vender ni uno, ya verás —le dijo Gloria por lo bajinis a Monroy mientras su socio se empeñaba en poner en pie el volumen, apoyándolo en el lomo de una edición de lujo de *Baudolino*.

Aunque empezó siendo poco más que un local rectangular con algunas colecciones de las surgidas en la Transición y un par de anaqueles dedicados a textos políticos, E2 había acabado convirtiéndose, tras sucesivas ampliaciones, reorientaciones y modernizaciones en una de las principales librerías de la ciudad, gracias, sobre todo, a los beneficios ingresados en concepto de venta de libros de autoayuda. Para Manolo, el sesentón barbudo, marxista y gordinflón que había fundado el negocio, esta circunstancia era motivo de vergüenza, pero también posibilitadora de echar garbanzos a un puchero que antes solía aparecer bastante tristón.

Manolo se consolaba pensando que también disponía de un interesante stock de textos importantes. Y no se equivocaba del

todo. Profesores de filosofía, historiadores y politólogos frecuentaban el negocio.

Después del pequeño rifirrafe, provocado, como de costumbre, por Monroy, Manolo se volvió a su ordenador, donde estaban abiertas, simultáneamente, las páginas de *Rebelión* y de *Le Monde Diplomatique*, mascullando un Como tengamos una oportunidad, ya verás, que sonaba a preparación de mochila bomba de juguete o a tartazo en la jeta del presidente del FMI.

Manolo soñaba últimamente con democracias asamblearias telemáticas, con Portoalegres, Oaxacas y Bolivias que le proporcionaban ejemplos de nuevos modelos de lucha por la democracia social. Monroy pensaba, en realidad, que a veces tenía razón en ilusionarse, aunque si algo le gustaba, era tomarle el pelo a Manolo. Por eso no dejaba pasar la oportunidad de meterle el dedo en el ojo.

—Sí, sí, claro, vamos a aprovechar la oportunidad. Seguro que sí. No hemos podido ni evitar que aquí nos colaran a los Borbones, que encima nos salen por una pasta porque paren como conejos, y ahora vamos a organizar una democracia social y directa en el mundo entero. Venga ya, Manolo Todo eso se acabó.

—Estás muy, pero que muy equivocado, Eladio. Ahora es mejor momento que nunca.

—Sí. Si eres facha o liberalucho. Si no, vas arreglado.

—Contigo no se puede contar.

—Pues, para botón, una muestra. Si ni siquiera me dejas convencer yo, ¿cómo coño te vas a poner de acuerdo con todos los demás?

Las dos ancianas que examinaban libros de Ruth Rendell al fondo de la librería seguían el hilo de la conversación desde que habían oído hablar de los Borbones y menearon desaprobatoria y escandalizadamente sus cabecitas cuando escucharon el No me toques la polla que Manolo escupió como respuesta.

—Bueno, ya vale —ordenó Gloria, con aire de maestra de primaria—. Esto es un negocio, Manolo, así que hazme el favorcito. Y tú —añadió dirigiéndose a Monroy—, si te vas a quedar aquí, te me estás calladito y armar fandango. Que te gusta más un pleito.

Monroy acogió la reprimenda con algo de gamberrillo pillado en falta. Se rascó la cicatriz de su mejilla con los dedos índice y corazón y, bajando la mirada, fue hacia la sección de narrativa contemporánea, a hojear una novela de Murakami. Unos minutos después, entró Héctor. Iba vestido de forma desenfadada, con chándal y tenis y uno de esos bolsitos de bandolera. Tenía mejor color y apariencia que en la foto. No llevaba gafas y su pelo lucía un corte algo más moderno, pero era Héctor. Monroy lo reconoció enseguida, al igual que Gloria, que cruzó con él una innecesaria llamada de aviso.

Literatura Canaria se hallaba cerca de Narrativa Contemporánea, así que Monroy se limitó a continuar mirando el libro de Murakami mientras el recién llegado, tras dar los buenos días a Gloria y orientarse con un vistazo dentro de la librería, nueva para él, se situaba a su lado.

Por el rabillo del ojo, mientras leía un párrafo en el que una tal Lilly se chutaba en el muslo antes de ponerse a leer *La cartuja de Parma*, Monroy vio cómo Fuentes buscaba (y encontraba) casi a la primera, el *Lancelot 28º-7º*, miraba el precio (que debió de parecerle razonable) y, apartándolo a un lado, como quien ya lo da por propio, se ponía a escarbar entre los demás libros de la sección.

Pasó un rato examinando algunos títulos: *El crimen del contenedor*, *Nos dejaron el muerto*, *Santos y pecadores*, *Equipaje de mano*, *Alguien cabalga sobre su seno*. Finalmente, cogió los tres últimos, los sumó al libro de Espinosa y se dirigió al mostrador. Monroy aprovechó que Héctor pasaba junto a él para mostrarle una sonrisa amable, a la que el otro correspondió. Esperó unos segundos y lo siguió con el libro de Murakami, situándose junto a él

mientras Gloria empezaba a pasar ejemplares por el escáner, con su habitual sonrisa, ahora más amplia y cordial.

—Buena compra —observó la librera.

—Curiosidad —respondió Héctor, por educación.

—Tenemos un servicio gratuito de *mailing* para informar de las novedades. ¿Te interesa apuntarte?

—Humm, no sé. Estoy de paso y no sé si me quedaré mucho tiempo. Me lo pensaré. Ya, si eso, la próxima vez.

Monroy se alegró de estar allí vigilando y no haber apostado sólo a la idea de Gloria, aunque no fuera mala del todo. Mientras ella metía la compra de Héctor en una bolsa, Monroy le dijo que le apuntara el libro de Murakami en su cuenta. Gloria, sin soltar la bolsa, le preguntó con la mirada que a qué carajo de cuenta se refería, pero mantuvo el silencio y asintió, mientras él se encaminaba hacia la puerta con el libro bajo el brazo.

En la calle, se paró a encender un cigarrillo y fumó la primera calada con una delectación no del todo fingida, parado de espaldas al establecimiento, hasta notar que Fuentes pasaba junto a él y bajaba en dirección a Triana.

Disimuladamente, lo siguió.

El tiempo había cambiado de repente. El sol se había abierto paso entre las nubes y sus rayos, al principio en tímidos haces, con aplastante persistencia poco rato después, se aplicaron a evaporar los últimos restos de la lluvia descargada a media mañana y a freír, de paso, los sesos de los viandantes.

Héctor Fuentes caminó entre los transeúntes que iban quitándose abrigos y plegando paraguas. Al llegar a Triana, tomó hacia la derecha y Monroy le seguía a cierta distancia. Cuando el otro se paró en el semáforo de la calle Malteses, aprovechó para quedarse unos metros atrás y leer el mensaje que había llegado a su móvil, que decía: M DBES 12E,KBRON.BSOS,GLORIA.

Guardó el teléfono con una sonrisa y volvió a centrar su atención en Fuentes, que amenazaba ya con perderse pasaje de San Pedro

arriba. Aceleró un poco el paso y volvió a verlo, parado ahora junto al monumento a Juan Negrín, en la bifurcación entre Triana y San Pedro. Don Juan observaba el campo de batalla, sosteniéndose por las solapas la guerrera sobre los hombros, intentando mostrar una apariencia marcial. Pero el resultado era más bien un aire de diseñador amanerado inspeccionando de reojo a sus modelos durante un pase de presentación de temporada.

Te vas a sentar a echarte el tentempié, barruntó Monroy. Me juego el cuello.

Un instante después (el que Fuentes tardó en buscar y encontrar un sitio en la terraza de El Mordisco), Monroy se acarició el gaxate. Él estaba ahora al otro lado del monumento, de espaldas a la Central de la Caja de Ahorros. Podía ver la cabeza de Héctor, su mano al llamar al camarero, que le tomó pedido y se marchó a buscar la consumición mientras la cabeza se inclinaba, seguramente sobre un libro.

Se preguntó cuál debería ser el siguiente paso. Podía pasar el resto del día siguiéndolo. Pero la experiencia con el pescadito le había resultado tan insoportablemente aburrida que prefería intentar otra cosa. Había establecido ya cierto contacto visual, en un sitio al que, además, había llegado primero que Fuentes. Eso le daba la ventaja de no despertar demasiadas sospechas. Por otro lado, podía favorecer que pareciera casual cualquier encuentro. En todo caso, tendría que hacer salir su lado agradable, su cara de encantador de serpientes. Decidió intentarlo.

Continuó caminando hasta el final de Triana y subió la calle Lentini hasta el otro extremo de San Pedro. Después volvió a bajar la calle hasta llegar a la terraza de El Mordisco y eligió una mesa cercana a la de Fuentes, pero dándole la espalda. No sería difícil buscar una excusa para volverse. Lo que no esperaba, cuando pidió una cerveza y prendió un cigarrillo, abriendo el libro (que había resultado titularse *Azul casi transparente*) es que fuera el propio Fuentes quien le hablase.

—Perdona, tú estabas en la librería, hace un rato, ¿verdad? —le escuchó decir.

Monroy se giró hacia él, sin necesidad de simular una sorpresa que sentía realmente.

—Ah, pues sí. Esto es un pueblo, ¿no? —dijo riéndose.

—Como dice un amigo mío, somos cuatro y cabemos en un taxi —dijo Héctor, sonriendo con aire de tener ganas de conversación.

Monroy pensó que no lo podía tener más fácil. Pero resultó que sí lo tenía, porque cuatro viejecitas se habían abierto paso entre las mesas hasta situarse justo ante ellos, como perritos de la pradera buscando sitio donde sentarse y Héctor tardó sólo unos momentos en hacerle una seña a Monroy.

—¿Esperabas a alguien?

—No.

—Si te parece, me paso a tu mesa y les dejamos sitio.

Mientras el otro trasladaba su taza de café con leche, sus cigarrillos, su bolsa y el ejemplar abierto de Lancelot 28º-7º, junto con su cuerpo, que había resultado ser más atlético y flexible de lo que él había imaginado, a su mesa, Monroy se dijo que hoy tenía que comprar un cupón de la ONCE, porque, al menos el reintegro, lo tenía asegurado.

9

Escuchándolo hablar sobre Dürrenmatt, mientras el camarero de La Butaca retiraba los platos y les traía el café y los licores, Monroy se dijo que Héctor le caía todavía mejor en persona que cuando no era más que un dossier y un par de intervenciones en un foro telemático.

A lo largo de la mañana, que se había alongado ya hacia la tarde, se había ido inventando para él una vida que no coincidía exactamente con la suya, pero se le parecía bastante. Le contó su pasado en el mar, su divorcio, la existencia de su hija. Le contó la asiduidad a la librería Ei2, su amistad con Gloria. Obvió, en cambio, el hecho de que Gloria y él fuesen amantes, así como el tipo de trabajos a los que se dedicaba.

Héctor, por su parte, hizo algo parecido. Habló de su divorcio, de un montón de años metido en una empresa, primero a pie de laboratorio, luego entre éste y oficinas de administración, salas de reuniones, aviones y trenes que tomaba para ir a otros laboratorios, otras salas de reuniones, otras oficinas de administración. Habló de una excedencia, un año sabático que había comenzado a disfrutar hacía poco y que debía transcurrir en Las Palmas. Habló de una ciudad que le había parecido fea pero cuyos encantos descubría poco a poco y en la que se sentía un tanto solo. Habló, por último, de cómo la literatura lo ayudaba a combatir esa soledad. Y ahí la conversación se instaló en un terreno en el que Fuentes y Monroy se lanzaban nombres de autores y títulos de libros, y en el cual

descubrieron coincidencias en gustos, escepticismos compartidos, aversiones paralelas.

Sobre las dos, ya se habían instalado en una cordialidad y una confianza mutuas que permitieron a Fuentes preguntar a Monroy si le apetecía almorzar con él. Monroy, sorprendido por la propuesta, consultó su reloj, se pellizcó el mentón unos instantes y le contestó que sí, que estaría bien.

Fue Fuentes quien propuso La Butaca. Llevaría poco en Las Palmas, pero ya había descubierto algún sitio elegante. Y Monroy se dijo que pagaría él, qué carajo, sólo por el gusto de pasarle la factura a los de Gargajo y Pus. Cuanto mejor le caía Fuentes, peor le caían aquéllos.

Removiendo el azúcar en su taza (una taza blanca y limpia, con una cenefa de papel entre ella y el plato y una galletita de chocolate junto al sobre de azúcar, no como los viejos vasos y tazas en los que solía servirle Casimiro), Monroy escuchaba ahora a Héctor explicar acerca de *El juramento* y de las diferencias entre sus dos versiones cinematográficas.

—Evidentemente, la de Sean Penn es más fiel al argumento. Pero, en todo caso, el desenlace de *El cebo* está contenido en la novela como posibilidad. No sé si te acuerdas. De hecho, Dürrenmatt dedicó la novela a Vajda y al productor.

De acuerdo, a Monroy le caía bien Fuentes. Además, le gustaban tanto Sean Penn y Ladislao Vajda como Frederich Dürrenmatt, pero las cañas, la botella de Somontano, la comida abundante, el Jaegermeiffter y las buenas cuatro horas que llevaban de conversación le hicieron desear arrancarse un brazo para tener algo que arrojarle a Héctor y conseguir, así, que se callara un ratito. Demasiada conversación y demasiado culta. Porque, pese a que despertara su simpatía, no se podía negar que su puntito espeso tenía el hombre.

No obstante todo esto, y aceptando que su cuerpo astral estaba en la calle Murga, durmiendo la siesta en el sofá, aguantó

estoicamente, logrando que apenas se le notara el aburrimiento.

Un rato después, cuando Fuentes había repasado *Justicia*, *El juez y su verdugo*, *El valle del caos* y *La sospecha*, y antes de que comenzara a hablar de *La visita de la vieja dama*, cosa que amenazaba con extender la conversación a la obra teatral del suizo, Monroy consiguió colocar un silencio y lo aprovechó convenientemente. Alzó una mano y dijo:

—Oye, Héctor, eres todo un descubrimiento, hombre. Da gusto tener con quien hablar de estas cosas. Esto hay que repetirlo. ¿Tienes teléfono móvil?

Procuró decirlo con toda la naturalidad del mundo, de acuerdo con el tono general de la situación, que parecía sobrevenida aunque, como estaba a punto de descubrir, no tanto como él pensara en un principio.

En efecto, al escuchar sus palabras, Héctor lo miró, por primera vez, con suspicacia. Se tomó sus buenos segundos antes de hablar, buscando la forma adecuada de hacerlo, y esgrimió una sonrisa un tanto amarga antes de decir:

—Al fin estamos en el momento crucial.

Monroy estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de licor que acababa de tomar.

—Justo en la encrucijada —continuó diciendo Fuentes, siempre con un dejo de tristeza en la voz—. Tú me acabas de pedir el teléfono y, a mí, qué quieres que te diga, me encantaría dártelo. Pero aquí nadie es tonto, Eladio, y los dos sabemos por qué me lo pides.

Si es que siempre te pasas de listo, enterado de los cojones, se reprendió Monroy mentalmente, añadiendo un No podía ser todo tan fácil, Philip Marlowe de garrafón. Aún así decidió mantenerse en silencio, permitir hablar al otro para poder hacerse un diagnóstico completo de la situación.

—No me mires así, Eladio. Sé que me has estado siguiendo desde la librería. Y sé que luego te hiciste el encontradizo. Te vi al

otro lado del monumento, pensando en cómo hacerlo. Y también sé que andabas loquito por hablar conmigo cuando te sentaste en la mesa de al lado. Se te notaba tanto que me puse tierno y decidí facilitarte las cosas. Más que nada, por ver qué pasaba, qué rumbo tomaba todo esto.

Monroy intentó salvar algo diciéndole que se equivocaba, pero el otro, en un gesto inesperado que a él lo desconcertó por completo, le rozó muy suavemente los labios con sus dedos anular e índice, haciéndole callar con firme autoridad de hada madrina.

—No. No, por favor. No digas nada. No lo estropees, hombre. Sería inútil negarlo. Y te confieso que me siento muy halagado. Y no puedo decir que no me gustes, porque tu morbillo tienes. Pero es que no te he dicho que no estoy solo en Las Palmas. Está bien, *mea culpa*, pero *pecatta minuta*. Qué quieres. Uno no puede evitar los coqueteos porque eso le hace sentir vivo y joven y, sobre todo, hermoso. Pero yo vine a Las Palmas porque aquí tengo a mi chico y, la verdad, hace ya tiempo que no soy promiscuo.

Monroy sintió varias cosas al mismo tiempo. De un lado, alivio por no haber sido descubierto en sus intenciones. De otro, experimentó un profundo sentimiento de sorpresa y estupidez, por no haber sospechado absolutamente nada acerca de las preferencias sexuales de Fuentes. También cierto embarazo. Por último y, sobre todo, sintió que el sopor etílicodigestivo se había disipado por completo. Como decía Fuentes, se encontraban justo ante la encrucijada. Si no jugaba bien sus bazas todo el asunto podía irse a la mierda.

Por eso se tomó un buen rato para reflexionar. Bebió de un trago el café, ya tibio, que quedaba en su taza, se pasó la mano por su cabezota rasurada y esbozó su sonrisa más amplia antes de tomar la palabra.

—Está bien, Héctor. Me tienes cogido por los huevos.

—Qué más quisieras tú, hijo —comentó él otro, repentinamente vanidoso y afeminado.

—Metafóricamente hablando, quiero decir —precisó Monroy, aunque más bien hubiese querido exclamar: Encima me ha salido gracioso, el muchacho—. Es verdad que estoy interesado en ti. Es verdad que te seguía. Y que quería entrar en contacto contigo. Pero, aparte de eso, me has caído de puta madre, Héctor. Me lo he pasado muy bien y me apetece repetir. Piénsalo: ¿hay algo que nos impida ser amigos?

—¿Sabrás serlo, Eladio?

—No resultará fácil, pero sabré.

El otro pareció dudar un instante y Monroy determinó no darle tiempo a tomar una decisión. Rápidamente, sacó del bolsillo de su camisa el bolígrafo de resorte que siempre llevaba por si acaso. Anotó en una servilleta su número de teléfono móvil y su nombre. Le dio la servilleta a Fuentes y puso otra ante él, junto al bolígrafo.

Mientras escribía, Fuentes dijo:

—Todavía no tengo móvil. Voy a comprármelo esta semana. Así que te doy el fijo. Pero, por favor, procura llamar por las mañanas, cuando no está Nico. Es un poco celosete, ya me entiendes.

Imposible tener más potra, pensó Monroy mientras miraba el número. No sólo tenía un número para contactar con él, sino que, encima, era el de su domicilio habitual, con lo cual no sería nada complicado averiguar la dirección. Comenzó, automáticamente, a pensar cuál de sus contactos dispondría de una guía de teléfonos inversa.

—Esto es en la zona del Puerto, ¿no?

—Sí. En Las Canteras. ¿Has visto un edificio muy hortera, pintado de azul cobalto, que hay por Playa Chica?

Monroy asintió, diciéndose ahora que No, hombre, no es imposible tener más potra.

—Pues justo allí. Nico tiene un ático desde hace años. Pero sólo es hortera la fachada. Por dentro está muy bien. De hecho, creo que nos quedamos ahí.

—Ah, entonces, el año sabático es, más bien.

—Una vida sabática. Un resto de vida sabático. Por ahora, puedo tirar de mis ahorros. Y, bueno, tengo dos carreras y bastante experiencia, así que ya encontraré algo que hacer. Lo cierto es que no me apetece volver al mundo de la gran empresa.

—¿Y eso? —inquirió Monroy, feliz de que la conversación hubiera tomado ese rumbo, porque, quizá, solucionaría todo el encargo antes de lo previsto.

Fuentes encendió un cigarrillo y tomó un sorbo de Drambuie antes de contestar.

—Pues mira, Eladio. Yo me he pasado muchísimos años trabajando para una multinacional. Pero no soy un avaricioso, ni uno de esos tiburones sin escrúpulos. Tengo mis ideas y, además, un código moral muy estricto. Tú ya sabes cómo es la globalización. Las empresas no tienen cabeza visible. ¿No es así?

—Ajá —asintió Monroy.

—Bueno, pues, un día me di cuenta de que el problema no es que ese tipo de empresas no tengan cabeza. El problema es que, al no tener cabeza, tampoco tienen corazón. Y empecé a preguntarme por qué había dedicado tantos años a una labor que ni me realizaba ni le hacía bien a nadie. Al final llegué a la conclusión de que prefería salir corriendo. Y, además, por otro lado, estaba Nico.

—Pero, ¿él es de aquí?

—No, qué va. Nico es asturiano. Se vino aquí hace un montón de años, también. Es cocinero. Pero no un cocinero cualquiera, ¿eh? De los más cotizados. Es el jefe de cocina en El Laburu. ¿Lo conoces?

Al oír el nombre del restaurante, Monroy alzó las cejas recordando el local donde solían reunirse la patronal y los políticos, algunos artistas y escritores (cuando pagaban las instituciones, por supuesto) y toda aquella sanguijuela emperifollada que se preciase en la ciudad.

—Hasta hace un par de semanas, sólo podíamos vernos en verano, semana santa, navidades Algún puente largo. Esas cosas.

Eso sí, mucho teléfono y mucho chat. Pero llega un momento en que hay que dar un paso adelante en la vida, ¿no? Así que se unió eso a mi desidia en el trabajo.

—Pero, se conocieron aquí.

—No, Nos conocimos en Ibiza, por casualidad. Hace cuatro años, cinco meses, dos semanas y doce días.

Monroy dio un respingo.

—¿Te asombra que lleve la cuenta de esa manera? No debería extrañarte. Siempre he pensado que volví a nacer el día en que lo conocí.

Fuentes exhaló una última bocanada de humo lenta, muy lentamente y, jugueteando con el dedo de cerámica que pendía de su cuello, miró en el fondo de los ojos de Monroy.

—A veces pienso que uno vuelve a nacer muchas veces en la vida. Justo cuando le ocurre algo trascendental. La existencia da un vuelco y todo tu mundo cambia. Para siempre. El problema, Eladio, es que para volver a nacer, hay que morir primero.

Segunda parte

Los lobos

10

Monroy pulsó la opción de envío y, tras comprobar que el email se había remitido correctamente, fue al salón, prendió un cigarrillo, se sentó en el sofá y seleccionó en la memoria del móvil el número de Molina.

—¿Qué hay, Eladio? —preguntó Molina— ¿Tenemos algo?

Monroy volvió a odiar (como siempre) los registros telefónicos. También odió un poco a Molina, de paso.

—Lo tenemos todo. Te acabo de mandar un informe bastante completo. Pero si hacen falta más detalles, me das un aviso.

El otro permaneció mudo un instante al otro lado de la línea. Monroy le imaginó una expresión de sorpresa y asombro y esa idea le hizo sentirse contento como un mirón en la piscina pública.

—Joder, eres un crack —dijo Molina—. Sabía que no me equivocaba contigo. ¿Y bien? ¿Resumiendo?

—Resumiendo, Molina: el informe de ustedes no estaba del todo completo. A principios de la semana pasada le seguí la pista y entré en contacto con él. Desde esa vez nos hemos visto para tomar cañas un par de veces. Ha resultado ser un tío de puta madre. Y honrado de cojones. Va a la playa, a restaurantes, al cine, al teatro y hasta a alguna conferencia. Lo que pasa es que se cansó de toda esa mierda que tenía por allá. No tiene pinta de querer saber nada de negocios, así que en cuanto a la competencia y esas cosas, los de Feinberg y Feinberg pueden estar tranquilos. Parece que los secretillos del cliente no corren peligro.

—Ajá. Eso suena bien. De todas formas, el individuo está perfectamente localizado, ¿verdad?

—Sí. Vive en pleno Paseo de Las Canteras y no tiene pinta de mudarse por el momento. Quiere quedarse a vivir aquí y envejecer a la orillita del mar.

—Muy bien. Pero, Eladio, una cosa: ¿por qué ahí, en Las Palmas?

—Por eso es por lo que te digo que el informe no estaba muy completo. Digamos que está aquí por motivos sentimentales.

—Una tía.

—No exactamente. Un tal Nicolás Lara Blay. Unos treinta bien despachados. Asturiano. Cocinero de alta categoría.

La carcajada de Molina hizo que se perdieran las últimas palabras de Monroy.

—Joder, Eladio, joder. Yo me rompo la caja contigo. Te encantan los golpes de efecto, hombre. Podrías haber empezado por ahí. Entonces, ya está todo, ¿no?

—Bueno, todo, no.

—Hombre, claro. Te hacemos una transferencia mañana mismo.

—De acuerdo, pero tengo un par de facturas. Alguna comida y unas cuantas birras.

—Muy bien.

—Ah, y un libro que tuve que comprar para disimular.

—¿Y eso?

—Es que lo contacté en una librería.

—Está bien. Todo eso me lo mandas por fax. El número está en mi tarjeta. Pero que sea antes de mañana, para presentarlo junto con la minuta. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Bueno, Eladio, creo que esto es todo por ahora. Pero, contaré contigo si surge algo por ahí. ¿Te parece?

—Esos puentes, habrá que cruzarlos cuando lleguemos a ellos.

—Genio y figura hasta la sepultura Está bien. Un abrazo, amigo.

—Nos vemos, Molina.

Después de colgar, miró el reloj que había en la estantería. Una talla de madera que representaba un naife y un timble, regalo de Manolo el de Ei2, que tenía un par de amigos artesanos. Eran las seis y media. Recordó que había quedado a las ocho en la plaza de Las Ranas con Héctor y se dijo que le daba tiempo de arreglar un asunto antes de esa hora. Mientras se cambiaba de ropa se sintió un poco traidor.

Te quedan dos opciones, viejo, se dijo, y sólo dos: o le cuentas al tipo lo que has hecho o dejas de parar con él. Lo que pasa es que te cae de cojones y, si se lo cuentas, pierdes un amigo. Pero, si no se lo cuentas, eres un Judas.

En ese momento se encontraba en el cuarto de baño, mirándose al espejo, con una camisa negra y la barba que había dejado crecer desde el día anterior. Entonces, lo pensó largamente y sentenció en voz alta:

—Judas.

* * *

Molina invirtió menos de quince minutos en redactar el pre informe. Después de todo, se trataba de cortar y pegar, omitiendo los datos concernientes a la intervención de Eladio Monroy en la investigación. Era importante que el cliente pensara que la gente de Gracián y Puig había realizado personalmente las pesquisas.

Recordó que había una copia del primer informe en su casa, con una página en la que se incluían los datos de Monroy. Anotó mentalmente que debía eliminarla.

Cuando comprobó que estaban todos los datos, lo envió por Intranet a Isabel, abrió la puerta de su despacho y se asomó.

—Isa —llamó la atención de la secretaria, que elevó su cabecita de rizos químicamente dorados y mostró su rostro serio pero hermoso de impúber.

Molina, a quien gustaban mucho las mujeres en general, pero a quien gustaba mucho más aquella mujer en concreto, se quedaba alelado cada vez que ella hacía ese gesto y se le quedaba mirando por encima de la pantalla del ordenador, con los ojos almendrados cuya forma disimulaban las gafas de montura de pasta color malva. Daba igual que fueran amantes desde hacía meses y que hubiera observado aquel mismo rostro en el orgasmo, infinitamente más bello y cautivador entonces. Siempre que ella lo miraba así, era como si lo hiciese por primera vez.

—Dime, jefe.

—Te acabo de enviar un preliminar. Por favor, me lo elaboras a nombre de Feinberg y Feinberg. Los datos están en la carpeta de clientes. ¿De acuerdo?

Isabel consultó su reloj.

—Jolines, Charly. Todo a última hora. No vamos a llegar al cine.

—Que sí llegamos. Y si no, vamos a la otra sesión. Pero lo necesito elaborado hoy para entregarlo mañana a primera hora.

—Está bien, me pongo para la cosa.

—Gracias, mi amor —canturreó Molina, volviendo al despacho para telefonar a Bolaño.

El abogado tardó un poco en descolgar y, cuando lo hizo, se hizo evidente que estaba conduciendo y utilizaba un manos libres.

—¿Bolaño?

—Molina, ¿cómo está?

—Yo, bien. ¿Y usted?

—Atascado en la M 30. Me cago en la leche. Este país no tiene arreglo.

—Y que lo diga —cortó Molina—. Bueno, no le entretengo mucho. Era sólo para decirle que tenemos buenas noticias.

Notó la sorpresa y el interés en la voz de Bolaño cuando preguntó:

—¿Lo tienen?

—Lo tenemos. Localizado e investigado. Y parece que se equivocaron con él. No hay nada sospechoso. Los detalles se los doy mañana. ¿Podríamos vernos a las nueve de la mañana en mi oficina?

—De acuerdo —contestó el otro sin poder evitar un suspiro de alivio que, afortunadamente, Molina no percibió—. Nos vemos mañana, entonces.

—Muy bien —dijo Molina antes de cortar.

Bolaño se quedó allí, en medio de la retención, entre otros cientos de conductores enojados o aburridos, con una estúpida sonrisa en su rostro abúlico. Los motivos eran varios. Primero, que el entuerto comenzaba a solucionarse. Segundo, que no había hecho falta demasiado tiempo. Y, tercero, pero sobre todo, la observación de Molina de que no había nada sospechoso en Fuentes. Eso quería decir que quizá el asunto se solucionara sin sangre. Eso era lo que más le preocupaba en los últimos tiempos. Los negocios son los negocios. No siempre del todo legales, pero negocios. Él sabía que a veces había algo de violencia en algún lugar y contra alguien, aunque era fácil obviarlo porque desconocía en qué sitios o contra qué personas. Era fácil, en fin, olvidar que los fondos que manejaba tenían, en algunas ocasiones, el denso olor de la sangre. Pero lo que Fárez había propuesto, y Arana aceptado, no le gustaba nada. Por eso se alegró al pensar que, si no había nada que temer de Fuentes, podían ahorrarse la violencia. Ese argumento constituía la mejor arma contra Fárez, cuya mera presencia le ponía literalmente los pelos de punta.

11

Olía a garaje. A imprimaciones y disolventes. A pinturas y ácidos. A metal al rojo. A pasta para abolladuras recién lijada. A sudor.

Hacía un calor sofocante y se tenía una sensación de total y absoluto caos. Un Clio ocupaba la entrada, elevado sobre un andamio hidráulico. Un Golf yacía junto a él, desmontado, con las ruedas y las puertas apoyadas contra la pared del fondo. A su derecha, dos biombos en ángulo recto completaban con las paredes un reservado. Varios autos más se distribuían por el taller. El sonido de la soldadura eléctrica en el rincón más cercano al cuarto de baño llamó la atención de Monroy sobre un quad en el que alguien se encontraba trabajando.

Desorden, olores, formas y colores dispuestos aleatoriamente. Así era Talleres Betancor, Chapa y Pintura. Al cartel rotulado a mano, se le había añadido, desde que Dudú andaba por allí, el término «Automoción» con pintura roja y brocha de trazo grueso. Cuando Monroy ingresó en aquel Kosovo que sólo la luz de los fluorescentes evitaba confundir con el infierno, Mecánico salió como un rayo de debajo del Golf para darle la bienvenida con furiosos ladridos dignos de mejor perro. Entonces, la labor de soldadura dejó de zumbar y relampaguear y, mientras Monroy se dejaba olisquear por el pekinés, Dudú se acercó hacia él, despojándose de la careta de seguridad y mostrando su habitual sonrisa desmesurada en el negro rostro sudoroso.

—¡Eladio, amigo! —exclamó viniendo hacia él con los brazos abiertos flanqueando sus sesenta kilos de hueso y pellejo embutidos en el mono azulgrasiento—. ¿Cómo está tú, amigo, que no te deja ve?

Cuando observó que el intruso correspondía al abrazo, Mecánico consideró que ya había defendido lo suficiente la integridad del local y volvió a su siesta infragolfiana.

—Bien, Dudú. Por aquí. Ya ves. ¿Y tú qué? Ya no vas por el Casablanca.

Dudú inclinó la cabeza y abarcó el taller con un gesto de su diestra extendida.

—Ya tú sabe, viejo. Aquí, mucho trabajo. Hay que hacé hora pa sacarlo.

—Pues al Chapi bien que me lo encuentro allí a cada momento.

—Ya. Lo jefe son lo jefe, Monroy. Yo a lo mío. Yo tengo que ganá pa casa. Yo traje mis niño y mi mujé, ¿sabe?

Monroy observó detenidamente al senegalés con un gesto de comprensión. Imaginó que Chapi había llegado con él al acuerdo de pagarle por cada trabajo terminado.

—¿Te trajiste a la familia?

—Sí. Mi mujé ta bucando trabajo ahora. Si tú te entera de algo, me dice, Eladio. Que tú sabe todo por ahí.

—Claro, hombre, por eso no hay problema. Pero, ¿ya te arregló los papeles el cabrón de tu jefe? Y, por cierto, ¿dónde está?

—Aquí estoy, delegado sindical de los cojones —dijo el Chapi acercándose desde la cámara de pintura, cuya puerta acababa de abrirse.

En esas ocasiones en que Monroy le veía salir de la cámara después de pintar a pistola, quitándose la mascarilla, sudoroso y disneico, el Chapi le recordaba a un superviviente de las trincheras en la Gran Guerra o a uno de esos corredores de fondo que llegan a meta porque Dios es grande y la fatalidad poca.

—¿Qué vienes? ¿De inspección? —prosiguió el Chapi, mosqueado—. Que pareces Cristina Almeida mezclada con gran danés, coño.

—Pues hoy, precisamente, no. Venía a pedirte un favor. Uno pequeño.

Chapi hizo un aspaviento de sorpresa.

—Joder. ¿Y cuándo me vengas a pedir un favor grande cómo piensas empezar? ¿Follándote a mi madre?

Dudú se rió a mandíbula batiente. Lo primero que había aprendido en español habían sido las expresiones «por favor», «gracias» y las palabrotas y no podía evitar cagarse de risa cada vez que escuchaba una.

—Follándose a la madre —repitió entre carcajadas mientras volvía a ponerse la careta y regresaba a su labor—. Follándose a la madre, dice, el cabrón.

Chapi y Monroy se dirigieron a los biombos de poliespán y cristal donde un archivador, un escritorio y un viejo 486 constituían lo que el primero denominaba «mi despacho».

Una vez en el cubículo, el Chapi tomó asiento tras el escritorio, sacó un porro del cajón y lo encendió. Le encantaba que fuese Monroy quien le pidiese un favor a él y se propuso saborear el momento con extras incluidos.

—Tú no sabes lo que me gusta fumarme un yurto a esta hora —dijo salivando el índice y mojando con él el recorrido de la brasa para evitar que se consumiera demasiado rápidamente—. ¿Quieres?

—No, me baja la tensión —respondió Monroy apoyándose, más que sentándose, en una esquina de la mesa.

—Para ti haces. Bueno, ¿qué se le ofrece, cristiano?

Monroy señaló con el pulgar hacia la zona de trabajo.

—¿A ti no te dejaron aquí una moto muerta de risa?

—¿La del tío ése que no da señales de vida?

—Sí, ésa. Era una Derby, ¿no?

Chapi asintió.

—Una Derby del año del cólera. Se la arreglé y le di una pintada. Hasta le decoré el casco, al muy cabrón.

Se hizo una pausa. Monroy no preguntó nada más, porque sabía que Chapi desembucharía todo como ya había hecho en más de una ocasión. Ya que le iba a echar una mano, no quería privarlo de ese placer.

—Lo estuve llamando una vez y otra y otra. Y, nada. Me apagaba el móvil, Eladio. ¿Tú te puedes creer esto? Machango de los cojones Ahí la tengo, en el pañol. Pero no te la puedo vender, Eladio. No tengo los papeles.

—Ni yo te la quiero comprar —se limitó a responder Monroy.

—¿Entonces?

—Me hace falta un par de horas. Y con la matrícula cambiada.

—O sea, que es para hacer una maldad.

—Depende de cómo se mire.

Los ojos de Chapi se perdieron en las volutas de humo fragante a cannabis.

—A ver, Eladio Me vas a tener que explicar un poco más, pero no lo suficiente para que yo me pueda meter en un problema. ¿Me entiendes?

Monroy le entendió perfectamente. Diez minutos más tarde, salía del cubículo dejando a Chapi inmerso en una partida de buscaminas en el 486 y llevando la promesa de tener la moto con placas de otra en dos días. Al acercarse a él, vio que lo que Dudú había estado soldando era un tubo de escape que ahora estaba montando en un motor, presumiblemente perteneciente al quad.

Cuando se percató de la presencia de Monroy, levantó la cabeza unos segundos, le mostró una sonrisa de cordialidad y continuó en su trabajo.

—Oye, Dudú, necesito consultarte una cosa.

—A ve, di, hermano —contestó el senegalés sin dejar de intentar enroscar una tuerca que se resistía a ajustar.

—Vamos a ver: si yo le quisiera hacer una faena a un tipo, joderle el coche Pero que lo pillara a mitad de camino Por ejemplo, si quisiera que se le parara a los cinco minutos de haber arrancado y que, además, no se diera cuenta a la primera de que le han hecho una putada, ¿qué tendría que hacer?

Dudú continuó en lo suyo unos minutos, como si no hubiera oído nada o le diera igual. No obstante, debía de estar barajando la mejor opción porque, de pronto, soltó la tuerca y la pieza, se enfrentó a Monroy e, imitando a una travestida Celia Cruz tercermundista, dijo:

—Aaaaasuca.

En contra de su costumbre, Monroy mostró su sorpresa.

—Sí, hombre, asuca. Tú le mete asuca, de ésa, normá, en el depósito. Si tú le echa un buen puñado, cuando asuca llega a carburadó, entonces: ¡Pam! —Dudú acompañó la onomatopeya con una fuerte palmada que rebotó en las paredes del taller y luego remató—: Lo manda a la mierda, el carburadó.

—Y, ¿qué cantidad habría que echarle para joderlo en unos cinco minutos?

Ahí Dudú se encogió de hombros, alzó las cejas, mostró las sucias y blancas palmas de sus manos de dedos enormes, todo al unísono y sin dejar de sonreír, antes de decir:

—Eso no sé, Monroy. A ojo. Tú lo mira. Depende coche, velocidad, cantidá de gasolina. Echa kilo, ma o meno.

Monroy, que aún no acababa de creérselo del todo, reflexionó en voz alta.

—Azúcar en el depósito. La de maldades que se aprenden allí en Senegal, ¿no?

Dudú meneó la cabeza, burlón.

—No. Senegal, no. Eso lo vi yo en película americana. Luego se lo hise una ve a tío que hizo putada a Dudú. Pero lo vi en película americana. Senegá buena gente.

Y, dicho esto, inauguró una de sus célebres carcajadas, que a Monroy se le contagió enseguida.

12

Arana tamborileó varias veces con los dedos sobre la carpeta con logotipo de Gracián y Puig que acababa de cerrar. Sus uñas hicieron un ruido desagradable al rozar el material plástico de las tapas que a Bolaño, sentado frente a él al otro lado del escritorio, le produjo algo de dentera. El viejo apoyó el brazo izquierdo sobre el borde del escritorio, quedando así inclinado hacia delante, con una mano en el tapete y la otra en la carpeta y, como si hubiese adivinado la repulsión que sentía el abogado por aquel sonido, lo miró fijamente mientras repetía el tamborileo unas cuantas veces más.

El silencio había durado ya al menos un minuto y la pausa se hacía interminable para Bolaño y Fárez que, sentados uno junto al otro, esperaban una decisión de Arana. Finalmente, Bolaño no pudo aguantar por más tiempo la mirada del viejo y dejó volar la suya por el despacho luminoso y amplio, por la pared pintada de azul pálido que había tras el viejo, donde un Tapies de dos por dos intentaba introducir algo de buen gusto en aquella estancia aséptica e impersonal, por el rincón donde un ficus medraba gracias a los cuidados de alguna de las señoras de la limpieza y, por último, por los grandes ventanales a su derecha, desde donde se veían las cúpulas de las Torres Kio, enfrentándose como dos chulos de barrio que al final nunca llegan a propinarse el presumible cabezazo.

Fárez, por su parte, aunque expectante, se mostraba sereno. Sabía que en este asunto Arana se fiaba más de su opinión que de

la de Bolaño, y pensaba aprovechar la oportunidad para darle una lección al picapleitos.

No llevaba puesta su habitual cazadora, que descansaba sobre el sofá existente a su izquierda. Por eso, en el momento en que ambos se sentaron, el abogado no pudo evitar reparar en el bulto en su cadera. Normalmente, aceptaba la presencia del arma, seguramente un pequeño revólver, con naturalidad, sin darle importancia, diciéndose a sí mismo que era lógico que el coordinador de seguridad de una empresa tan importante fuera armado. Pero en esta ocasión, tratándose de lo que se trataba, no podía pensar en aquel artefacto como en una simple herramienta. Imposible.

Los instantes se eternizaban y Bolaño decidió insistir en los argumentos que había expuesto hacía unos minutos.

—Ya lo ven: al fin y al cabo, no es más que una tierna historia de amor —dijo con ironía, iniciando, incluso, un amago de sonrisa, con la que intentaba sacar partido de la célebre homofobia del viejo—. No hay nada que temer.

—Eso lo decidiré yo, amigo Bolaño. Para algo soy el que se juega los cuartos.

—Y algo más —agregó Fárez un segundo antes de percatarse, por el fogonazo en la mirada de Arana, de que se había pasado de listo.

—Ese algo más nos lo jugamos todos.

Bolaño pensó que era buen momento para meter baza.

—Puede que una solución demasiado drástica aumente el riesgo, en lugar de disminuirlo.

Arana y Fárez fueron todo uno en su reacción de mirarlo boquiabiertos y con el ceño fruncido. Ambos quedaron pendientes de la explicación del abogado.

—Quiero decir: ¿qué ocurriría si algo saliera mal en su intervención? Entiéndame bien, Fárez: sé que es usted un hombre muy eficiente. Pero, a veces, cuando las cosas vienen mal dadas O,

en fin, imagine que alguien relaciona la desaparición de Fuentes con la empresa. Eso no haría más que aumentar el riesgo. Ya sé que sabe demasiado. Pero, pensemos un poco en una cuestión: ¿Tiene algún motivo para utilizar lo que sabe?

Hizo una pausa para reforzar su argumentación. Los otros siguieron prestándole, por primera vez, la atención que necesitaba.

—Yo propondría ser más prudentes. Podríamos dejar correr un poco la cosa. Hasta ahora, además de marcharse a Canarias, no ha hecho nada sospechoso. Como medida de precaución, podríamos, quizá, retrasar la operación.

—Ni se le ocurra —interrumpió Arana, pensando en voz alta—. La operación es intocable. Es mucho dinero, muchos contactos, muchos recursos que a lo mejor luego no podríamos volver a mover —reflexionó unos segundos, antes de añadir—. Pero sí es cierto que está manso como un corderito. Y también que es mejor no mancharse las manos.

—Yo no estoy de acuerdo —protestó Fárez.

—Fárez, déjeme acabar. Es una cuestión de economía de medios. Pero, en todo caso, resulta bastante raro que se haya ido precisamente a Canarias y, precisamente, a Las Palmas.

—El novio ya vivía allí —apostilló Bolaño.

—Ajá —asintió Arana. Finalmente, soltó un suspiro de resignación antes de continuar hablando—. Vamos a hacer una cosa. Vamos a vigilar a esa mariquita discretamente. Y si hace algo que ponga en peligro la operación.

El silencio subsiguiente fue bastante clarificador. No obstante, Arana se empeñó en completar la frase.

—En ese caso, usted adoptará las medidas oportunas, amigo Fárez. ¿De acuerdo? —añadió mirando alternativamente a Fárez y a Bolaño, quienes asintieron. Ninguno de ellos parecía muy contento con la decisión, pero ambos la acatarían, como acataban todas las órdenes del viejo.

—Y ahora, amigo Bolaño, déjeme a solas con Fárez, por favor. Tenemos que tratar un par de asuntillos más.

—Muy bien —dijo el abogado.

No era la primera vez que Arana pedía intimidad para tratar con el uno o con el otro y a Bolaño no le resultó incómodo, pero había algo de frialdad en su mirada al despedirse de ellos y cuando recibió con un apretón de manos el melifluido agradecimiento del viejo por sus gestiones.

Cuando el abogado salió, Arana, que lo acompañó hasta la puerta, cerró con pestillo y volvió a su sitio.

—Bueno, ya estamos solos, Fárez. Vamos a hablar.

—Usted dirá.

—Es posible hacerlo con discreción, supongo.

—¿Hacer qué?

—Pues, ¿qué va a ser? Lo que habíamos dicho que íbamos a hacer. No pensará que voy a hacerle caso al cagueta este, ¿no?

A veces el viejo lo sorprendía realmente. Fárez no pudo reprimir una carcajada. Pero Arana no la compartió. Se le quedó mirando con seriedad, esperando a que volviera a su tranquilidad anterior.

—Vale, entonces, ¿puede hacerse discretamente? ¿Cómo lo de Esther?

—Siempre hay maneras. Cuanto más discreto, más difícil. Y más caro, por supuesto. Pero en el otro caso tuve suerte. Ya se había puesto en la carretera. Incluso se echó unos tragos por el camino. Sólo hubo que seguirla y esperar la oportunidad. Esa potra no la voy a tener dos veces. Además, esta vez.

—Esta vez hay una suma muy importante en juego. Y, sobre todo, la continuidad del negocio. Además del desastre que podría suponer en todos los sentidos. Así que podemos gastar lo que haga falta.

—Bueno, hay que atar un cabillo suelto aquí en Madrid.

—¿Se refiere a? —Dijo Arana, bajando la vista hasta la superficie del escritorio, donde aún tenía ante sí la carpeta.

—Exactamente.

—Delicado. Si puede hacerlo con cuidado, no me parece mal.

Fárez asintió dando por cerrado ese apartado. Después hizo una pausa de unos segundos antes de atacar el siguiente punto:

—Para ir a Canarias, necesitaré ayuda.

—¿Piensa en alguien de su equipo?

—No —dijo Fárez tras sopesar la idea unos momentos—. Mejor no. Mejor alguien de fuera. Y creo que sé quién puede ser el tipo y cómo podemos atraerlo.

—Con dinero, supongo.

—También. Pero, sobre todo, con la colaboración de la empresa. Ya le diré algo más cuando me entere de los detalles.

Fárez asintió en señal de comprensión. Arana se levantó y fue hasta el ventanal. Observó Madrid. Ese Madrid que había cambiado tanto en tan pocos años. Y que cambiaría más en unos meses. Cada día era una ciudad nueva. Y, sin embargo, siempre la misma. Como pasaba con el país. Como pasaba con el mundo. Miró el reloj. La una. En alguna parte de esa ciudad, su chófer estaba llevando a su mujer al colegio para recoger a sus nietos. Y su hija acababa de salir de su sesión de rayos Uva o estaba ya en Preciados rumbo FNAC o El Corte Inglés. Y, en un piso de la zona de Dos de Mayo, Yocelyn, su joven amante, estaría preparando el almuerzo y a punto de llamarle para preguntarle si pensaba comer en su casa o con ella. Le diría aquello de Papito, a ver si vienes a verme, que me tienes tan solita. Y él, seguramente, no podría resistirse e iría a comer con ella y después le haría el amor antes de volver al trabajo y sospecharía en su piel los besos de otro hombre, más pobre, pero más joven y fuerte. E intentaría olvidarlo porque él creía en aquello de vive y deja vivir y si Yocelyn le daba lo que él quería, aquello por lo que él pagaba, para qué iba a pedirle más. A los sesenta no puede andarse uno con exigencias de esa especie.

La operación tenía que salir redonda. Ninguno de sus socios, ni los de Bombay ni los de Dakar, debía sospechar jamás que el futuro

de aquélla (y de las posteriores) había sido puesto en peligro por dos empleados de la firma. Aunque perdiese un poco de dinero, a la larga resultaría rentable.

—De acuerdo, Fárez —dijo al fin—. Tiene carta blanca para ofrecerle lo que le parezca oportuno.

13

—África es un nuevo botín —dijo Manolo, antes de coger un puñado de las almendras fritas del Hotel Madrid, aún calientes y echárselas al colete.

—¿Nuevo? —exclamó Héctor enarcando las cejas, antes de soltar una enorme carcajada sarcástica.

Monroy miró su reloj y comprobó que eran ya cerca de las once de la noche. Como casi siempre a esa hora, pese a encontrarse aún animada, la terraza comenzaba a perder clientes.

La discusión había nacido como conversación al otro lado del Guiniguada, donde Monroy y Fuentes se encontraron con Manolo y unos amigos suyos en un foro antiglobalización, al que Héctor se había empeñado en que asistieran. Habían escuchado una conferencia sobre «Futuro y posibles vías de progreso en África», dictada por un economista guineano de quien Monroy no lograría jamás recordar el nombre por muchas veces que lo relejera en el programa de mano, pero que estaba tres mesas más allá, embutido en un traje de tres piezas azul marino, acompañado con dos jóvenes organizadoras del acto.

Tras la charla, los amigos de Manolo, un treintañero calvo, presunto escritor, con perilla y aires de *outsider* diletante y una venezolana de más o menos la misma edad, aunque con deslumbrantes ojos castaños y una hermosa melena a juego, habían propuesto tomar algo todos juntos, para proseguir el intercambio de opiniones.

Algo después, se les había incorporado Nico, el amigo de Héctor. Ahora, mientras el calvo y la más que presumible activista bolivariana hacían manitas con disimulo bajo la mesa, Monroy aprovechó para observar de cerca al cocinero, quien escuchaba con interés y visible admiración lo que Héctor decía.

—Verdaderas barbaridades. Pero no son nada nuevo. De esas prácticas ya hablaba Conrad en *El corazón de las tinieblas*, y, ya entonces, eran viejas.

Nico había resultado ser un tipo de estatura mediana tirando a baja, de pequeños ojos azules en un rostro entre lo caucásico y lo simiesco: cejijunto, de labios gruesos y profundas arrugas en el pálido entrecejo, enmarcado por un flequillo rubio. Amable pero reservado, tenía ojos sólo para Héctor, al que parecía venerar hasta el punto de que Monroy llegó a temer que se le cayera la baba de la boca entreabierta mientras el otro hablaba. Enamorado como un cochino chico, pensó Monroy, volviendo a mirar el reloj.

—Lo que ocurre es que ahora no son sólo fuente de materias primas o de mano de obra barata, sino también un mercado potencial —terció en algún punto la chica con una dulce voz de contralto y Monroy comprobó que aquella hermosa cabecita no sólo servía para lucir melena—. ¿Ustedes se dan cuenta de la cantidad de grandes negocios que se están haciendo las empresas de acá con la excusa de la ayuda al desarrollo? Y, además, con exenciones fiscales y ayudas de fondos de la Unión Europea, las Naciones Unidas. ¡Uácala! Terrible para no contarlo.

—Eso, sin duda —otorgó Héctor—. No se trata ya sólo del tráfico de armas y diamantes. Infraestructuras, energéticas, servicios.

—Medicamentos —añadió ella.

En ese momento, algo cambió en el rostro de Héctor. Quizá sólo Monroy se dio cuenta de cómo intentó disimular bebiendo un trago de su cerveza mientras la conversación derivaba hacia el SIDA y los retrovirales.

Serían las doce menos cuarto cuando Nico, Héctor y Monroy decidieron pedir la cuenta y retirarse. Manolo se había ido a casa y el Henry Miller de garrafón y la walkiria caribeña habían hecho mutis rumbo al piso de alguno de los dos, que Monroy imaginó como un cuchitril desordenado lleno de discos compactos, libros en ediciones baratas y ceniceros repletos donde el calvo tendría el privilegio de desordenar aquella melena durante el tiempo que quisiera (o pudiera).

La pareja quiso acompañar a Monroy a casa antes de coger un taxi hacia Las Canteras. Pasearon por Triana, donde el embaldosado les devolvía la luz de las farolas, compartiendo un último cigarrillo.

Sin detenerse, charlaban sobre el mismo tema. Nico, que había escuchado en un silencio aprobatorio, pero con algo de incomodidad, tomó de pronto la palabra, interrumpiendo a Héctor.

—Vale, Héctor. Estamos de acuerdo. Lo que el Norte le hace al Sur no tiene nombre. Eso no hay quién lo niegue. Pero, dime una cosa: ¿Qué coño se puede hacer? ¿Qué podemos hacer nosotros, los ciudadanos, contra todo eso?

Se quedaron los tres parados, formando un triángulo en el cual los dos miembros de la pareja quedaron enfrentados. Héctor mostró una sonrisa extrañamente enigmática, como un emboscado que viese cómo el enemigo se acerca a la mina antipersonal que ha colocado un momento antes, y se limitó a decir, con una aparente temeridad conferida por el alcohol:

—Sé que parece que no podemos hacer nada. Pero, a veces, para que todo estalle, basta sólo con mover un dedo.

14

Monroy salió de Talleres Betancor, Chapa y Pintura, dejando al Chapi preparándose para repintar y cambiarle las placas de matrícula a la motocicleta. Tenía el tiempo justo. Fue a casa, se duchó y se puso ropa limpia: unos vaqueros, una camiseta, un suéter rojo que Gloria había elegido para él unas semanas antes. Es que siempre vas de gris, hombre. Eres un triste, le había dicho mientras llevaba la prenda a la caja, donde Monroy acabó pagando el importe. Pero aún no la había estrenado y le pareció buena oportunidad, ese mediodía en que pensaba presentarse por sorpresa e invitar a almorzar a Gloria. Últimamente, cuando hacía algo con lo que no se consideraba especialmente cómodo, le entraban unas ganas locas de estar con ella. Puede que se estuviese ablandando. Cosas de la edad, pensó, ya en la calle.

Subió la calle Murga hasta Perojo y, una vez allí, se paró en la plazoleta para hacer una llamada desde la cabina telefónica. Marcó el número que llevaba anotado en una hoja de papel y esperó a que sonara la voz de Sarito.

—¿Cómo estás, Sarito?

Al otro lado de la línea, Sarito permaneció muda unos instantes.

—¿Quién es?

—Soy yo, Eladio.

—Aaaah, ¿qué pasó, Eladio, mi niño? No te reconocí el cloquío. Pues aquí, echando días para atrás, querido. ¿Y tú, cómo estás,

hombre? A ver cuando te vienes una tarde a merendar. Mira, mañana mismo, voy a hacer unas truchas de batata.

Monroy recordó las truchas de batata que Sarito solía hacer y tuvo, por un instante, la tentación de aceptar el convite, pero pensó que era mejor no dejarse ver por aquella casa durante unos días.

—Qué más quisiera yo, mi niña. Estoy liadísimo con un trabajo. Pero ya habrá días.

—Bueno, si no te da tiempo de venir a comértelas, pasa a buscarlas de todas formas. Yo te preparo unas cuantitas.

—Ah, vale. Oye, te llamo de una cabina. ¿Está tu señor esposo por ahí?

—Sí, mi hijo. Espérate un momentito.

Monroy la oyó chancletear por el pasillo, llegar al cuarto del fondo, abrir la puerta, tocar en el hombro a su marido, que estaría oyendo el programa de fútbol de Canarias Ahora con los auriculares (los lunes no se lo perdía), decirle Paquito, Paquito, toma, teléfono. También oyó la voz disneica y molesta de Paco Nieves preguntar ¿Y quién carajo es ahora? Y a Sarito contestar Es Eladio. Mira a ver, hombre, que el chiquillo está llamando de una cabina.

—¿Sí? —dijo Paco al fin al teléfono—. ¿Eladio? ¿Eres tú, querido?

—Pues claro, hombre. ¿No te lo acaba de decir tu mujer? ¿O te piensas que te quiere hacer luz de gas, para quedarse con la herencia?

—Pues mira, no me extrañaría. Seguro que ya se ha echado un novio por ahí y todo —dijo Paco Nieves, soltando ante su propia broma una carcajada que acabó dando en un doloroso golpe de tos.

—Joder, Paco, se ve que estás mejor de la tuberculosis.

Volvieron a reír, cada uno desde su lado de la línea telefónica. Cuando te ríes con alguien por teléfono, parece que no hay teléfono en medio, pensó para sí Monroy, justo un segundo antes de juzgar su propia idea como una verdadera estupidez.

—En fin, Paco, te llamo para decirte que ya te llevé el saco de papas que me pediste.

—¿Sí? —dijo el viejo, captando inmediatamente lo que quería decir—. ¿Y cómo fue la cosa?

—Hombre, pesaban más de lo que creía. Pero, mira, entregadas están. Bueno, estaban un poco machucadas.

—¿Un poco machucadas?

—Sí. Como si se hubieran llevado un montón de golpes. Para arrugar no sirven. Quédate tranquilo, de todos modos. Todo fue como se esperaba. No creo que el campo dé para más.

—Perfecto, mi hijo. Ahora sólo me tienes que decir cuánto te debo.

—Bah, por eso no te preocupes, Paco. Ya me devolverás el favor.

—No, eso de ninguna manera. Gratis, no.

—No te estoy diciendo que sea gratis, cabezudo. Lo que te digo es que ya me devolverás el favor. En dinero no te lo pienso cobrar. Bueno, para empezar, mándame con tu hijo unas truchitas de las que va a hacer Sarito mañana.

—Como si te las tengo que llevar yo.

—Sí, para llevar recados estás tú.

—Serás cabrón.

—Bueno, Paco. Esto se va a cortar. Si ves que a las papas les salen rejos o algo, me avisas y te llevo otro saco. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias, Eladio.

—Me las merezco, viejo. Un abrazo.

* * *

A Gloria le gustó (como casi siempre le gustaba) que Monroy apareciese a buscarla. Pero se cuidó de demostrarlo. Últimamente parecía haberse propuesto a sí misma hacerse valorar por aquel tipo con el que llevaba varios años de relación y a quien no sabía si denominar amante, compañero, novio o, simplemente, amigo con derecho a roce.

Estaba a punto de cerrar al público cuando Monroy llegó y le dijo que la invitaba a comer en el japonés. Ella asintió con fingida desgana y le dijo que enseguida acababa, mientras Monroy avanzaba hasta el centro del local y lanzaba un saludo a Manolo, que buceaba en la red.

—Tu amigo Héctor vino esta mañana —dijo Gloria mientras cerraba las puertas de cristal.

—Ah, fíjate tú. Lo tengo que llamar para ir a tomar algo.

—¿Todavía se piensa que eres pato?

—Sí, creo que sí.

Gloria fue tras el mostrador para coger su bolso y su abrigo. Un brillo de malicia en sus ojos risueños hizo evidente que había encontrado un hueco donde sacudirle un picotazo a Monroy:

—A ver si ahora te va a gustar eso, después de viejo.

—¿Qué dices, muchacha?

—Bueno, yo tengo un amigo gay que siempre dice que del lado de ustedes para el suyo, se pasa un montón de gente, pero que del suyo para el de ustedes, ninguno. Así que algo bueno tendrá que tener, porque el que lo prueba, repite, ¿no?

Todo esto lo había dicho Gloria mientras se ponía el abrigo y salían de la librería, dejando dentro a Manolo que, seguramente, aún estaría allí cuando ella regresara a las cuatro y media. Ahora, mientras bajaban hacia Triana, el macho ibérico (o insular) que Monroy llevaba dentro salió de golpe y, acercando su boca al oído de Gloria, le dijo con ademán chulesco:

—Me parece que anoche te dejé bien demostrado lo que me gusta.

—Pues a mí me parece que eso, lo único que demuestra, es que todavía te llega sangre a la polla, amigo mío. Pero lo cierto es que sales más con Héctor que conmigo. A mí sólo me quieres para cuando tienes un calentón.

—Ya. Por eso estoy aquí, ¿verdad?

—Vaya, ahí me cogiste. Pero que sepas que mi admirador vino otra vez por la librería.

Monroy hizo un mohín de hastío. Comenzaba a cansarse ya de la bromita del pretendiente.

—Espero que por lo menos hiciera gasto —dijo.

—Oh, sí —respondió Gloria—. Y uno que es novedad. Y en tapa dura. No como tú, que estás todo el día buscando ediciones de bolsillo y cosas que no hay Cristo que las consiga.

Monroy puso los ojos en blanco.

—Vaya, parece que con éste vas a tener tema de conversación.

—Por lo menos, acertaré cuando le regale un libro. Contigo, lo único que me guía un poco, es que el autor esté muerto.

—Uno tiene demasiados libros que no ha leído y el tiempo contado para leerlos. Un autor que está muerto ya no te puede defraudar.

—Mira que eres pedante.

Entonces, Monroy hizo algo que nunca había hecho en público: le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí mientras caminaban, diciéndole en voz muy baja:

—Sí, pero soy tu pedante.

Gloria miró hacia otro lado para que él no pudiera ver su sonrisa.

15

Giorgi Lupescu había perdido muchas oportunidades en su vida. Teniente del cuerpo de paracaidistas en el ejército rumano, casado con la hija de un coronel, había sido expulsado por conducta deshonrosa. La deshonra había consistido en propinarle una paliza a un teniente en un bar. Lo que, al parecer, fue ocultado por ambos es que el motivo de la disputa había sido el desacuerdo en el reparto de los beneficios obtenidos en la venta de un contenedor lleno de fusiles Ak-47 que habían vendido a un intermediario italiano.

Después de la expulsión, su mujer pidió el divorcio y Lupescu pasó a Italia donde, al parecer, hizo durante un tiempo de guardaespaldas de un tipo al que él denominaba, simplemente, el Gordo. Cuando el Gordo fue detenido, a principios de los noventa, Lupescu escapó por los pelos y llegó a España. Intentó buscar algo, pero no estaba limpio. Así que trabajó en la construcción por horas, en el campo por días y en puertas de discotecas por semanas, hasta que conoció a un empresario que se lo llevó a trabajar con él a Don Benito, en Badajoz, a un club de carretera. En pocas semanas, se convirtió en encargado. Allí conoció a Sara, una colombiana de veinte años que había venido a lo que había venido, a lo que venían todas: ejercer el oficio durante tres meses y ganar lo suficiente para comprar una casa allá para su mamita y para el infaltable hijo o hija que todas tenían. En su caso, se trataba de una

niña de cuatro años llamada Emperatriz, de quien Sara no paraba de mostrar fotos.

Lupescu le contó en su momento que simplemente se enamoró de ella y quiso sacarla de allí. La realidad la sospechaba Fárez ligeramente distinta. Imaginó a Giorgi en un rincón del local, temiendo que Sara fuera la elegida por algún cliente, y enfrentándose, cada noche, a la realización de sus temores. Porque Sara solía ser preferida, no ya sólo por su hermoso cuerpo caribeño, por sus ojos color de miel y sus labios carnosos, sino por cierto aire de candidez que los maquillajes, las ropas provocativas, los esmaltes de uñas y los tintes de pelo no lograron nunca disimular. Y así imaginó el momento (que Lupescu contaba siempre de otra manera) en que cierta noche, el rumano no pudo más y dio una patada en la puerta mientras Sara le hacía un francés a un camionero sesentón y le aplastaba a éste la cabeza contra la pared una y otra y otra vez hasta que le abría el cráneo. Imaginó también la huida, esa huida a Madrid con la recaudación del día y medio kilo de cocaína que tendrían que bastar para aguantar hasta que encontraran trabajo.

Fue entonces cuando Fárez los conoció. Llegó hasta Lupescu mientras hacía un encargo para su anterior jefe, vicepresidente de banca, que le había solicitado conseguir polvo para una fiesta. Consultados los proveedores habituales, que andaban escasos de mercancía de calidad, acabó citándose con Lupescu en un pub de Dos de Mayo, donde el trato fue ultimado. Después volvió a acudir a él en varias ocasiones y con propósitos parecidos. Al fin, habían acabado entablado una especie de amistad, una camaradería algo confiada, que abrió las puertas de la casa del Demonio a Fárez. Y Fárez, divorciado y sin hijos, fue atando lazos con Giorgi y con Sara y con su hijo Anatol, nacido en Madrid un año después de su llegada, a quien nunca faltaba un regalo del tío Diego en Reyes, Papá Noel y cumpleaños, y aún sin que viniera a cuento, simplemente, porque al niño se le había antojado un vídeo juego o

un discman. Fárez fue testigo de cómo poco a poco, Lupescu y Sara iban sentando cabeza: formalizaban sus papeles, conseguían trabajo, dejaban el trapicheo, consagrándose a su último intento (al menos para él) de tener una vida más o menos digna que les permitiera criar a su hijo. Ahora Sara trabajaba en una boutique del pan y Giorgi se dedicaba a la carpintería metálica. Y, precisamente cuando todo parecía ir bien y estaban incluso a punto de traerse a Emperatriz, todo empezó a ir mal. Primero, lo que parecía un matrimonio feliz, con sus momentos buenos y malos, pero completamente normal, resultó no serlo tanto cuando un domingo, al volver del fútbol con Anatol, el rumano descubrió una carta de Sara diciéndole que había sido muy feliz junto a él y que nadie había sido nunca tan bueno con ella, pero que ya el amor se había acabado y se volvía a Medellín, con su mamita y su hija y que, por favor, no la buscara. Por supuesto, Giorgi se volvió loco. Corrió hasta el aeropuerto, sin conseguir alcanzarla. Por aquellos días, Lupescu se planteó incluso ir a Colombia y seguir su rastro hasta dar con ella. Pero algo más urgente e importante reclamó su atención: Anatol comenzó a sentirse mal y Giorgi lo llevó al médico y el médico vio algo que no le gustaba del todo y comenzó a hacerle análisis y más análisis. Cuando el diagnóstico fue definitivo, Lupescu se planteó la posibilidad de avisar a Sara, aunque fuera por medio de un mensaje de teléfono móvil. Tras mucho pensarlo, se dijo a sí mismo que no, que no la avisaría. Es más, que no volvería a tener contacto alguno con Sara, que, incluso, aquella era la última vez que la nombraba por su nombre, aunque sólo fuera con el pensamiento. Los había traicionado. A los dos. No se merecía ni que la pensaran. Así se lo dijo a Anatol, que con diez años tuvo que hacer el enorme esfuerzo de hacerse a la idea de que su madre había muerto, para siempre y que no le quedaría ni el refugio de la memoria.

Lupescu, enorme, le abrió la puerta en pantalón de chándal y camisilla. Tras darle un abrazo, le hizo pasar al cuarto de estar.

La vivienda era modesta, con muebles de contrachapado o, sencillamente de plástico. Había habido algún intento de embellecer la estancia, con un par de horribles cuadros de payasos, comprados seguramente en algún rastrillo. Por lo demás, había un sofá, una mesita baja de forma rectangular (donde un cenicero abarrotado de colillas y un vaso que debía de haber contenido cerveza acompañaban a lo que había sido un periódico y ahora sólo era un montón de páginas impresas), un centro de ocio con televisión, devedé y minicadena.

Lupescu, de pelo castaño cortado al uno y enormes ojos infernalmente azules (que hacían que en el barrio le apodaran Giorgi el Demonio) lo invitó a sentarse en el sofá y le preguntó si quería tomar una cerveza. Fárez negó con un gesto.

—Perdona cómo está todo, Diego. Vine hace poco del hospital. La mami se fue ahora para allá —arrastraba un poco las eses al hablar y sus erres eran algo más suaves. Ése era todo el acento que quedaba de su lengua materna. A veces parecía incluso más extremeño que rumano.

Fárez supuso (Giorgi no se lo había dicho) que mamá Lupescu habría venido de Rumania para cuidar de él y del chico.

—¿Cómo está Anatol? —preguntó Fárez, sin que le apeteciera en absoluto hacer aquella pregunta, pero sabiéndola obligatoria.

Giorgi, que acababa de sentarse a su lado, miró al suelo y meneó su enorme cabezota.

—La quimio no funcionó, Diego. Los médicos dicen que no pueden hacer más. Con los medios que tienen, no pueden hacer más. Fíjate, tiene lo mismo exactamente que tenía el cantante de ópera aquél. O sea, que se podría salvar. Pero yo no tengo dinero, Diego. Mira que lo he intentado. Pedí un crédito, pero me lo denegaron. El trabajo no da para más. A veces he pensado en hacer una barbaridad.

Fárez contempló a aquel hombretón que se desmoronaba un poco más a cada palabra. Decidió que no le apetecía nada que

llegara al llanto y verse obligado a darle un abrazo, o algo así. Por tanto, decidió atajar.

—Bueno, vamos a ver. ¿Te acuerdas de lo que te comenté por teléfono, ese trabajo de un par de días?

Lupescu le miró.

—Claro, Diego. Por eso te dije. Necesito dinero. Y rápido.

—Ya, pero espera.

Fárez abrió su cazadora y sacó un sobre con el membrete de Feinberg and Feinberg que depositó sobre la mesa ante el Demonio.

—¿Qué es esto?

—Son unos permisos que tienes que firmar. Mañana por la mañana iré a La Paz una ambulancia medicalizada para llevarse a Anatol a una clínica privada.

Los ojos de Lupescu se abrieron tanto que por un momento fue como si el mar que éstos encerraban fuese a invadir toda su cara.

—No se trata sólo de dinero. El trabajo es para una empresa fuerte. Te pagarán la cantidad que te dije por teléfono, por supuesto. Pero, además, vamos a darle al chico el mejor tratamiento posible.

El rumano abrió el sobre y comenzó a leer los documentos.

—Están metidos en el asunto de las farmacéuticas. Son de los más gordos —siguió diciendo Fárez, consciente de que Lupescu estaba completamente deslumbrado. Ya era suyo—. Que te conste que nunca hacen cosas así, pero esto es un trato de favor que te he conseguido yo. Tengo tecla con el presidente y, para hacer este trabajo, le dije que o lo hacía contigo o no lo hacía.

Giorgi continuaba extasiado en la lectura de los documentos, que no entendía más allá del hecho de que se le pedía autorización para tratar a Anatol, pero que constituían una puerta abierta a eso que optimistas y desinformados llaman «esperanza». Así que Fárez consideró que había llegado el momento de dar la estocada.

—Ahora dime: ¿lo vas a hacer? ¿Vamos a hacerlo?

El Demonio puso los pies en la tierra y se volvió inquisitivamente a Fárez.

—No me diste demasiados detalles por teléfono. ¿Es algo complicado? ¿Hay peligro?

—Un par de clientes. Quizá tres. Ninguno que se defienda bien. No es complicado para gente como nosotros. Y, peligro, el mínimo.

—Estoy oxidado, Fárez. Hace tiempo que no hago algo así. Dije que no volvería a lo mismo.

—Piénsalo, Giorgi: es sólo una última vez. Y mira todo lo que vas a conseguir. Por otro lado, el tipo que ha causado todo el problema no es ningún angelito. Se ha llevado secretos de esa empresa para.

—No. Para —cortó el rumano—. No me interesa saber nada. Cuanto menos sepa, mejor. Dime lo que tenemos que hacer y punto. Extendió los documentos sobre la mesa.

—¿Me prestas tu bolígrafo?

16

Dondequiera que uno mirase, había policías. De dos en dos, de tres en tres. Uniformados, de paisano, camuflados. Hombres, mujeres, más jóvenes o más viejos. Recién salidos de academia o próximos a la jubilación. En las mesas, en la barra. Entrando y saliendo del local. Bebiendo café antes de comenzar su turno, tomando una caña después del trabajo o comiendo un bocadillo para rematar o aguantar la faena. Saludándose, diciéndose adiós, dándose bromas, preguntándose o contándose cómo ha ido el día, deseándose suerte, charlando. Charlando sobre fútbol, política, trabajo, sexo, el número de categorías del espíritu o la influencia de los *Panchatantra* en la literatura europea, eso a Monroy le daba igual, porque él tenía ante sí, al otro lado de la mesa, a su propio policía, hablando sin parar. Y no se trataba de cualquier policía, sino del mismísimo comisario Déniz (a quien había conocido cuando aún era subinspector), con su cabello ralo y cano cubriendo apenas aquella cabeza eternamente perlada de sudor, con la corbata morada y la americana azul marino bajo la cual Monroy imaginaba una camisa igualmente sudada pero bastante más hedienta, sobre todo en las axilas, las cuales prefería, sencillamente, no imaginar.

—Pues lo que te cuento, chico: ahora le ha dado por lo del Chi Kun, o el Chin Pun, o como cojones se diga —decía Déniz, con tono hastiado, refiriéndose a Paloma, su mujer—. Primero fue el yoga, después las clases de tango, luego el club de animación a la lectura y ahora el puto rollo chino éste. Total: que no hay día que llegue yo y

esté ella. Desde que la más chica se graduó y se fue, no hay quien haga parar a esta mujer en casa ni cinco minutos.

Monroy, que conocía a Paloma, la imaginó dándose un revolcón en el piso, buhardilla o vivienda unifamiliar de algún monitor de yoga, tango, chi kun o animación a la lectura, mientras el fofo y aburrido Déniz se recalentaba unos macarrones en el microondas, pero, por supuesto, se guardó mucho de decirlo. Además, sabía que el comisario no le había llevado hasta allí para hablarle de su vida marital.

Le había telefonado a mediodía para decirle que a ver si se tomaban juntos un cafecito, porque hacía tiempo que no echaban una parrafada. Por tanto, lo que en realidad estaba haciendo Déniz era solicitar de su parte información o aclaración sobre algún asunto policial. Eso aún no lo sabía, pero teniendo en cuenta que el otro llevaba ya sus buenos veinte minutos de monólogo y ya había abordado previamente el asunto del tiempo atmosférico, de la capa de ozono, de lo alocado que estaba el mundo, de lo bien que les iba a sus hijas y de cómo pasaba el tiempo no atmosférico, antes de entrar de lleno en sus quejas conyugales, Monroy supuso que le quedaba poco para averiguarlo.

Y, efectivamente, de pronto Déniz se olvidó de su mujer, miró a la barra, a los dos vasos de café ya vacíos, a Monroy y al camarero que pasaba junto a ellos y preguntó:

—¿Te apetece otro café?

Monroy negó con la cabeza y Déniz miró su reloj antes de ponerse repentinamente serio y decir:

—Vale. Al asunto. Esta mañana encontraron a un tipo semidesnudo y medio inconsciente, amordazado y amarrado a una silla en un edificio en ruinas, por encima de la zona de La Galera. Llevaba allí veinticuatro horas por lo menos. Su coche estaba cerca. Parece ser que se le estropeó camino del trabajo. El tipo se bajó para ver qué ocurría. En esto, aparece un individuo en moto que se ofrece a ayudarlo y, cuando se quiere dar cuenta, el otro ya la ha

emprendido a golpes de llave inglesa con él. Cuando se despierta, está atado allí y el motorista, que a todo esto no se quita el casco en ningún momento, le da un concierto de bofetadas en Terrompolacara sostenido y lo amenaza con una hojilla de afeitar, diciéndole que le va a cortar los huevos. Después de acojonarlo un rato, se va de allí.

—Joder, Déniz —dijo Monroy, enarcando las cejas—. Hay que ver cómo está el mundo. Bueno, ¿y qué era lo que pretendía el de la moto? ¿Pidieron rescate o algo?

El comisario puso cara de pocos amigos.

—Mira, Eladio, estamos aquí tomando café tranquilamente, solos tú y yo, en vez de estar tú ahí, en comisaría, metido en una sala de interrogatorios con mi gente, así que ni se te ocurra tocarme los cojones.

Monroy le mostró las palmas de las manos en señal de aceptación de la reprimenda. Déniz pareció quedarse conforme y tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa. Monroy le dio fuego y el otro, volvió a una postura más tranquila.

—Sigo —dijo para reclamar nuevamente su atención—. La cosa es que en principio pensé que se trataba de algún ajuste de cuentas, sobre todo porque el elemento, un tal Carmelo Jiménez Vega, se estaba callando algo de lo que le dijo el motorista. Esas cosas se notan, Eladio. Tú sabes. En fin, que me pregunté qué tenía que ocultar el tipo. Y, bueno, nada de drogas ni de fraudes ni de estafas. Pero, a que no sabes qué —Déniz hizo una innecesaria pausa teatral. Monroy ni se inmutó, porque estaba claro que iba a decírselo enseguida—. Pues que el individuo resulta ser el ex marido de Sonsoles, la hija de Paco Nieves. Buen amigo tuyo de la zona del Puerto, de toda la vida. Y, además, el muy animal parece ser que le cascaba a la pobre muchacha. La última vez hace poco, de hecho. Orden de alejamiento Todas esas cosas. Así que el único motivo que se me ocurre para que alguien le haga algo así a ese

tipo es intentar ponerle las pilas para que deje en paz a la hija de Paco. ¿Me equivoco, Eladio?

Monroy se pellizcó el mentón un par de veces antes de contestar.

—Supongo que no te equivocas. Si fuera mi hija, es lo que yo haría. Pero Paco Nieves está conectado a un respirador, Déniz.

—Yo no he dicho que lo hiciera Paco.

—Destapa ya el pastel. ¿Qué quieres que haga yo? ¿Quieres que pregunte por ahí quién fue?

Déniz se sorprendió y luego soltó una carcajada divertida que hizo que algunos agentes le miraran desde la barra antes de volver con discreción a sus bocadillos, sus cañas y sus cafés.

—La verdad es que los tienes cuadrados, cabronazo —dijo finalmente—. No te hagas el loco. Yo sé quién fue. Y tú sabes que lo sé. ¿Cómo lo sé? Pues porque el muy gilipollas del motorista se quitó la chaqueta en un momento dado para poder seguir afeitando a hostias al tal Jiménez y el otro vio, durante un momentito sólo, pero con claridad, el tatuaje que llevaba el matón en el antebrazo izquierdo. Una letra K, fíjate, Eladio. Qué casualidad.

Monroy paseó la vista a su alrededor, intentando evitar la mirada burlona y triunfal de Déniz que, por una vez, y sin que sirviera de precedente, lo tenía cogido por los huevos. Finalmente, tuvo que claudicar y se dejó mirar en el fondo de los ojos.

—¿Me vas a detener? —preguntó.

El comisario puso cara de haber olido un cuesco.

—¿Qué dices, hombre? Tú estás bobo. Mira, te digo una cosa: veo casos como el de la hija de Paco todos los días. Y suelen acabar mal. No tengo medios para protegerlas, y se me rompe el alma, Eladio, de verdad. Tengo dos hijas. Si algún hijo de puta les faltara al respeto En fin, la cosa no fue a mayores. Lo que pasa es que tienes que comprender que bueno está lo que está bien. O bien está lo que está bueno. O como coño se diga Tú cumpliste. El tipo se ha llevado el susto de su vida y no creo que se vuelva a acercarse

a Sonsoles. Pero el asunto se queda aquí. Entiéndelo: si al tal Jiménez le pasa algo, vas a ser el primer sospechoso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Déniz. Gracias.

—Gracias, no —cortó el comisario—. Me debes un favor. Y uno grande. Así que ya puedes ir buscando la forma de devolvérmelo.

—Está bien. Ya veré cómo.

—Bueno, puedes empezar por no meterte en líos durante un tiempo —dijo Déniz aplastando la colilla contra el cenicero, antes de añadir—. Oye, una cosa que me tiene intrigado.

—Tú dirás.

—¿Cómo te lo hiciste para joderle el coche?

—Ah, eso Azúcar en el depósito.

—Joder, como en las películas.

17

No comprobaron el aceite ni el depósito. El empleado de la casa de alquiler les había garantizado que el coche estaba en perfectas condiciones. Además, habían salido de Madrid a las siete de la mañana, así que lo único que les interesaba en ese momento era llegar al hotel y dormir una siesta antes de ponerse a trabajar.

—Conduce tú —dijo Fárez tirándole las llaves tras cerrar el maletero.

Giorgi las cogió al vuelo y abrió la puerta del conductor. No debía haberle contado a Fárez que ya conocía la isla. Había venido hacía años, para acompañar al gordo, que tenía un par de negocios en la zona sur. Fárez, en cambio, sólo había estado en Tenerife. Pasando lo que él llamaba «unas vacaciones».

Eso se lo habían contado en el avión. También se habían contado un par de cosas más. Naderías. Anécdotas que habían acaecido a cada uno en este tiempo que llevaban sin verse. Cuando se les acabó la charla, Giorgi sacó del bolsillo de su cazadora un pequeño tablero de ajedrez magnético. Sin decir palabra, lo montó en la bandeja, previamente desplegada, abrió con cuatro peón rey y dijo:

—Te toca.

Habían jugado prácticamente todo el camino. Tres partidas tensas y largas que el rumano ganó sin excepción. Fárez recibía la derrota con serenidad, con frecuentes sonrisas, estrechándole la mano a cada mate.

Ahora, cuando ya dejaban atrás el término municipal de Telde y la Laja les mostraba el mar fustigando los callaos, Fárez se percató del mutismo en que Lupescu se había sumido desde que arrancaron.

—¿Te preocupa algo, Giorgi? —le preguntó después de abrir la ventanilla para fumar.

Lupescu abrió la boca varias veces, como un pez recién sacado del agua.

—Me preocupan un par de cosas.

—¿Como cuáles?

—Como que todo esto es muy indiscreto. Un coche alquilado a tu nombre; un hotel de cuatro estrellas No sé. Demasiadas pistas, ¿no?

Fárez pensó en lo que Lupescu quería decir.

—Tranquilo. Piensa en esto: nadie va a atar cabos porque no va a haber cabos que atar. Está todo pensado.

—Vale, lo habrás pensado. Pero si queremos sacarle información antes, no va a haber forma de hacer que parezca un accidente. Así que la policía buscará rastros. Y tú estás en nómina de la misma empresa para la que él trabajaba.

—Eso será si no tienen sospechoso.

—No te entiendo.

—Que no sólo vamos a hacer el trabajo. También tenemos alguien a quien colgarle el muerto.

Lupescu asintió, algo más tranquilo. De todos modos, sabía por experiencia que si algo podía ir mal, con toda seguridad iría mal y decidió que a partir de ese momento procuraría convertirse en una sombra. Las habitaciones del hotel ya estaban a nombre de Fárez. El auto también. Él sería el tipo grande que lo acompañaba. Sólo eso. Procuraría no hablar con camareros, recepcionistas, señoras de la limpieza. Sería una sombra. Un fantasma. Alguien de quien no se consigue recordar el rostro. Cuya voz nunca se ha oído.

La ciudad los recibió con un atasco. Mientras esperaban a que el tráfico volviera a fluir, Lupescu miró a su izquierda y vio un barrio de pequeñas casas edificadas junto al mar. Viviendas sencillas, de estilo marinero, cuyas azoteas quedaban casi a la altura de la carretera, con el anuncio de restaurantes costeros especializados en pescado fresco. A su derecha, un instituto y un hospital, feos edificios construidos en gris y marrón, como queriendo contradecir el colorido del otro lado de la vía.

El coche que había delante de ellos se puso de nuevo en marcha justo cuando Lupescu deseó no estar allí.

18

Monroy se había tomado ya, contra su costumbre, su octava cerveza. Como no solía desayunar, comenzaba a sentir la lengua algo gorda, pero pidió la novena. El ojo único de Casimiro lo miró con una mezcla de lástima y severidad.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le espetó Monroy—. ¿Me lo pones tú o me lo tengo que poner yo?

Resignado, Casimiro puso ante él un nuevo botellín y lo destapó.

—Me cago en la puta —dijo Monroy, mordiéndole cada sílaba.

—Monroy —le dijo Ramón el feo, poniéndole, desde atrás, una mano en el hombro—, la vida es así. Te tienes que resignar. Nada es eterno, querido.

Monroy decidió que no sumaría a su pena y su cabreo la visión de la cara de Ramón, con sus ojos de pipa y sus dientes desordenados. Sin volverse, le dijo, para quitárselo de encima:

—Ramón, no me toques los huevos. Tú, a lo tuyo.

—Vale, hombre, no te pongas así —contestó el otro apartándose prudentemente hacia una de las mesas, donde se puso a leer las esquelas del periódico.

El Chapi entró en el Casablanca, dio los buenos días ignorando minuciosamente a Casimiro y se acercó a Monroy. Mecánico se quedó en la puerta, esperando, como si el animal supiera que en ese momento los ánimos ya estaban lo suficientemente cargados y convenía no echar más leña al fuego.

—Ya está, Eladio. Llamé a Feluco y le conté la cosa. Me dijo que él se encargaba. Vienen a las tres.

Monroy levantó la mirada, ya turbia. Chapi percibió perfectamente la pena provocada por el hecho de que aquellas palabras constataran que ya era seguro el fin. Por eso añadió:

—Si antes quieres ir y quedarte con algún recuerdo Incluso, si quieres ir con ellos.

—No, Chapi, prefiero recordarlo tal y como era.

Casimiro aprovechó el silencio subsiguiente para preguntarle al Chapi si le apetecía tomar algo. Los ojos del chapista se cruzaron con el del camarero obviando diferencias. El primero pidió un botellín. Tras ponérselo, el segundo cogió un cenicero, sirvió en él una cucharada de las carajacas que se aburrían en el expositor, fue hasta la entrada y las puso en el suelo ante Mecánico, que las olisqueó un momento antes de devorarlas con placer baboso y meneo de rabo.

Monroy no se percató de nada de esto. La culpa le atormentaba. Podía haber hecho algo. Si hubiera tenido más cuidado. Si lo hubiera vigilado.

—Ya está bien, Eladio —dijo el Chapi—. Si no daba para más, no daba para más. Al fin y al cabo, no era más que un coche.

—Ya, coño. Pero era el mío. Llevaba más de veinticinco años conmigo.

—Pues bastante servicio te ha hecho ya. Los coches de hoy en día no duran tanto. Confórmate, tío. Ahora hay que buscarte algo para que puedas moverte. ¿Cómo estás de perras?

—Así así —dijo Monroy.

—En fin, ya te buscaré algo.

—Yo quiero el mío. O uno como el mío —protestó Monroy, con una rabia de niño pequeño que provocó la sonrisa de Ramón el feo.

—¿Un Fiat 124? ¿Quién coño va a conseguir un 124? La última vez que se fabricó uno a Casimiro todavía se le empinaba —dijo el Chapi.

—Claro, porque me la chupaba tu mujer —protestó el tuerto.

—Oye, camarerucho, lo que tengas que decir, me lo dices a mí. Pero, a mi mujer, no la metas en esto.

—Ya. Bastante tiene la pobre con aguantarte.

Así empezó una nueva discusión, en medio de la cual Monroy comprobó que ya se había emborrachado lo suficiente, que ya había hecho suficiente el tonto y que no tenía dinero suficiente para pagar la cerveza. Haciendo un gesto de «apúntamelo» a Casimiro, salió del bar y los dejó discutiendo sobre la incierta paternidad de Bonifacio.

Al pasar junto a Mecánico, el animal lo miró con sus ojos de vidrio, relamiéndose, preguntándose si el calvo aquel también traía comida.

19

Cuando salió del edificio azul cobalto a dar su paseo diario, Héctor llevaba en la mano su ejemplar de *Crimen* con el sello de la librería Ei2. Había decidido caminar por la Avenida de Las Canteras hasta La Puntilla y, desde allí, tomar la calle Luján Pérez y La Naval.

Había recorrido unos cien metros cuando se dio cuenta de la presencia del hombre.

Les había dado esquinazo en Barajas y había pasado ya el tiempo suficiente para que se hubiesen olvidado de él. Por lo demás, no había realizado ningún movimiento sospechoso. Ni siquiera por teléfono. Ni siquiera en Internet. Y, en todo caso, nunca hubiesen podido localizarlo. Debía comprobar si estaba en lo cierto o volvía a padecer aquella especie de manía persecutoria.

Sin embargo, ahí estaba el tipo. Enorme, vestido con pantalones sueltos y chaqueta de chándal, caminando en el mismo sentido que él a unos metros de distancia. Parándose a contemplar la playa o a encender un cigarrillo, haciendo un hueco con la mano para proteger la llama, cuando él cedía el paso a alguna anciana o ralentizaba la marcha para ojear un escaparate.

Tenía que comprobarlo. Tomó la calle Sagasta, frecuentada a esa hora por repartidores y extranjeras celulíticas que acudían a tomar el baño de la mañana. El pelirrojo se desvió también. Así que, casi con seguridad, lo habían localizado y lo seguían. Ahora todo era cuestión de tiempo. Por lo tanto, utilizó el menos posible en trazar un plan. Primero, giró en dirección hacia el parque de Santa

Catalina donde, según recordaba, había una oficina de correos. Y, mientras lo hacía, sin dejar de caminar, sacó su teléfono móvil y marcó el teléfono de Nico. Le saltó el buzón de voz (imaginó el móvil en el interior de la taquilla mientras Nico cocinaba) y, sin dejar de andar, le escribió un mensaje: NO VENGAS A CASA.NO ME BUSKES.

Tras cortar se preguntó qué más podía hacer. A quién más conocía. A qué otra persona de la ciudad podría acudir. Volvió a coger el teléfono y, siempre sin parar de caminar, buscó en la agenda el número del móvil de Monroy.

El gigante acortaba la distancia y Monroy no cogía la llamada. Ni siquiera saltaba su buzón de voz. Héctor colgó y aceleró el paso.

La oficina de correos estaba prácticamente vacía. Ante la ventanilla, sólo había un argentino gordo quejándose a la empleada por el sistema de tarifación. Al parecer, iba a enviar a Resistencia un paquete que le costaría un dineral. La empleada, una funcionaria miope y cincuentona, de pelo teñido de color paja y dientes desordenados que la hacían cecear, lo escuchaba mirándole de hito en hito con cara de póquer, insertando algún De acueddo, zeñod, pedo ezo no ez coza mía, cuando el otro se paraba a tomar aire. Héctor se percató de que el individuo se apostaba frente a la puerta y hacía una llamada con el teléfono móvil sin quitarle ojo a través de la cristalera.

Cuando el argentino se fue, indignado, Héctor pidió a la funcionaria un sobre de tamaño normal.

—Quiero hacer un envío por correo certificado —aclaró.

—Entonces, tiene que dellenadme ezte impdezo —dijo la otra, poniendo ante él el documento y un bolígrafo. Evidentemente, intentaba recuperar su amabilidad profesional tras el mal rato que el anterior usuario le había hecho pasar.

Ante el impreso, con el bolígrafo en la mano, Héctor se paró a pensar a quién dirigiría el envío. Enviárselo a sí mismo era una posibilidad. Aunque nadie le aseguraba que mañana estuviera en

este mundo para recogerlo. Por un momento, volvió a pensar en Esther, en lo que le había ocurrido, en cómo, tras su muerte, alguien había entrado en su casa, ahora abandonada, supuestamente a robar. Así que hubiera sido inútil. Por lo demás, al reenviarlo a casa, hubiera puesto a Nico en peligro. Eso si no lo estaba ya.

Miró el libro, en cuya página de cortesía había una pegatina con los datos de la librería Ei2. Volvió a mirar hacia la puerta y comprobó que el gorila continuaba allí. Ya no se lo quitaría de encima. Más tarde pensaría en lo que podía hacer, pero era más bien poco. Justo enfrente había un puesto de la policía municipal. Podía cruzar y situarse allí. Pero, ¿y después?

Se imaginó teniendo que explicar la situación a unos policías locales que lo mirarían con incredulidad y se harían gestos cómplices en los cuales estaría implícita una burla.

Recordó a Esther. Su última llamada de teléfono, la voz de una mujer con la voz atenazada por el miedo, aterrada.

—No sabes de lo que son capaces —había dicho Esther, temblando—. Sal corriendo, Héctor. También irán a por ti.

—Pero, ¿y por qué no los denunciarnos?

—¿Y quién nos va a creer, Héctor?

Esther cortó tras decir que pensaba seguir conduciendo hasta Francia. Que en una hora estaría en Irún y, después, ya vería. Nunca volvió a oír su voz.

Al día siguiente, al enterarse de lo que había pasado, decidió que a él no le ocurriría igual y reunió toda la información que pudo recopilar, antes de preparar la huida. Ahora sólo necesitaba tomar ventaja y, si el gorila no se había dado cuenta aún de la maniobra, lograría tomarla.

Abrió el libro por la página de cortesía y, de forma automática, comenzó a copiar la dirección.

20

Podrían ser cosas suyas. No era la primera vez que le parecía sospechoso un tipo que luego resultaba ser un cliente normal y corriente. Pero no acababa de tenerlas todas consigo. El individuo llevaba ya un buen rato al fondo del local, mirando libros infantiles, ocultándose, a veces a su mirada y reapareciendo de pronto para echar un vistazo a la puerta. Gloria sabía cuándo alguien no está leyendo la portada del libro que tiene en las manos. Por lo demás, el tipo era alto y flaco, y tenía un rostro duro y pálido, de facciones angulosas y marcadas, como si fuese el de la muerte. Si le hubieran pedido el adjetivo exacto, ella hubiera dicho que era un rostro cruel. En las dos ocasiones en que sus miradas se habían cruzado, había notado cómo se le erizaba el vello.

Manolo no levantaba la nariz del ordenador desde hacía un par de horas y, de todos modos, conociéndolo, en caso de que el tipo fuera un ladrón o algo parecido, Gloria no confiaba demasiado ni en sus adiposos atributos físicos ni en su menos que presunto aplomo. Miró el reloj y comprobó que eran las once y media. Eladio estaría ya llegando a casa. Desde allí a la librería, se podría poner en diez minutos. Optó por enviarle un mensaje al teléfono móvil. Monroy contestó casi enseguida. Mientras esperaba a que llegase Gloria se propuso no quitarle ojo al elemento, que ahora buceaba entre los libros de cocina mirando con más frecuencia en dirección a la puerta. Supuso que el tipo calculaba distancias, tiempos de huida. O, más bien, se aseguraba de que no entrara ningún nuevo cliente.

Los dos o tres que ya había se hallaban repartidos por el local. Eran dos estudiantes gorditos con camisetas de grupos de rock que examinaban libros sobre juegos de rol y una treintañera que hubiera resultado muy atractiva con un cambio de ropa y de peinado. Ahora se dirigía ya a la caja con dos libros de colecciones de bolsillo: la *Antología del cuento triste* y *Gaspar Ruiz*.

Otra cultureta, se dijo mientras pasaba los libros por el escáner. Justo en ese momento, comenzó a sonar una melodía de teléfono móvil y los siete hicieron ademán de echar mano a sus bolsillos o bolsos. El único que finalmente sacó un móvil y contestó fue el tipo sospechoso.

Gloria tenía junto a la caja un par de libros pendientes de colocación y aprovechó la oportunidad. Se acercó a la zona donde estaba el individuo y pegó el oído.

—¿En correos? —decía el otro a un interlocutor que debía de ser, por el tono, un compañero de trabajo o un subordinado, pero en todo caso hombre. Ella adivinaba ese tipo de cosas—. ¿Y no sabes qué está enviando o a quién? No, quédate ahí Ya nos enteraremos. Voy para allá.

Esa última frase le hizo sentir un tremendo alivio a Gloria, que casi emitió un suspiro.

Tras colgar, el individuo se volvió y descubrió a Gloria junto a él. Bastante cortés, dio los buenos días y se dirigió hacia la puerta, donde se cruzó con Monroy, que entraba en ese momento. Monroy supuso que se trataba del tipo que preocupaba a Gloria y le preguntó con la mirada si debía retenerlo. Ella negó con la cabeza, yendo hasta él.

—Lo siento, cariño. Falsa alarma. Perdona que te molestara.

Monroy se encogió de hombros.

—Bah, da igual. No te preocupes.

—Es que ya ves que impresionaba, ¿no? —dijo ella, justificándose.

—Bueno, no tenía pinta de dama de la caridad. Pero tampoco de ladrón de libros. De todos modos, ante la duda, prefiero siempre que me des un toque.

—Eres un amor —dijo Gloria, mirando alrededor antes de plantarle un beso en los labios y comprobar que apestaba a cerveza.

Monroy, que en ese momento se sintió bastante macho, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Después, ya que estaba allí, se le ocurrió evadirse un poco del enfado por lo del coche haciendo calentar a Manolo.

—¿Qué? ¿Cómo anda el rojerío pasado de moda? ¿O ya te pediste una tarjeta de El Corte Inglés?

Manolo levantó la vista de la pantalla del ordenador y, para empezar, se cagó en los muertos de Monroy, preguntándole, a continuación, si ya venía a tocar los huevos como siempre.

* * *

Fárez divisó al Demonio hablando por el móvil mientras miraba el escaparate de una tienda de productos rusos donde matrioshkas y falsos huevos de Fabergé se alternaban con botellas de vodka e insignias de la flota soviética.

Lupescu, por su parte, lo vio acercarse desde la avenida y se despidió antes de cortar. Cuando se reunieron, Lupescu había guardado ya el cacharro en uno de los bolsillos de su chándal.

—¿Cómo está el crío? —preguntó Fárez.

—Me echa de menos.

—Con un poco de suerte, pasado mañana estás allí.

Avanzó hacia el portal que había junto a la tienda.

—¿Es aquí?

—Sí. Volvió cuando salió de correos. No ha vuelto a salir. Yo creo que se dio cuenta.

Estaban ya situados ante la puerta cerrada del edificio. Fárez repasaba con la mirada el directorio del portero automático. Sin volverse a mirar a Lupescu, dijo, como para sí mismo:

—Eso ya da igual.

Eligió al azar uno de los interruptores y lo pulsó. Se escuchó la voz de una mujer de cierta edad preguntando quién era. Entonces, Fárez utilizó la expresión mágica, el «Ábrete, Sésamo» que abre cualquier puerta con portero automático del mundo, volviéndolas totalmente inútiles:

—Yo.

Tras unos segundos, se escuchó el zumbido del interruptor que desbloqueaba el mecanismo.

* * *

Héctor caminaba rápidamente de un lado a otro: del despachito al dormitorio; del dormitorio al cuarto de baño. Del cuarto de baño al dormitorio. Del dormitorio al salón. Del salón al dormitorio. En el dormitorio, los armarios abiertos, la ropa desordenada sobre la cama. Y, en medio del desorden, la maleta, que se iba llenando con lo más imprescindible: documentos, mudas de ropa, cosas de aseo. Con lo que había en la maleta más el ordenador portátil y lo que llevaba puesto, habría más que suficiente. Por último, cerró el trolley y lo llevó a la entrada. Volvió a por el maletín del ordenador. Se paró un momento a sopesar la posibilidad de dejar una nota a Nico. Pero sabía que el que lo seguía la vería antes, porque seguramente entraría en la casa a la menor oportunidad. Quizá ya se dirigía hacia allí. Eso le recordó que debía marcharse lo antes posible. Antes de iniciar la huida, echó un último vistazo a su alrededor, una última ojeada al único lugar donde había conocido algo semejante a la felicidad.

Con el maletín del portátil colgando del hombro y el asa del trolley en la mano contraria, abrió la puerta, dispuesto a salir y se enfrentó al horror de los dos hombres, apoyado cada uno en un bastidor del marco, mirándolo con sonrisa sardónica. Uno, el que le había seguido esta mañana. El otro, el que le había seguido en sus últimos días de Madrid, aquel a quien conocía desde hacía años y que siempre le había parecido desagradable y peligroso, tal y como

los hechos posteriores le habían demostrado que era. Fue éste el que habló, mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante e interponía como precaución el pie entre el marco y la puerta que, de todos modos, Héctor, paralizado por el horror, no hizo ademán de cerrar.

—Creo que llegamos en mal momento. ¿Salías de viaje?

21

Una más de las cuatro o cinco excentricidades de Eladio Monroy: cada tres días, se afeitaba la cabeza. O, más bien, llevaba a cabo el ritual de afeitarse la cabeza, pues se trataba de todo un ritual. Pinchaba en su mini cadena un disco de Pau Casals interpretando la *Suite número 1 para cello solo*, llenaba el lavamanos de agua caliente, se lavaba el cráneo con aquella misma agua, que le abría los poros y, tras cubrirlo de espuma, comenzaba a pasar la cuchilla lentamente, desde la frente a la coronilla, para luego volver al mismo lugar, pero esta vez desde la nuca, tarareando, al descuido, alguna de las frases tarareables (que a quien le escuchase le hubiese resultado irreconocible, porque sabido es que Monroy no había colocado una nota en su sitio en toda su vida ni por casualidad). Tardaba más o menos diez minutos y le gustaba ir pasando la mano libre por la zona que había recorrido la cuchilla. Le agradaba sentir el tacto de sus dedos en la piel y el tacto de su piel en los dedos.

Celebraba esos ritos desde hacía unos quince o dieciséis años, mucho antes de que se pusiera de moda; desde el día en que descubrió que sería presa de la alopecia y decidió llevarlo con toda la dignidad posible. Tres lustros después se había convertido en una especie de período dedicado a sí mismo y odiaba que lo interrumpieran hasta después del momento en que, tras volver a enjuagarse y secarse la cabeza, se administraba un suave masaje con crema hidratante. Para finalizar, solía ir al salón, encendía un cigarrillo y lo consumía sentado en el sofá, terminando de escuchar

cómo el catalán concluía la Giga, volviendo a interponer un silencio de trescientos años entre él y Johann Sebastian Bach.

Esta vez no le dio tiempo. Los dedos de Casals comenzaban a saltar, juguetones, en los primeros compases del tercer movimiento cuando el teléfono sonó. Monroy decidió no hacerle caso y seguir con el afeitado. El contestador haría su trabajo. Pero quien llamaba no le permitió hacerlo. Colgó y volvió a llamar.

Monroy salió del baño en dirección al salón. El contestador volvió a saltar antes de que llegara al teléfono. Iba a acercarse para ver el número en la pantalla, pero, justo en ese instante sonó el móvil y vio de quién se trataba.

—¿Qué pasó, Déniz? —contestó, malhumorado.

—¿Qué hay Eladio? ¿Dónde estás?

—En casa.

—Y, entonces, ¿por qué no?

—Me estaba afeitando la cabeza, cojones.

—Perdona, chico. Oye, por cierto, qué buena música oyes.

Monroy pausó la reproducción, se sentó en el sofá y se resignó a hablar con Déniz, cuya insistencia, por lo demás, no le hacía olerse nada bueno.

—Tú dirás, Déniz.

—¿Conoces a un tal Héctor Fuentes Hurtado?

Monroy enarcó instintivamente las cejas y buscó en su mente posibles respuestas: «No», «No, quién es», «De vista», «Me suena de algo», «Es un amiguete», hasta cubrir el posible espectro hasta «Sí, hombre, estuve vigilándolo por encargo de una agencia de detectives, luego el tipo flirteó conmigo y, finalmente, acabamos haciéndonos amigos, aunque él se piensa que yo soy de la acera de enfrente». Optó por la más neutra y menos comprometida.

—Sí. Nos hemos tomado una caña, alguna vez. ¿Por qué?

Déniz hizo un silencio de unos segundos antes de continuar hablando.

—Apareció muerto en su casa hace un par de horas.

Monroy se sintió palidecer.

Sí que era feo el asunto. A ver si va a resultar que soy un puto gafe, se dijo Monroy.

—No me jodas ¿Cómo fue eso?

—Muerte natural. Al menos, yo considero natural que te mueras si te meten un par de puñaladas en el pecho y otra en el cuello. Eso, por lo menos.

Monroy captó al instante el chiste de policías, que a él, como todo lo que olía a policía, le pareció de un gusto pésimo.

—Menos mal que te metiste a madero, porque como monologuista te hubieras cagado de hambre.

—Ya. Acabamos de comenzar a investigarlo. Una llamada desde la cabina que hay frente a su edificio, por lo que parecía una trifulca doméstica. La puerta no estaba cerrada con llave, así que los de la policía municipal entraron y se lo encontraron, todavía caliente, al parecer. Yo todavía estoy en la casa y el cadáver lo levantaron hace unos diez minutos. Por supuesto, todavía no puedo darte muchos detalles. Pero puede que tú sí puedas ayudarme a mí.

—No lo conocía demasiado. Coincidimos un par de veces en alguna conferencia y fuimos a tomar unas copas.

—Tú en una conferencia —se extrañó el comisario.

—Porque tú no vayas, no voy a dejar de ir yo.

—Bueno, de todos modos, igual puedes contarme algo sobre él. Andamos un poco despistados.

Vaya novedad, pensó Monroy, justo cuando Déniz cambiaba el tono de voz de cordial a suspicaz al decir:

—Y de paso quizá me puedas explicar por qué fuiste la última persona a la que llamó por teléfono.

Monroy se paró en seco al escuchar esto. Había visto la llamada perdida de Héctor, pero no había contestado porque en ese momento estaba saliendo del bar Casablanca, viniendo a casa para darse una ducha y quitarse el pedete cervecero matinal.

—Es verdad. Me llamó esta mañana, pero no llegué a cogerlo.

—Eladio, estaba pensando ¿Por qué no te pasas por aquí y hablamos?

—Quieres decir que por qué no voy a declarar.

—Joder, chico, no se te puede decir nada.

—No me importa ir, pero mejor llamamos a las cosas por su nombre.

—Vale. Para ti la chochona. ¿A qué hora te viene bien?

—¿Dentro de una hora, por ejemplo?

—De acuerdo. Que te lleven a mi despacho directamente. Luego ya redactaremos la declaración —dijo Déniz tras hacer un rápido cálculo mental.

—Espera, antes de colgar. ¿A qué hora fue, más o menos?

—Estoy esperando el informe, pero parece que debió de ser sobre las doce, más o menos.

Monroy hizo un cálculo mental y dio un suspiro.

—A esa hora estaba en la librería. Me quedé con Gloria y Manolo hasta la una y media.

—Hombre, tranquilo. Yo no te había preguntado.

—Lo sé. Pero ahora ya no vas a tener que hacerlo. Hasta luego.

Cortó sin esperar a que Déniz se despidiera. Dentro de un momento llamaría a Gloria para contárselo. Pero primero buscó la tarjeta de Molina y marcó el número de su móvil. El teléfono móvil al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

Buscó la carpeta azul que Molina le había entregado al encargarle el trabajo. Aún estaba en la mesa del ordenador. Localizó el número de teléfono de la ex mujer de Héctor y lo anotó en un trozo de papel.

* * *

La última vez que Monroy estuvo en aquel despacho fue en 2004, al día siguiente de la muerte de Paco Ruiz, la primera de una serie que había dado muchos quebraderos de cabeza al ex jefe de máquinas.

En aquella ocasión ya poblaban las paredes los títulos, las condecoraciones, las fotos de la promoción del año 70 de la Academia, las dos harimaguadas en pequeño formato firmadas por Paco Sánchez. Lo que sí era nuevo era el recorte de la prensa local enmarcado, recogiendo la noticia de la felicitación del Ministro del Interior, con la foto del político estrechando la mano de Déniz, quien sonreía con cara de empollón de la clase venido a más.

El empollón llevaba ahora ya un rato haciéndole preguntas acerca de todo lo que tenía que ver con Héctor, mientras tomaba notas y consultaba los informes que tenía ante sí.

Monroy había optado por no mentirle demasiado. Se había limitado a omitir todo lo que tuviese que ver con el encargo que los de Gargajo y Pus le habían hecho. Por lo demás, según la composición de lugar que el comisario se había hecho, Monroy había conocido al finado en la librería de Gloria y Manolo y, tras enterarse de que era homosexual, había hecho buenas migas con él y con su pareja.

—¿Tú en esos ambientes, Eladio? —Se había extrañado Déniz, que, en ciertos asuntos, todavía vivía en los años setenta—. A ver si vas a salir del armario ahora, después de viejo.

—Claro —había contestado Monroy—. Voy a salir del armario, a tropezarme con la alfombrilla y a darme con la mesa de noche. No me jodas, Déniz. No me seas facha.

—En fin. Supongo que lo que hagas con tu culo es problema tuyo. A mí lo que me interesa es si me estás contando toda la verdad. Porque tú eres de los que siempre se guardan algo.

—Bueno, si quieres te puedo contar los libros que leía, la música que le gustaba, el tipo de conferencias a las que iba. Pero no creo que eso te ayude mucho a enterarte de lo que pasó.

—No, si acerca de lo que pasó, ya lo sé casi todo Sólo intento aclarar un par de detalles, para ver si encaja.

—¿Para ver si encaja qué? Oye, yo ya te conté todo lo que sabía. ¿Por qué no me cuentas tú a mí algo ahora?

La mirada del comisario remoloneó por el despacho. Monroy sabía que acabaría contándole todo, pero que le gustaba hacerse el reservado. Finalmente, dijo:

—Esto que te voy a contar, no puede salir de aquí, Eladio. Es —y la boca se llenó al pronunciar las siguientes palabras— secreto de sumario.

—¿Y cuándo te he fallado yo en algo así, Déniz?

Déniz frunció los labios y concedió con una inclinación de cabeza.

—Está bien. Parece que la parejita feliz no era tan feliz. Y que incluso ya no era ni parejita.

—¿Quieres decir que sospechas del amigo de Héctor?

—¿De? —Déniz consultó sus notas y leyó—. ¿Nicolás Lara Blay? ¿Sospechar? No. Tengo clarísimo que fue él.

Monroy lo miró sorprendido.

—Pues parecía muy enamorado. Como si lo idolatrara.

—Del amor al odio no hay más que un paso. No sería la primera vez. Te voy a decir lo que sé. A tu amigo lo mataron una hora después de que el amigo (que, por cierto, no aparece por ningún lado) se marchara repentinamente del trabajo justo al leer un mensaje de móvil. Por lo visto, según sus compañeros, se puso pálido y dijo que tenía que irse. ¿Y de quién era el mensaje? —Déniz hizo esta pregunta canturreando, como si le hablara a un bebé.

—Seguro que me lo vas a decir enseguida.

—De Fuentes Hurtado. Y era una cosa muy brusca, diciéndole que no fuera a la casa. Esto es, que, por lo visto, no había muy buen rollo. Por otro lado, la vivienda la encontramos en completo desorden, la mitad de los roperos vacíos. Y la maleta de Fuentes preparada para hacer un viaje muy, pero que muy largo. De esos de no volver más, vamos. Además, tengo aquí el parte del forense: antes de apuñalarlo, le dieron una soberana paliza. Y la llamada

anónima decía que había oído una fuerte discusión, antes de los ruidos de pelea.

Monroy miró de reojo al comisario.

—Por cierto: llamada anónima. ¿Desde dónde llamaron?

—Desde una cabina de la avenida de Las Canteras. Justo frente al edificio.

—¿Hombre o mujer?

—Qué más da. Creo que hombre. Ya sabes cómo es la gente: culichichi pero cagueta Bueno, para no cansarte: Fuentes iba a dejar al tal Lara Blay. Le manda un último mensaje. El otro, que debe de ser un moro, va para el piso con un dolor de cuernos de cojones y lo trinca terminando de hacer el equipaje. Bronca descomunal, marica loca que pierde los estribos y le da la del pulpo a tu amigo Héctor. Y, para rematar la faena, le mete tres puñaladas con el cuchillo de la cocina. Una le rompe el esternón, pero no le hace gran cosa. La segunda le entra por entre las costillas y le interesa el pulmón izquierdo. Se podía haber salvado si la cosa se para ahí, si no le da la tercera en toda la yugular. Se desangró en diez segundos, más o menos.

—Entonces, Nico.

—A Nico se lo ha tragado la tierra. Nadie lo vio entrar. Nadie lo vio salir. Sacó dinero en un cajero de Franchy Roca sobre las dos y media de la tarde. No se sabe nada más. Tenemos la matrícula del coche. Supongo que en menos de 48 horas lo tendremos localizado. Eso si no le da por utilizar el móvil o sacar más perras del cajero. De todos modos, tengo a los mejores en el asunto.

—¿Los conozco yo?

—Alonso y Pérez.

Monroy mostró una sonrisa de sorpresa al escuchar los nombres de los dos sabuesos.

—Coño. Starsky y Hutch.

—Joder, no les perdonas lo de aquella vez Sólo hacían su trabajo.

—Ah, claro que sí Pero hazme un favor.

—Tú dirás.

—Diles que yo ya hablé contigo. Que no me vengan a tocar los huevos.

Déniz soltó una pequeña carcajada socarrona.

—Oído cocina.

Ambos rieron. Después la risa se fue apagando como una bengalita de chispas y el comisario volvió a hablar, mirando sus papeles.

—Oye, ¿sabías que Fuentes era divorciado?

—Ah, ¿sí? —disimuló Monroy.

—Llamó su ex mujer hace un rato. Quería ver cómo podía llevarse el cadáver a la península.

—Ajá. ¿Se enteró por la tele?

—No. Eso es lo más raro: el nombre no ha trascendido todavía. Parece que la llamó alguien desde aquí, un amigo de Héctor al que ella no conoce y que no quiso decirle su nombre. La pobre mujer, pensó que era una broma de mal gusto.

—¿Y no sería el propio Nico?

—No. Yo pensé lo mismo, pero el tipo tenía acento canario y éste es asturiano. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad?

Déniz había dicho esto esgrimiendo una mirada de complicidad.

—No. Ni idea. No sabía ni que hubiera estado casado, fíjate.

—En fin. Es muy raro. Además, la llamaron desde una cabina. Joder, en plena era del móvil y a todo el mundo le da ahora por alimentar a Telefónica.

—Puede haber sido algún otro amigo. Héctor era un tipo extrovertido. En todo caso, no está mal que alguien le llore a uno. Que alguien lo recuerde después de muerto, ¿no?

—Sí. Supongo que sí. Que es lo justo —Déniz no terminaba de sentirse a gusto—. De todos modos, sigo pensando que te guardas algo.

—Si me guardara algo, ya se enterarían Starsky y Hutch. Para eso son los mejores.

Déniz sonrió, negando, resignado, con la cabeza.

—Contigo no hay manera.

—Qué se le va a hacer No vengo con manual de instrucciones.

De pronto el comisario volvió a mirarlo con seriedad, casi de forma severa, para decirle:

—Cualquier día de éstos, te vas a acabar pasando.

—Y tú vas a estar ahí para llamarme al orden.

—De eso puedes estar seguro.

22

Monroy volvió a casa a pie desde comisaría. Atardecía y él decidió cruzar hacia la avenida Marítima para, desde el lado del mar, tomar un poco el aire fresco de última hora del día, antes de la que presentía una noche de canícula. Porque, en efecto, el calor y la humedad habían regresado.

Cruzándose o dejándose adelantar por gente que hacía footing, pedaleaba o paseaba, por costumbre o prescripción facultativa, mantenía su vista orientada principalmente hacia la izquierda, donde los pilones eran golpeados suavemente por el mar. Dejó atrás el muelle deportivo y la sede de Cruz Roja. Paró unos minutos a observar cómo salía de la bahía un carguero que debía de ir hasta los topos. Se recordó a sí mismo en buques así, realizando justo aquellas maniobras de salida, al comienzo de una noche cuya madrugada le sorprendería ya en alta mar, junto a veinte o treinta tipos más, aburridos y resignados como él. En aquel tiempo las travesías eran más largas y se hacían más a ciegas. Ahora los barcos eran más veloces, disponían de mejores métodos de navegación y comunicaciones. Todo era bastante más seguro y divertido. Por ejemplo, en su época no había ni vídeo en la sala de recreo, por la sencilla razón de que el vídeo comenzaba a popularizarse justo cuando él dejó de navegar. Uno sólo podía hacer cuatro cosas, además de escuchar aquellos transistores de onda media: hablar, beber, jugar a las cartas o al ajedrez y aislarse de la obligatoria compañía ajena utilizando un libro. Él no era demasiado

hablador. Y jugaba mal al ajedrez. Así que bebía y leía. Y sí, ahora todo sería más sencillo y más cómodo. Pero, imaginó, todo sería igual: el mismo olor a combustibles y a salitre, el mismo zumbido de las máquinas, los mismos cambios sofocantes: un viento y un frío indescriptibles en cubierta y un calor asfixiante en el interior; y, sobre todo, el mismo inevitable tener que soportar la presencia demasiado cercana de otros hombres que, por mucho que llegaran a parecerse a amigos no conseguían ser más que compañeros. Después sí. En tierra sí que, unidos por la nostalgia y las experiencias comunes, se convertían en amigos para toda la vida. Pero en alta mar no eran más que eso: sucursales ambulantes del infierno que había que soportar y que te soportaban para que nadie acabara apuñalando a nadie antes de llegar a puerto.

Y eso lo llevó a otra reflexión: ¿cuándo se convierte alguien en tu amigo? ¿En qué momento, en qué preciso instante comienza el conocido a ser una amistad? ¿Cuál es el punto en que un sentimiento de simpatía deja de serlo para transformarse en aprecio, en ese franco afecto que hace que se tienda un puente entre dos personas que quizá no han compartido clases, juegos en el recreo, partidas de baraja, correrías nocturnas, largas jornadas de instrucción militar o interminables travesías marítimas? Por ejemplo, ¿había sido Héctor su amigo? ¿Lo había sido? Y, si lo había sido, ¿en qué momento había empezado a serlo?

Al pensar esto, se sintió indefinidamente triste, como en una de esas largas tardes de domingo de otoño en que llovizna mientras el teléfono permanece indefectiblemente mudo.

Prosiguió caminando. Cruzó por el pasadizo que había bajo la avenida a la altura de la Biblioteca Pública. Bien es verdad que era un gran rodeo para llegar a la calle Murga. Tenía que haber tomado la salida anterior, pero se había dejado desviar por los recuerdos.

Fue al pasar por el túnel, cuando se dio cuenta de la presencia a sus espaldas. A quince o veinte metros, pero siempre sin dejar de seguirle. Un solo hombre. No le veía el rostro. Ya estaba oscuro y,

para verlo, hubiese tenido que volverse y prestarle atención, poniéndole sobre aviso. Descartó la posibilidad de un yonqui planeando robarle. Hacía tiempo que ninguno lo intentaba. Con su aspecto no era de extrañar.

Se dejó pisar los talones mientras subía por la calle Bravo Murillo. También al doblar a la derecha en León y Castillo y mientras la recorría con parsimonia, entre la gente que volvía a casa o salía a tomar algo. Cruzó a la altura del Club Prensa Canaria y comenzó a subir la calle Murga. Entonces temió que el perseguidor se hubiese quedado atrás y se paró un instante, con la excusa de prender un cigarrillo.

A ver hasta dónde llegas, se dijo mientras abría el portal y entraba en el zaguán. Antes de coger el ascensor, rompió un trozo de cartón de su paquete de tabaco y lo introdujo en el seno del pestillo de la puerta de calle. Quería asegurarse de que quien le seguía pudiera entrar.

* * *

El hombre que seguía a Monroy lo hacía desde las seis de la tarde, justo desde el momento en que el ex marinero salió del mismo edificio en que ahora lo había visto entrar. Había caminado tras él hasta comisaría y se había apostado en la acera de enfrente. Después de pensarlo bastante, había cruzado para preguntar a uno de los policías que hacían guardia ante la puerta si había otra salida para el público, pues esperaba a un amigo que se encontraba haciendo unas diligencias. Al escuchar que no, el hombre volvió a salir y a apostarse, lo más discretamente, en uno de los parterres del parque romano, desde el cual se divisaba la entrada. Esperó durante una hora interminable y al fin volvió a seguir sus pasos cuando salió. Sabía que no había traído coche, pero se alegró de que no se le ocurriera coger un taxi.

En el portal, miró los nombres en el directorio del portero automático. Iba a tocar en cualquiera de las viviendas, pero, al empujar la puerta, comprobó que ésta se abría. Tras asegurarse de

que nadie miraba hacia allí en aquel momento, entró y se dirigió al ascensor.

Al salir, en el 4º, tardó pocos segundos en orientarse. Era la puerta de la derecha. Dio los dos pasos que lo separaban de ella y, cuando ya se disponía a tocar al timbre, observó que la puerta estaba entreabierta y la luz encendida. Dudó un instante entre tocar el timbre o golpear con los nudillos. Y justo en ese instante de duda, sintió cómo alguien se abalanzaba sobre él desde el hueco de la escalera que había a su derecha. Tuvo el tiempo justo de volverse en esa dirección e intentar alzar las manos, pero ya Monroy se le había echado encima con todo el peso de su cuerpo y, mientras lo cogía por el cuello de la camisa, descargaba sobre su rostro un puño que le pareció enorme y que fue lo último que vio antes de una nada negra que cayó como un velo sobre su consciencia.

Monroy no lo dejó caer. Sabía que sería un desvanecimiento de unos segundos. Siguió asiéndolo por el cuello de la camisa mientras reconocía aquella cara de mono, ahora completamente aterrorizada. La cara de simio de Nicolás Lara Blay, el hombre a quien buscaba la gente de Déniz.

* * *

—Lo siento, hombre. Pero a quién se le ocurre acercarte de esa manera —dijo Monroy dándole a Nico un paño de cocina en el que había metido cinco o seis cubitos de hielo.

Allí sentado, aplicándose la improvisada compresa al ojo izquierdo, con el mechón rubio deshecho por la humedad y la camiseta del Canarias Jazz & Más Festival 2004 que Monroy le había prestado (la suya se había roto) parecía aun más bajo e insignificante de lo habitual. Más frágil. Más indefenso.

—¿Cómo se me iba a ocurrir que me habías visto? —Se quejó—. Llevaba detrás de ti toda la tarde. Desde que saliste de aquí para la comisaría. Y, de todos modos, al darte cuenta, ¿qué te costaba dirigirme la palabra en vez de darme una hostia?

—Sabía que alguien me seguía, pero no que fueras tú.

Monroy le ofreció un cigarrillo pero Nico negó con la cabeza. Él encendió el suyo y se apoyó en las librerías que había a su izquierda.

—¿Y cómo te has enterado de dónde vivía?

—Héctor me había dicho que parabas en ese bar el Casablanca Pregunté allí.

—Pues anda que son discretos.

—Dije que tenía que ofrecerte un trabajo.

Monroy asintió y dio un bufido. Tenía que hacerse una idea algo más clara de la situación. Pero antes se permitió una sonrisa de malicia al pensar que el hombre al que la gente de Déniz andaba buscando con su supuesta eficacia, había estado a las puertas de comisaría esperando a que él saliera y, ahora mismo, se encontraba allí, sentado en su salón, arreglándose como podía aquel ojo que ya había comenzado a ponerse completamente morado.

—Bueno, ¿por qué no te entregas? Es más, ¿por qué no te entrego yo?

Nico adoptó una expresión de sorpresa.

—¿Entregarme? ¿De qué estás hablando?

—De que te entregues. La policía te está buscando.

—¿A mí?

—Vamos a ver No te me hagas el nuevo porque te hincho el otro ojo. Claro que te está buscando. Héctor aparece muerto y tú desapareces. Blanco, y en botella, es leche. ¿A quién coño van a buscar, si no? Y, de hecho, ¿por qué ibas a esconderte si no hubieras hecho nada malo?

—Me escondo. Pero no de la policía.

Monroy dio una vuelta por el salón. Sacudió la ceniza en el cenicero de la mesa del comedor y volvió a donde estaba.

—Mira, Nicolás: no entiendo nada. Y cuando no entiendo nada, me pongo de muy mala follada Así que es mejor que empieces a largar ya, porque estoy dudando entre llamar a la madera y darte una patada en el culo. Y a lo mejor termino haciendo las dos cosas.

Nico hizo una pausa, como si buscara un buen comienzo.

—A ver cómo te lo explico Sólo hago lo que Héctor me había dicho que hiciera.

En el silencio subsiguiente, Monroy le arrojó una expresión amenazadora. En realidad, sentía curiosidad y quería escuchar lo que el otro tuviera que decirle, pero sabía que si no le daba un buen empujón no lograría hilar dos frases seguidas.

—Eladio Héctor me mandó un mensaje esta mañana.

—Lo sé. Diciéndote que no fueras a casa.

—Sí. No sé cómo lo sabes, pero da igual. La cosa es que él ya me había dicho que podría pasar algo así Habíamos acordado que si él me mandaba ese mensaje, yo tenía que salir corriendo, esconderme y esperar a que él me buscara.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué todo eso?

—A Héctor lo seguían.

—¿Quién?

—No lo sé. Discutíamos mucho sobre eso. Siempre se negó a decírmelo todo. Pero sé que sabía algo muy importante. Aunque nunca me dijo nada. Ni quién ni por qué. Me decía que era protegerme. Yo estaba muy preocupado, pero él se empeñaba en que no había nada que temer por el momento.

—¿Estaba metido en algún negocio sucio?

Nico lo miró con seriedad.

—Vamos a ver Tú conociste a Héctor. ¿Te parecía la típica persona que se mete en algo sucio?

Monroy se calló. Sabía que había meado fuera del tiesto.

—Yo sólo sé que Héctor me llamó hace un par de meses, muy inquieto, diciéndome que una compañera de trabajo había muerto. Una tal Esther, muy amiga suya. Una semana después, me avisó de que venía para Las Palmas. Yo llevaba ya un tiempo intentando que se viniera a vivir conmigo. Así que no le puse muchos peros.

—Entonces, ¿ustedes no tenían un conflicto? ¿Él no te iba a dejar?

—Pero, ¿qué dices?

—Vale, eso lo tenemos ahí. Ahora, dime: ¿cómo te enteraste de que había muerto?

—En un bar. A mediodía me metí en un bar y lo vi en las noticias. Aún no sabían mucho los de los informativos, pero ya estaba claro que había sido en mi casa. Imagínate el esfuerzo que tuve que hacer para no romperme de dolor allí mismo.

Fue justo en ese momento cuando Nico al fin se desmoronó. Se echó a llorar con un llanto incontenible. Echado hacia delante, con el rostro entre las manos. Monroy lo dejó desahogarse. Fue a la cocina y volvió con una botella de Glenfiddich y dos vasos. Sirvió tres dedos de whisky en cada uno de ellos y dio un sorbo al suyo.

—Tómate eso —ordenó, más que invitó, a Nico.

El otro miró a Monroy y al vaso como si fueran habitantes de un planeta lejano. Vació el contenido de un trago y tosió estruendosamente, mientras su anfitrión y agresor volvía a llenarlo.

—Y una vez sabido todo esto, ¿por qué no fuiste a la policía?

—No lo sé, Eladio. No lo sé Héctor me dijo que no me fiara absolutamente de nadie. Que quizá ni la policía fuera de confianza en esto. Yo Yo estoy acojonado, Eladio.

—No es para menos. No tienes ni idea de la que se te viene encima. Lo que no acabo de entender es lo que pinto yo en este asunto, por qué coño has tenido que venir a mi casa. ¿Te das cuenta de que ahora mismo estoy cometiendo un delito sólo por tenerte aquí?

—Lo siento. Ya lo sé. Enseguida me voy. La cosa es que tú eres la única persona de Las Palmas con quien Héctor tenía relación y a la que no se lo había presentado yo. Esto es: eres la única persona que se me ocurría que pudiera saber algo que yo no supiera. Pero ya veo que me había equivocado.

—Pues no. No sé nada de nada. La verdad es que tampoco sé por qué ahora mismo no estoy llamando a comisaría. Ni siquiera sé

por qué te estoy dejando hablar. Ni por qué he dejado que me mezclen en este puto rollo.

Nico lo miró ahora con gravedad. Desde el fondo de sus ojos, surgió una luz de lástima e ira entremezcladas que se derramó por toda la estancia hasta alcanzar a Monroy.

—Héctor te tenía mucho afecto —dijo en voz baja, con un tono muy serio y sosegado, como si hablara de algo que había ocurrido hacía veinte años—. ¿Lo sabías? Incluso alguna vez llegué a estar celoso de ti. No entiendo por qué te tenía ese cariño. Tampoco se me ocurre en este instante por qué demonios te tenía tanta ley. No te preocupes, me voy ahora mismo.

—¿Adónde?

—¿Y a ti qué te importa?

Entró de repente en una nueva crisis de llanto. Monroy aprovechó el lloriqueo para intentar pensar un poco en todo aquello.

Volvió a la cocina y se sentó sobre el poyo. Solía hacerlo cuando quería reflexionar. En primer lugar, podía ser que Nico estuviera mintiendo, que Déniz, por una vez, estuviera en lo cierto y el asunto no fuera más que un asunto pasional. Con lo cual, él no pintaba nada. En este sentido, recordó lo que Héctor le había contado sobre el carácter posesivo del pequeñajo.

Pero también podía ser que aquel cuarto de kilo tuviera razón. Que Héctor hubiese venido a Las Palmas huyendo de algo. Algo peligroso, probablemente relacionado con su empresa. Y, en ese caso, él habría participado activamente en labrarle la desgracia. Podía llamar a Molina e intentar averiguar algo de eso. O intentar enterarse de lo que había pasado con aquella compañera de trabajo, aquella tal Esther cuya muerte había provocado la huida de Héctor. Pero, la verdad, no sabía si quería saber más sobre el tema.

Joder, Eladio, hay que ver el arte que te das para meterte en follones, gilipollas, se dijo a sí mismo. Casi llegó a pronunciar la frase en voz alta. Por ahora, lo que tenía que hacer era ver qué hacía con aquel panorama que tenía en el salón. La mera presencia

del tipo mocosos y golpeados en su sofá lo convertía en encubridor. Su primer impulso fue telefonar a Déniz y retener a Nico allí hasta que llegasen los de la brigada. Pero ya le hacía sentir lo suficientemente traidor la posibilidad de que no fuese Nico quien hubiera matado a Fuentes. Pensó que una forma de salir del lío era convencerlo de que se entregase. Así quedaría bien ante la policía, ante Nico y ante sí mismo. Si Nico no era el asesino de Héctor, la policía acabaría averiguándolo. Lo que no constituía una opción era seguir escondiéndolo.

Regresó al salón. Nico se había servido él mismo un tercer vaso. Parecía más tranquilo, con esa tranquilidad de velatorio de familiar muerto tras larga y oprobiosa enfermedad. En su mirada comenzaba a crear nubes el alcohol.

—Con lo grande que es la ciudad y tenías que venir precisamente aquí —le reprochó—. A ver qué coño hacemos ahora.

Nico se encogió de hombros, como si no fuera con él y se metió el whisky entre pecho y espalda.

—Por lo pronto, hay algo que debes saber: te van a coger. Esto es una isla y tu nombre está ya en todos los puertos y los aeropuertos. Tampoco puedes utilizar la tarjeta de crédito. Ni el teléfono móvil. Los informativos de la noche van a dar tu nombre y a decir que la policía te busca. Y si mañana no estás en comisaría, a mediodía pondrán tu foto. También en los periódicos. La foto la habrán cogido ya de tu casa. Una foto en la que se te verá sonriendo como un gilipollas, en un parque acuático o en una boda. Una foto que, cuando te la sacaron, no se te ocurrió en ningún instante que sería la que te buscara la ruina.

Nico le escuchaba en silencio, reclinado hacia atrás en el sofá, mirando a la parte inferior de una de las patas de la mesa de centro.

—También tienes que saber —prosiguió Monroy, perfectamente consciente del efecto de sus palabras—, que cuanto más tarden en trincarte, peor te lo van a hacer pasar. Y peor lo vas a tener en el juicio, porque nadie huye si es inocente. Si las cosas son como tú

las cuentas, no tienen contra ti más que pruebas circunstanciales. Quiero decir, que será difícil demostrar que fuiste tú quien lo apuñaló si realmente no lo hiciste.

Nico pareció despertar de pronto de su letargo. Dio un respingo y lo miró.

—¿Lo apuñalaron?

—Sí. Lo apuñalaron. Tres veces. Dos en el pecho. Una en la yugular.

—Joder —dijo el otro, horrorizado—. Era un hombre bueno, Eladio. No se merecía.

—Déjate ahora de sensiblerías y escúchame —lo apostrofó Monroy—. Porque Héctor está muerto y eso no va a haber quién lo cambie. Pero tú estás vivo, amiguete. Y te estás buscando la ruina tú solo. Vale que te han metido en un lío (te repito: si es verdad lo que cuentas) pero estás metiendo la pata cada vez más. Así que escucha: el comisario de policía es un conocido mío. Y no es mal tipo. Para ser policía, claro está. Bueno, la cosa es que si le doy un telefonazo y le digo que te quieres entregar, el trato será bastante mejor que si te trincan por ahí. Después de todo, no han pasado ni ocho horas. Has tenido un shock y blablablá y ahora reaccionaste. Y, vuelvo a decirte, si lo que cuentas es verdad, será más probable que ellos averigüen lo que pasó realmente y quién lo hizo.

—¿Sigues sin creerme?

—¿Me creerías tú a mí? —Monroy dijo esto mientras cogía el teléfono móvil y buscando en la memoria el número de Déniz—. Este es el número de mi colega en comisaría. Sólo tengo que darle al botón de llamada y lo tendrás al otro lado. Puedes hablar tú mismo. También puedes salir por patas de aquí sobre la marcha. No te voy a intentar retener. Pero según salgas por esa puerta, lo voy a llamar y a contárselo todo.

—¿Por qué?

—Primero, porque va a ser mejor para ti. Pero, sobre todo, porque yo no me busco la ruina por nadie. Y menos por ti, que, al fin

y al cabo, no eres más que el querido de un colega.

Una especie de iluminación cruzó el semblante de Nico. Acababa de darse cuenta de algo que no había sospechado hasta ese momento.

—Tú no eres del ambiente —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no eres gay. No eres homosexual, ¿verdad?

—Pues no. No lo soy. ¿Por qué? ¿Ahora es obligatorio?

—Héctor pensaba que entendías. De hecho, pensó que te habías acercado a él porque le gustabas.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Que si no te acercaste a él por eso, ¿por qué lo hiciste?

El miedo se apoderó de Lara, que se levantó de pronto y fue acercándose a la puerta, siempre sin soltar el vaso. Monroy no se inmutó. Permaneció mirándolo, con el móvil en la mano, viendo cómo caminaba hacia atrás y asía el pomo.

—Tú Tú eres —dijo Nico justo antes de arrojarle el vaso y salir corriendo, dando un portazo.

Monroy esperó hasta ver qué dirección tomaba el improvisado proyectil y lo esquivó sin dificultad, sin tan siquiera soltar el teléfono. Lo escuchó hacerse pedazos contra el suelo y se volvió, un segundo antes de oír la carrera de Nico escaleras abajo. El líquido que quedaba en él había salpicado los libros de las estanterías más cercanas al suelo. La casualidad quiso que fuesen algunos compactos Anagrama de Kerouac, Bukowski y Burroughs. Paradojas de la vida. Así que Nico pensaba que él era uno de los que iban buscando a Héctor para matarlo. Al fin y al cabo, se dijo, quizá tenga razón.

Cuando fue a buscar la escoba y el recogedor, hizo dos cálculos rápidos: que Nico debía de estar ya llegando a la esquina y que reponer el vaso le costaría un euro.

En cuanto a la llamada a Déniz, decidió no hacerla. Ya había tenido suficiente comisaría por el día de hoy. Sí que telefoneó al

móvil de Molina. Pero Dany De Vitto seguía sin contestar. En Madrid ya eran las diez. Decidió esperar al día siguiente y llamar directamente a la oficina de Gargajo y Pus.

23

Esa noche Gloria se quedó a dormir con él, después de consolarlo con una botella de vino y de hacerle el amor hasta medianoche.

Antes de dormir, fumando un cigarrillo, desnudos y olorosos a sudor y sexo, volvieron a hablar del suceso. Monroy, sabiendo que se arriesgaba a llevarse una bronca (bastante justificada) por dejarse meter en camisa de once varas, se había limitado a darle la versión oficial (es decir, la de la tele, la de Déniz), según la cual Nico había sufrido un arrebato. Pero ella tampoco se tragaba, al parecer, esa explicación.

—¿Y no será que le intentaron robar?

—Por lo visto no faltaba nada —dijo Monroy, pasándole el brazo por detrás de la nuca.

Gloria se acomodó un poco más y depositó un beso descuidado en el hombro de Monroy. Después habló mirando más allá de él, pensativa, con aires de inteligencia.

—Pues, mi amor, yo los vi juntos dos veces y parecían muy enamorados.

—Ése es precisamente el asunto. Cuanto más enamorado está uno, más capaz es de hacer una cosa así.

—¿Ah, sí?

—Pues claro.

Lo miró con ternura y coquetería.

—¿Tú serías capaz de matarme si yo fuera a dejarte?

—Bueno, para que pudieras dejarme tendríamos que estar juntos.

—¿Y no lo estamos?

—No sé si lo estamos del todo.

—Pero qué asilvestrado eres, cabrón Mira, te voy a decir una cosa: si estuviéramos más juntos, ahora mismo mis tetas saldrían por tu espalda.

Se rieron con la ocurrencia. Tras un silencio, Gloria volvió a tomar la palabra.

—Yo no sería capaz de matarte si tú te fueras con otra.

—Bueno es saberlo.

—Sólo te cortarían los huevos —dijo, aferrando de pronto la parte mencionada.

Volvieron a reírse, ahora con más relajo.

—Estás como una baifa, Gloria. Lo tendré en cuenta la próxima vez que me eche una querida.

—Ahora en serio, Eladio: yo no me creo que lo haya hecho ese muchacho. Fíjate: es un enclenque.

—La verdad es que es un medio whisky. Pero con un buen dolor de cuernos, hasta un medio whisky es peligroso.

—No, Eladio. Acuérdate de lo que te voy a decir: aquí hay algo más. ¿O no te parece raro que a ese hombre lo estuvieran buscando desde antes? Te lo digo precisamente a ti, que fuiste quien lo encontró.

—Bueno, pero no creo que lo buscaran para eso, Gloria.

—No digo que lo buscaran para matarlo. Pero si la empresa lo buscaba, es porque podía andar metido en algo raro.

—Mira, Gloria, ni lo sé ni me importa. Se murió y punto. Y me jode, porque le había cogido aprecio. Pero no hay nada que hacer.

—Yo no digo que hagas nada. Pero sí te digo que tengas en cuenta esa posibilidad.

—¿Para qué?

—Para que tengas cuidado, porque con tu habilidad para meterte en líos.

Ahí estaba. Había tardado, pero había llegado a donde Monroy temía que llegara. Y lo peor no era que tuviera razón, sino que él no podía dársela si quería evitar que se preocupara.

—Tú ves muchas películas, Gloria.

A Gloria sólo le faltó poner las manos en jarras al decir:

—Lo que sea, pero tú ten cuidadito, por si acaso. Cuando lo del chulo aquél ya me tuviste bastante acojonada. Nunca me contaste lo que pasó en realidad, ni quiero que me lo cuentes nunca. Pero eso no quiere decir que yo sea boba y no me dé cuenta de que te metiste en un lío de mil pares. ¿Estamos?

A Monroy le hubiera gustado ser sincero. Contarle no sólo sus sospechas sobre lo de Héctor sino también, y sobre todo, lo que había ocurrido aquella vez; todo lo relacionado con aquel asunto tan feo; la infamia y la traición invadiendo su mundo; él mismo, cometiendo actos repugnantes. Tantas cosas para olvidar y tantas cosas para callar. Tantas que continuaría callando, por mucho que le pudiera por dentro el hecho de albergarlas en la memoria.

Apagó el cigarrillo y puso el cenicero en el suelo. Gloria había terminado el suyo hacía rato y continuaba esperando una respuesta a su última pregunta, aparentemente retórica.

—Vamos a dormir. Mañana tienes que trabajar —dijo Monroy.

—¿No me vas a decir nada?

—¿Sabes quién era Wittgenstein?

—No lo sé. Un escritor, ¿no?

—Un filósofo. Escribió un libro muy importante en el que pretendía explicar de qué forma teníamos que hablar de la realidad si queríamos descubrir la verdad. Ese libro terminaba con la siguiente frase: «De lo que no se puede hablar, hay que callar» —contó Monroy justo un momento antes de apagar la lámpara de la mesilla de noche.

—Joder, ya salió la enciclopedia andante.

—Buenas noches.

* * *

A la mañana siguiente, cuando Gloria se marchó a la librería, buscó la tarjeta de Molina y marcó el teléfono de la oficina en Madrid de Gargajo y Puig.

—Gracián y Puig, buenos días —le respondió una voz femenina, seria, cordial.

—Buenos días. Con Carlos Molina, por favor.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio tan grande que Monroy pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Oiga? ¿Sigue usted ahí?

—Sí, señor. Disculpe. ¿Es usted familiar o amigo de Carlos? ¿O es un cliente nuestro?

—Casi no soy ninguna de esas cosas, señorita. Soy un conocido.

—Pero, ¿llama por un asunto profesional o personal?

Monroy dudó unos instantes.

—Más bien personal.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Monroy. Eladio Monroy. Pero, bueno, ¿está Molina o no está?

—No, señor Monroy. No está. Carlos Carlos murió el viernes pasado.

Una nube de silencio se impuso durante unos largos instantes.

—Vaya Lo siento No sabía nada Pero, ¿cómo fue? ¿Estaba enfermo?

—No, señor. Cayó desde un décimo piso.

—Un accidente.

—La policía y el juez determinaron que fue un suicidio.

—Pero usted no lo cree así.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si así fuera no hubiera nombrado a la policía ni al juez Disculpe que me entrometa, pero es que.

—Está bien, señor Monroy Está bien Charly me habló de usted.

—¿Y usted es?

—Me llamo Isabel Oiga, ¿estará usted en este teléfono dentro de un cuarto de hora?

—Sí.

—Le llamo luego. Ahora no es buen momento.

—De acuerdo.

Monroy pasó aquel cuarto de hora fregando la loza de la noche anterior y haciendo cábalas sobre lo que había realmente en aquel asunto.

De nuevo la gente que había a su alrededor comenzaba a adquirir la mala costumbre de morirse. Y con sólo un par de días de diferencia. Molina el viernes. Fuentes el lunes. Ahora sí que no le cuadraba la culpabilidad de Nico. Como tampoco le cuadraba la explicación del suicidio para lo de Molina. A aquella chica, Isabel, tampoco debía de cuadrarle. Sobre eso, supuso, instintivamente, tres cosas: primera, los unía una relación algo más que profesional, segunda, en su entorno nadie compartía su opinión sobre la muerte del detective, tercera, tenía miedo.

Las tres suposiciones quedaron confirmadas cuando el teléfono volvió a sonar. La chica llamaba desde una cabina o un locutorio.

—Salí de la oficina para llamarle.

—Cuénteme.

—Charly y yo éramos pareja. Lo conocía bien, Eladio Él nunca hubiera hecho algo así. Esa noche habíamos quedado para salir. Yo me estaba preparando cuando me llamaron para decírmelo.

A la chica se le cortó la voz. Seguramente lloraba.

—Oiga, Isabel Me dijo antes que Carlos le había hablado de mí.

—Usted le caía bien, Eladio. Me dijo lo del encargo que le hizo Bueno, eso tenía que decírmelo por fuerza, porque soy yo la que lleva sus papeles Quiero decir, la que los llevaba Arreglé sus pagos, por ejemplo.

—¿Y había algo raro en este asunto, Isabel?

—¿En este asunto? ¿En lo de Fuentes? No, que yo sepa. Todo normal.

—Quizá no tanto. A Fuentes lo mataron ayer.

La chica se quedó callada.

—Se supone que se lo cargó su amante. Pero yo empiezo a no creérmelo.

—Demasiada casualidad —dijo ella.

—Eso me parece a mí. ¿Usted no ha hablado con la policía?

—Claro que sí. Pero no me hicieron caso. No soy tonta, Eladio. Lo único que ellos veían era a una mujer con un shock tremendo por perder a una persona cercana. La firma revisó todos sus expedientes recientes y no vieron ninguno que tuviera nada que pudiera llevar a alguien a ir contra Charly. Así que la explicación oficial es el suicidio. O, como mucho, el accidente. Pero no me imagino a Charly limpiando los ventanales a las nueve de la noche de un viernes, Eladio.

—Isabel, quizá debería volver a repasar el informe.

—Sí. Eso haré. Vuelva a llamarme mañana.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—En Gracián y Puig siempre le contestaré yo. Haremos como hemos hecho ahora.

—De acuerdo. Si quiere ponerse en contacto conmigo.

—Yo tengo sus datos —le apostrofó la chica.

* * *

Hoy sería una de esas ocasiones en que Monroy rompería con su costumbre de comprar el periódico y leerlo en el Casablanca. Estaba demasiado tenso para concentrarse en la lectura de la prensa y, por otro lado, se le había puesto tamaña mala hostia que pensó que lo mejor era evitar salir a la calle y ver a nadie, al menos durante un rato.

Tocaba, más bien, pararse a pensar en todo aquello. Provisto de un cigarrillo y de un segundo café, se sentó en la encimera y

empezó a ordenar la información de la cual disponía, que tampoco era demasiada.

Para empezar, ¿en qué podría haber estado metido Fuentes que justificase un asesinato? ¿Secretos comerciales? Nadie haría algo así para mantener en secreto una estrategia comercial o la fórmula de un nuevo producto. Sabía que las farmacéuticas tenían mala fama, pero eso era pasarse un poco.

Las posibilidades eran unas cuantas. Si a Molina lo habían suicidado, y si lo habían hecho los mismos que habían acabado con Héctor, podrían haberlo hecho por dos motivos: porque estuvieran buscando a Fuentes (en ese caso, no podían haber sido los de Feinberg and Feinberg) o para que no se supiese que los de la empresa lo habían contratado (en cuyo caso sí que habían sido ellos).

De cualquier forma, si Nico no había matado a Héctor, había dos probables motivos: que querían que Fuentes contase algo (y, como en el primer caso, no habían sido los Feinberg and Feinberg), o bien no querían que lo contase (y, sí había sido alguien relacionado con la farmacéutica).

Aunque bien podía ser que se estuviese dejando llevar por la paranoia y que todo fuese lo que parecía ser. En ese caso, Molina se había suicidado y a Fuentes lo había asesinado Nico para que no lo abandonase.

Demasiados condicionales. Saber, sólo sabía tres cosas: Molina estaba muerto, Héctor estaba muerto y él, que hasta hacía un par de semanas ni los conocía, estaba ahora mismo ahí, en su cocina, haciendo unas cábalas que a lo mejor eran una soberana pérdida de tiempo pero quizá le salvaran el pellejo. Y Monroy le tenía mucho cariño a su pellejo. Estaba algo gastado y comenzaba a arrugarse, pero tenía para él un valor, digamos, sentimental.

Si ambas muertes estaban realmente relacionadas en el segundo de los sentidos (es decir, que los criminales fueran los de

Feinberg and Feinberg), entraba en lo posible que acabaran yendo también a por él, como habían ido a por Molina.

Le convenía adelantarse a la jugada y cubrirse las espaldas. Quizá, volvió a decirse, no hiciera falta, pero más vale un «por si acaso» que un «si lo llego a saber».

Acudir a la policía aún no era una opción. No tenía nada que ofrecer salvo sospechas. Y para poder contárselas a Déniz hubiera tenido que darle explicaciones hasta fin de año.

* * *

Lupescu esperaba a que Fárez acabara su faena bebiendo cervezas y jugando contra sí mismo al ajedrez en la terraza de su habitación del hotel. De vez en cuando, miraba al mar, triángulo azul que se extendía ante él. El día, gris y plomizo pero no más frío que algunos días de primavera en Madrid, caía con una luz opaca sobre las barcas en la arena y los pocos bañistas, seguramente gente del barrio, que se aventuraban a probar el agua. Alguna vieja, algún enfermo, paseaba por la orilla con los pantalones arrollados a la altura de las pantorrillas, refrescando juanetes y varices. Curioso que sólo a un par de kilómetros de toda aquella tranquilidad estuviera el apartamento donde habían hecho la parte más reciente del trabajo. De hecho, habían regresado dando un paseo y se habían sentado en las terrazas que había junto al hotel, a probar algo de la gastronomía local. Todo había ido con la mayor tranquilidad y, a juzgar por lo que decían los periódicos, las cosas habían salido tal y como Fárez había planeado. Aun así, Lupescu no dejaba de tener aquella sensación de que algo iba a torcerse, de que acabarían teniendo un mal encuentro antes de acabar del todo la faena. Fárez continuaba en su habitación, buceando en el ordenador portátil del cliente. Llevaba así desde la tarde anterior, después de subir a sus habitaciones tras el almuerzo.

Entretanto, Lupescu había salido para ver la ciudad. Había ido a ver la catedral, la plaza que había ante ella. Se había sentado en uno de los bancos, cerca de unos perros de bronce, y había

observado las evoluciones de las palomas. Allí, sentado, pensó en Anatol. Supuso que se hubiera empeñado en subirse a lomos de uno de los perros. Que hubiera perseguido a las palomas, espantándolas sólo por el gusto de verlas volar en círculos para volver nuevamente al suelo en cuanto él se despistara. Si todo fuera bien, si el trabajo saliese como debía salir, si el tratamiento funcionase como debía funcionar, si Diego y sus jefes jugaban limpio con él y nada se torcía, volvería a aquella plaza con Anatol cuando estuviese recuperado. Se lo propuso allí mismo, en aquel momento. Si Anatol se recuperaba, lo traería a aquella ciudad y lo llevaría a aquella plaza de Santa Ana, a jugar con los perros de bronce y a molestar a las palomas.

Justo en ese momento, tocaron a la puerta de su habitación. El rumano fue a abrir y Fárez entró con el portátil metido en su funda y cara de malas pulgas. Se dirigió al mini bar, abrió una botella de cerveza y, salió a la terraza, adonde ya Lupescu había regresado. Permanecieron un buen rato en silencio, sentado cada uno en una de las sillas de plástico que había alrededor de la mesita redonda de fibra blanca: el rumano, pensando y moviendo piezas sobre el tablero; Fárez mirando hacia abajo, a la playa, al mar que había empezado, de pronto, a embravecerse.

—No hay nada —dijo Fárez, de pronto.

—¿Nada? ¿De qué no hay nada? —Preguntó Giorgi.

—Nada de lo que tendría que haber en el ordenador —hablaba sin mirar hacia él, con la vista clavada en el paisaje, dando, de cuando en cuando, un trago de cerveza.

—Cuando lo interrogamos no cantó —dijo Lupescu alzando las cejas, porque justo en ese momento se dio cuenta de que las blancas podían hacer una triple pinza a dama, rey y torre con el caballo.

—Quizá precipitamos las cosas. Quizá debimos hacerlo aguantar un poco más.

Lupescu se encogió de hombros. Al fin y al cabo, había sido Diego quien, de repente, había ido a la cocina y regresado con el cuchillo. Él había hecho su trabajo. Si el otro, que era quien mandaba, se había pasado de la raya, él no tenía la culpa.

—Esto se está retrasando mucho.

—Mi jefe quiere seguridad absoluta, Giorgi.

Por primera vez a lo largo de la conversación, ambos se miraron. Los ojos azules del rumano se clavaron en los de Fárez.

—Hablé con él hace un rato. Por cada día de más que estemos aquí, recibirás un dinero extra —sacó su teléfono móvil, lo activó y se lo pasó al Demonio—. Llama al chico, para ver cómo sigue y dile que tardarás un par de días más en ir.

Lupescu marcó el teléfono móvil de su madre.

—Y luego pásamelo, para darle un saludito —añadió Fárez, levantándose y apoyándose en la barandilla con ambas manos, enarbolando algo parecido a una sonrisa amable.

24

El Chapi, sentado en el asiento del copiloto, lo observaba en silencio con la expectación de un vendedor de alfombras del zoco frente a una turista belga. Monroy se subió al fin y ocupó el asiento del conductor. Puso las manos en el volante y olisqueó un poco. Quizá buscaba alguno de aquellos olores a nicotina o plástico gastado que despedía su viejo 124. Recordó, nunca sabría por qué, aquello de Miré los muros de la patria mía. No sabía si le gustaría, pero no le quedaba otro remedio por el momento. Necesitaba tener algún medio de transporte y, si las cosas pintaban mal, pedirle prestado el coche a Gloria no era una opción.

—No sé, Chapi.

—¿Qué no sabes? —Preguntó el Chapi, con cuarto y mitad de mosqueo—. Vamos a ver: no tiene ni treinta mil kilómetros y siempre ha dormido en garaje. Por lo visto el viejo sólo lo cogía los fines de semana para ir a Temisas. Parece que tenía una finquita allí, con olivos y esas cosas.

—¿Tenía?

—Sí. Se murió hace un par de meses. La viuda se quiere quitar el coche de encima lo antes posible. Pero está nuevito. Dudú le revisó el motor. Además, mira, tú lo coges un par de semanas. ¿Que al final te gusta? Hablamos con la vieja. ¿Que no te interesa? No pasa nada. Nadie tiene por qué enterarse de que te lo dejé.

Monroy volvió a salir y miró la carrocería. No presentaba abolladuras ni roces. Era una furgoneta Renault Express, el modelo

básico, con, quizá, diez o doce años de servicio. Un poco de desgaste en el tapizado, unos rasguños en el tablero, señales en el suelo de la parte trasera. Tenía pinta de haber transportado muchas garrafas de aceitunas, además de ladrillos, sacos de cemento y a lo mejor hasta un tambor de mezcla. Pero Monroy no pensaba vivir allí. Así que, salvo el color, todo era aceptable.

—Bueno, eso de que no se enteren No creo que haya muchas Express pintadas de color naranja. ¿Por qué coño la pintó así?

El Chapi, que lo había seguido en su inspección, se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué me cuentas, Eladio? Igual era daltónico.

Tras una pausa, que Monroy aprovechó para pellizcarse el mentón, el otro dio por finalizada la conversación. Lo demostró poniéndole en las manos las llaves.

—Mira, date una vueltita, a ver qué te parece. El depósito está a la mitad. Y el seguro está pagado hasta el mes que viene. Pero sácamelo de aquí que dentro de un ratito me entra un cuatro por cuatro y necesito el hueco.

—De acuerdo —dijo Monroy, yendo a ponerse al volante—. Pero, si me lo quedo, me haces precio con la pintura.

—Si te lo quedas, son dos mil euros. Y luego lo de la pintura ya lo hablamos.

—No sé por qué me da que la vieja lo vende por mil quinientos —le dijo Monroy mientras metía la marcha atrás para salir del taller.

—Cría cuervos y tendrás muchos Mañana me llamas para pedirme otro favor —le espetó el Chapi mientras iba hacia el banco de trabajo donde Dudú estaba ajustando una pieza.

Monroy se acostumbró pronto a la furgoneta. Tomó Paseo de Chil y se desvió para subir por el Barranquillo de Don Zoilo hasta Altavista. Desde allí tomaría la avenida de Escaleritas. Ya había avisado a Paco Nieves de que iría a hacerle una visita.

Casi se había olvidado de que el vehículo destacaba como una monja en un sex shop, hasta que, en un semáforo, una pareja joven

que paseaba por la acera de su izquierda se rió de él. Primero ella señaló la furgoneta, le dijo algo a él y luego ambos empezaron a romperse la caja. Monroy asomó la cabeza y espetó al chico.

—¿De qué te ríes, bobomierda?

—De nada, naranjito —respondió el chaval, a quien no salvó la campana, pero sí el semáforo que se puso en verde y los coches que comenzaron a pitar al fosforito para que siguiera circulando.

—Ya te cogeré, machango —le gritó Monroy, arrancando con encabronamiento creciente, acordándose de los muertos del chico, de la lolita y, de paso, de toda la estirpe de Bonifacio el Chapi.

* * *

Sarito insistió tanto y el caldo de papas olía tan bien que Monroy no pudo resistirse a la invitación. Almorzaron los tres, los dos ancianos y él, en el comedor, con profusión de bromas y queso tierno recién traído de Fuerteventura por el hijo de Paco Nieves, que iba allá por negocios dos veces a la semana.

El ex marinero terminaba ahora la segunda taza de arroz con leche, con un aire de fruición que ponía en su semblante la expresión de un niño.

—Ay, cómo me gusta verte comer, querido —dijo Sarito, poniéndole una mano en el hombro—. Si quieres más, hay más, ¿eh?

Monroy la miró con pánico.

—Sarito, me vas a reventar Si ya estoy embostado.

Paco Nieves rió todo lo estruendosamente que sus pulmones se lo permitieron.

—Pero, mi niño, si no has comido nada —insistió Sarito—. Ese cuerpo lo tienes que llenar.

—Sarito, te lo juro: no me cabe ya ni una peladilla.

Ella enarboló una sonrisa mientras se levantaba.

—Bueno, un cafecito sí —propuso.

—Ah. Eso sí.

Sarito fue a poner la cafetera al fuego.

—Mira que es exagerada esta mujer —dijo Paco Nieves, aún sonriente—. Si la dejas, te pone como al que hacía de Perry Mason.

Monroy mostró su acuerdo con un bufido y un gesto de la cabeza.

—Bueno, ahora que se fue para allá. ¿Qué es lo que te hace falta? ¿Tienes algún apuro de perras?

—No. De dinero voy bien. No te preocupes. Pero a lo mejor necesito borrarle del mapa unos cuantos días.

—Y te hace falta un sitio tranquilo.

—Lo cogiste rápido.

—Déjame pensar —dijo el viejo, cogiendo el teléfono inalámbrico que estaba en el aparador junto a él y quedándose con el aparato en la mano mientras repasaba en voz alta las posibilidades—. Mira Ahora mismo tengo un apartamento libre en Maspalomas Pero aquello es un agujero ¿Qué te parece —añadió tras una pausa— si te vas para Terror? La casa está cuidadita. Tiene teléfono y la Internet ésa y todo.

—Hombre, me vendría de miedo. Pero ¿esa casa no la tiene tu hijo?

—Ellos sólo van de vez en cuando, los fines de semana.

—Ya. Lo que pasa es que yo no sé cuándo voy a ir ni cuánto tendré que quedarme. Fíjate, ni siquiera sé si voy con seguridad.

—Eso da igual, Eladio. Si te quieres quedar allí para siempre, te quedas. Al fin y al cabo, la casa es mía. Como si le faltaran casas a este Espera, que lo voy a llamar para avisarlo.

Antes de que Monroy pudiera decir nada más, ya había marcado el número. Tras un instante, alguien contestó al otro lado de la línea.

—¿Carmita? ¿Qué pasó, querida? Bien, bien Todos bien Oye, ¿está tu marido? Pónmelo, anda —mientras esperaba, Paco Nieves sonrió a Monroy y le guiñó un ojo—. Blas Sí, estaba buenísimo Le faltaba un poco de sal, pero a tu madre le gusta más así, qué le vamos a hacer. Oye, una cosita, ¿tú vas a estar esta tarde en la ferretería de León y Castillo? Ah, vale Va a pasar por ahí Eladio

Monroy a buscar las llaves de la casa de Teror ¿Cómo que qué casa? ¿Cuál va a ser, zarandajo? La necesita durante un tiempo Eso me da igual Que te estoy diciendo que me da igual Le debemos unos cuantos favores Tú también, aunque no lo sepas Además, ¿de quién coño es la casa? ¿Tuya o mía? Cuando yo me muera haces lo que te salga de los huevos, y tranquilo que me queda poco, pero por ahora te jodes y le das las llaves No lo sé Como si se la queda para él. Eso no es asunto tuyo Y, además, mira, te voy a decir una cosa: esta tarde, cuando cierres, te vienes para acá, que vamos a hablar tú y yo Bueno, se pasa luego por ahí. Hasta luego, mi hijo.

Y colgó. Monroy dijo entonces lo que llevaba rato queriendo decir.

—Joder, Paco, me podía haber ido a la de Maspalomas No te quiero crear un problema con tu hijo.

—Mira, lo justo es lo justo. Y, además, a mí, mi hijo me tiene que obedecer porque sigue siendo mi hijo y porque todo sigue estando a mi nombre y al de Sarito. Y donde hay capitán no manda marinero. Y tú eras marinero. Así que ya sabes que aquí se hacen las cosas como yo diga y punto. Y esto va por ti también —le soltó el viejo, medio asfixiado.

En ese momento regresó Sarito con el café.

—¿Ya se están peleando otra vez? —Preguntó dejando la bandeja sobre la mesa.

—¿Y a usted qué le importa, señora? Métase en sus asuntos —dijo Paco.

Sarito rodeó la mesa, llegó hasta su marido, le agarró fuertemente la cabeza con ambas manos y le depositó un sonoro beso en la frente.

—¡Ay, mi calentón! ¡Que está todo el día enfofornado!

Monroy rompió a reír. Paco, agobiado por el zarandeo mimoso al que le sometía su mujer, protestaba.

—Sí, tú ríete, cabrón Si la tuvieras que aguantar todo el día. Suéltame, mujer, que no soy un muñeco ¡Que me sueltes, coño!

25

Una vez en casa, Monroy preparó un bolso de viaje. Metió en él algunas mudas de ropa interior y calcetines, dos pares de pantalones y algunas camisas y camisetas, un abrigo, un neceser de aseo, algunos libros (una novela de Onetti que aún no había leído, un libro de relatos de Juan José Arreola, *Una tumba para Boris Davidovich*, de Danilo Kis, que andaba con ganas de releer por esos días y las Odas de Hölderlin, en versión bilingüe) y un martillo de carpintero.

También metió las llaves de la casa de Paco Nieves en Teror. Su hijo no había estado del todo desagradable; incluso le había indicado el mejor camino para llegar a El Álamo, la zona donde estaba situada la vivienda y le había dicho que no hiciera demasiada compra, ya que había de casi todo allí. Tras cerrar el bolso, bajó a la calle y lo metió en la zona de carga del Express, asegurándose de que ningún posible chorizo lo viera hacerlo.

Cuando volvió a entrar en casa, el teléfono estaba sonando. Descolgó justo antes de que saltara el contestador y preguntó quién era.

—Eladio —dijo la voz de mujer, algo ansiosa, al otro lado—, soy Isabel.

—Hola, Isabel. ¿Cómo está?

—Pues más preocupada que la última vez que hablamos —dijo ella. Monroy escuchó el inequívoco sonido de un cigarrillo al encenderse: la piedra del mechero rascada por la rueda, la primera

calada ansiosa, la primera bocanada de humo cuya expulsión genera un efímero alivio.

—¿La están siguiendo?

—No. No creo. Pero ha pasado algo extraño. Fui a casa de Charly para revisar sus cosas. Había una copia del primer expediente de este asunto.

—¿Y?

—Nada. Estaba ahí. La carpeta, los datos de Fuentes, todo O casi todo. Porque yo había visto esa carpeta, unos días antes de que Charly fuera a Canarias para hablar con usted y ahora faltan algunas páginas, como una hoja con sus datos personales.

—¿Con los datos de quién?

—Con los suyos, Eladio. Con los suyos de usted.

—Joder.

—Bueno, tampoco hay por qué asustarse. Charly, en estos casos, una vez hecho el pago al colaborador, procuraba eliminar cualquier referencia a que se hubieran contratado los servicios de alguien que no fuera de la agencia, a no ser que se tratara de un técnico, o algo así. Lo metíamos en el epígrafe de gastos y ahí acababa todo. Pero la cuestión es que Charly solía destruir esos informes preliminares. Era muy cuidadoso y, cuando el caso se cerraba, se deshacía de todas las copias en papel. Así que es muy raro que de la carpeta sólo faltaran esos folios.

—Entiendo.

—Tenga cuidado, Eladio. Si alguien fue a por Charly por algo que tuviera que ver con lo de Fuentes, es posible que sepan quién es usted y dónde encontrado.

Monroy sintió una fuerte opresión en el pecho. Ahora sí que comenzaba a asustarse de verdad.

—Eso es todo lo que sé por ahora. Si me entero de algo más, le avisaré lo antes posible.

—Muchas gracias —dijo Monroy con una amabilidad poco habitual en él—. Es usted una gran piba, Isabel.

—Y usted no parece tener tanta mala leche como me decía Charly.

—Con las mujeres que me salvan el pellejo suelo ser un poco más simpático.

—Cuídese.

—Usted también. La llamaré si me entero de algo.

—Estoy pensando que a lo mejor prefiero que no lo haga.

* * *

Cuando acabó la comunicación, Monroy se quedó de pie en medio del salón, con el teléfono en la mano. Estuvo a punto de llamar a Déniz. Pero de nuevo se preguntó qué podía decirle y, sobre todo, qué podría hacer el comisario con lo que él le contara. Y, también de nuevo, se respondió que nada, o muy poco.

Fue a la ventana y encendió un cigarrillo. Había oscurecido ya y el aire fresco de la noche lo ayudó a relajarse. Pensó en la posibilidad de salir a dar un paseo. Llegarse, quizá, hasta Cuasquías, que hoy estaría tranquilo, y comerse unos churros de pescado o un poco más lejos, hasta la calle Mendizábal y el cafetín de Los Sobrinos, para tomarse un par de botellines. En uno u otro sitio encontraría amigos. Charlaría sobre tonterías. Cruzaría bromas. Se olvidaría un poco de todo aquel lío. Porque, ahora ya no podía negárselo, estaba otra vez metido en un lío. Como hacía un par de años. De nuevo se estaba jugando el pescuezo por haber intentado ganar un dinero fácil lavando los trapos sucios de otro, más poderoso y bastante más cabrón que él. Y, de nuevo, desconocía exactamente el motivo. Pero, pese a las similitudes, esta vez jugaba con cierta ventaja, porque se había enterado a tiempo y porque estaba teniendo la oportunidad de tomar ciertas precauciones. Sin embargo, no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que fueran a por él. Así que no podía perderlo.

Al fin y al cabo, se dijo mientras apagaba el cigarrillo, con la muerte siempre ocurre eso: nunca sabes cuándo te va a tocar. Tampoco vas a pretender un trato de favor. Quizá dentro de cinco

minutos aparezca un tipo (quizá dos) en esa misma puerta, dispuesto a quitarte de en medio vaya usted a saber por qué carajito.

Justo cuando se decía esto, sonó el timbre. Instintivamente, apagó la luz. Cogió un cuchillo de la cocina y se acercó sigilosamente a la puerta, cuyo timbre había vuelto a sonar. Al mirar por la mirilla, reconoció los rizos del cabello de Gloria.

—Pero, mi niño, ¿qué haces a oscuras? —preguntó al entrar.

Monroy, para explicar lo del cuchillo al mismo tiempo que lo de la oscuridad, dijo que estaba en la cocina, empezando a hacerse la cena.

—Bueno, yo me voy a ir al cine. Hay una que me apetece ver.

—Ah. Pero yo no tengo el día para el cine.

—¿Y quién te ha dicho que fuera a ir contigo? He quedado.

Coqueta, Gloria se acarició la nuca. Monroy la miró, amoscado.

—¿Y con quién quedaste?

—Con un amigo.

Algo muy duro y muy oscuro debió de instalarse en ese momento en las pupilas de Monroy, porque Gloria mostró un gesto asombrado, como si temiese que él estallara de repente. Pero el otro no dijo nada. Ocultó la mirada y fue hacia la cocina. En realidad, Monroy siempre había temido que llegara este momento. Lo temía secretamente, aunque siempre había fingido, ante ella y ante sí mismo, que no le importaría.

—¿Y qué? ¿Viniste para pasármelo por los besos?

Gloria lo siguió hasta la cocina. No se le ocultó el hecho de que no había sobre el poyo nada dispuesto a ser cortado. Pero ahora, de repente, se sentía mal por haber inspirado aquella reacción en Monroy, aunque, por otro lado, también se sentía contenta de poder despertarla.

—No, vine porque llegó una cosa a tu nombre a la librería.

Monroy se volvió hacia ella.

—¿A mi nombre?

—Sí. Un sobre certificado. Te lo traje por si es importante.

Gloria sacó el sobre de su bolso y lo puso sobre el poyo.

—Lo curioso es que venga a la librería, pero ponga «A. A. Eladio Monroy». ¿Te suena la letra?

—No. ¿No tiene remitente?

—Sí, pero creo que era ficticio: Anacleto Morones —leyó Gloria.

—Gracias. Perdona la molestia.

—No es molestia, mi amor. Es que me extrañó.

Monroy miró el reloj de la cocina. Señalaba las nueve y media.

—Bueno, se te va a hacer tarde para prepararte. Supongo que irás elegante, ¿no?

—Sí. Me voy ya. ¿No me das un beso? —Preguntó, acercándose.

—Seguro que habrá ya quien te bese hoy.

—No creo que me deje besar. La barba de Manolo siempre me ha dado repelús.

Monroy tardó unos segundos en comprender. Justo lo que Gloria empleó en esbozar una sonrisa que acabó convirtiéndose en carcajada.

—Ay, bobilín —le dijo, tomándole la cara entre las manos—. ¿Cómo voy a quedar yo con otro para ir al cine teniéndote a ti?

Sin darle tiempo a decir nada, lo besó y salió de la cocina en dirección a la calle.

—Tampoco me hubiera importado, que te conste —alcanzó a gritarle Monroy, intentando mantener el tipo.

—Sí, sí. Eso seguro —dijo ella sin volverse, satisfecha con lo que, sin lugar a dudas, había que calificar como un triunfo.

Cuando la puerta se cerró, Monroy meneó la cabeza y musitó, con una ternura que él mismo no se conocía:

—Ya me tienes donde me querías, jodida.

Volvió a la cocina y miró el sobre. Era el típico sobre que venden en la misma oficina de correos. «Anacleto Morones». Broma literaria. Palpó la superficie del papel y comprobó que el bulto no era

aire sino algo duro y cilíndrico, como un mechero bic. Ya sabía lo que era y sabía quién lo había enviado. Aquella referencia a Rulfo sólo se le podría haber ocurrido a una persona. A un hombre que sabe que le siguen. Un hombre que sospecha que va a morir. Rasgó el sobre y sacó el dedo de cerámica, pintado de marrón oscuro. Aquel colgante que Fuentes llevaba siempre pendiendo del cuello. También había un papel. Uno de esos impresos de la oficina de correos. No estaba cumplimentado pero en el reverso había una nota que decía:

Si me ocurre algo, mueve este dedo. Confío en ti, amigo.
Héctor.

Fuentes debía de haberse percatado en plena calle de que iban a por él y, apresuradamente, había entrado en la oficina de correos y hecho el envío.

¿Qué podía significar aquello? Lo lógico era que si quería dejarle un objeto personal a alguien, fuera a Nico, o, como mucho, a su ex mujer. Pero no a él, a quien conocía desde hacía unas semanas. Él, que, al fin y al cabo, era el secreto e ignorante judas que le había traído la muerte y la desgracia.

«Mueve este dedo». Recordó la conversación que habían tenido la semana pasada, aquella noche en que los tres habían paseado por Triana pasada la medianoche: «Para que todo estalle, basta sólo con mover un dedo».

Examinó el colgante. Era lo que otras veces había visto: un dedo meñique, reproducido fielmente en tamaño natural, ligeramente flexionado, con las arrugas de las falanges, la uña y hasta las huellas digitales perfectamente dibujadas. Y pintado de un color café con leche. El dedo de un negro, supuestamente.

Sí, pero, qué coño significaba aquello de que moviera aquel dedo. Tenía que haber algo más. De pronto, una idea le cruzó la mente como un relámpago. Empezó a manipularlo. Buscó algún

botón, algún tipo de resorte o mecanismo disimulado a lo largo de su superficie, o en la zona de la base, de donde una pequeña argolla servía para pasar el cordón que lo convertía en un colgante. Intentó estirarlo, tomándolo por la base y por la punta, pero nada se movió. Finalmente, tomó la punta y la giró. Entonces, todo quedó explicado: la primera y la segunda falange se separaron y, tras unas vueltas más de rosca, Monroy descubrió que el interior era de plástico y que la punta del dedo escondía, había escondido siempre, el conector de un dispositivo de almacenamiento de memoria USB.

* * *

No había resultado difícil entrar en el edificio. Tampoco acceder al apartamento con el menor ruido posible. Lo que estaba resultando complicado era buscar un trozo de papel a oscuras, con la sola ayuda de las dos linternas.

—¿Y si encendemos alguna lámpara? —Preguntó Lupescu, rebuscando en el equipaje.

—Yo no me arriesgaría, Giorgi. No conviene que nadie vea luz —dijo Fárez sin dejar de leer uno por uno los papeles que había en el cajón de la cómoda.

Regresaron al salón, con las paredes y los muebles salpicados de sangre reseca. No se dieron cuenta de que pisaban la enorme mancha que había en el centro, pero tampoco les hubiera importado.

—Vamos a ver —dijo Fárez situándose en la puerta de calle—. Soy una marica asustada y noto que un hombretón me está siguiendo. ¿Qué hago?

—Pasas el pestillo y dejas las llaves en la mesita de la entrada.

—De acuerdo —contestó el otro imitando los gestos—. ¿Y luego, adónde voy? ¿A la habitación?

—¿Estás asustado?

—Cagado de miedo.

—Vas al baño a mear.

Fárez apuñaló el aire con el dedo índice varias veces.

—Exacto.

Se dirigió al cuarto de baño. Lupescu le siguió hasta allá.

—Ahora estoy meando, pero pensando. ¿Qué hago?

—Tienes que prepararte la escapada.

—Sí. Pero he hecho un envío. El hombretón que me seguía puede presentarse aquí de un momento a otro. Así que tengo que deshacerme del resguardo.

Con resignación, Lupescu dijo:

—Así que te lo sacas del bolsillo, lo rompes, lo tiras al water y tiras de la cadena.

—Joder Es verdad.

Se pararon a pensar un momento. De pronto, Fárez levantó el rostro, iluminado por una idea.

—O a lo mejor soy gilipollas.

Se volvió y abrió la papelera. Tras unos momentos buscando, se volvió a incorporar desenrollando una bola de papel, blanco y amarillo. Con dificultad, leyó lo que había escrito en él.

—Te vas a llevar una alegría.

—¿Por?

—Porque vamos a matar dos pájaros de un tiro. Mañana a estas horas estamos en Madrid.

Tercera parte

La caja de pandora

26

Había un olor extraño. No desagradable, pero sí raro. Una mezcla a desinfectante de pino, humedad y menta. A bajo volumen, se oía a Alfredo Krauss cantando el *Nessum Dorma* de *Turandot*. La música se derramaba por el saloncito, cubriendo las paredes llenas de carteles de ópera enmarcados, las fotos en blanco y negro de una mujer extrañamente parecida a Evita Perón, la mesita de mármol y madera donde se enfriaban ya las tazas vacías del café, el sofá donde Monroy y Pepita estaban sentados.

Monroy había venido a las diez de la mañana, para que el médico le descifrara aquellas hojas que había impreso, el folio con gráficos, siglas y abreviaturas que constituían para él un galimatías. Antes, había pasado por Ei2, para descargar en el ordenador de Manolo el contenido del *pen drive*. Se había quedado hasta medianoche explorándolo. Para empezar, Monroy había encontrado, entre otras cosas, un archivo de hoja de cálculo en el que se

detallaban fechas y cifras que correspondían a algo que se llamaba AQUERONTE, ya que esta palabra encabezaba la página. También un escaneo de un recorte de periódico de enero, en el que había una columna reseñando un accidente automovilístico con una víctima mortal, una mujer que circulaba sola (velocidad excesiva, signos de embriaguez). Monroy supuso instantáneamente que se trataba de Esther, la amiga de Héctor. Un archivo en pdf que contenía la ficha técnica de una vacuna, llamada al parecer Meningocox AC, fabricada por unos laboratorios de Bombay. Varios albaranes de venta: unos de octubre de 2007, cruzados entre esos mismos laboratorios y Feinberg and Feinberg; otros, con fechas de diciembre, entre Feinberg and Feinberg y una empresa llamada PAHIL. Luego un documento en francés, que era precisamente lo que había motivado la consulta a Manolo, porque Monroy no sabía francés y él sí.

Pepita, con pantuflas de felpa, envuelto en un batín color burdeos, llevaba ya un buen rato leyendo y volviendo a leer los cuatro folios que Monroy le había traído. Había anotado algunas cifras en un bloc y realizado en él algunos rápidos cálculos.

Monroy, que entendía cada vez menos (sobre todo desde que el médico, autoritario, le había pedido que se callara mientras él leía, porque ya estaba mayor para hacer tantas cosas a la vez a esa hora de la mañana), se había entretenido dando vueltas por la estancia, mirando los carteles y las fotos. Supuso que se trataba de la madre del médico, en sus años mozos. En un rincón, había, enmarcado, un programa de mano de una representación de *Werther*, dedicado a don José, con cariño. Monroy tardó un poco en reconocer la firma de Alfredo Krauss. Se volvió desde aquel mismo rincón a mirar a Pepita y lo vio, en medio de aquel salón, tan cuidado, tan sombrío y extrañamente confortable, entre aquellas fotos y aquellos carteles. Mirando esa escena, identificó de pronto aquel olor: era olor a vejez. A vejez y a soledad.

Pepita alzó la mirada hacia él tras quitarse las gafas y dejar los folios sobre la mesita.

—Está bien. Esto es el análisis de una vacuna combinada contra la meningitis meningocócica de los tipos A y C.

Monroy sonrió.

—Eso es chino cantonés y yo sólo domino el chino mandarín.

Pepita se rió.

—Vale, para que lo entiendas: hay varios tipos de meningitis. Uno es la meningitis meningocócica, que está producida por el meningococo, llamado *Neisseria meningitidis*, que también puede ser de varios tipos. Esta vacuna está hecha de una preparación de polisacáridos de esa bacteria.

—¿Qué bacteria?

—El meningococo —refunfuñó el médico, arrastrando las últimas sílabas—. *Neisseria meningitidis* Una enfermedad terrible. Se propaga con mucha facilidad, sobre todo la del tipo A, y causa muchas muertes al año en la población infantil. Más que nada en países poco desarrollados. Casi todos los veranos hay brotes en África.

Monroy señaló a los papeles.

—Y eso es el análisis de una vacuna.

—Sí. Esto ahora lo hacen muy sencillamente: ponen una muestra en el ordenador y, en un pispás, sale todo esto.

—Ajá. ¿Y hay algo fuera de lo normal en el análisis?

—Nada —dijo Pepita agitando la mano ante sí, antes de cambiar de tono y añadir repentinamente—. Nada, aparte de que está demasiado oxigenada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es defectuosa. Algo debió de fallar en el proceso de elaboración. Y eso afecta a la caducidad. Para decírtelo a lo bestia, que es como tú entiendes las cosas: cogió aire. Normalmente esas vacunas tienen una fecha de caducidad a tres años vista. Pero ésta en dos meses se te estropea. Y, si se te estropea, es puro veneno.

—Lo que quiere decir.

—Lo que quiere decir que es una bomba de relojería, mi niño. Si le inyectas eso a alguien, te dura, como mucho, 72 horas, más o menos.

Monroy se sentó junto a él y se pellizcó el mentón.

—Y, si por ejemplo, una empresa farmacéutica fabricara esto y se diera cuenta después.

—Lo tendrían que tirar todo a la basura. Normalmente estas vacunas van casi todas para África y, entre distribución y requisitos burocráticos Vamos, que cuando llegaran a los dispensarios, ya serían puro veneno.

Pepita debió de ver el horror reflejado en el rostro de Monroy.

—Y ahora, cuéntame a qué viene todo esto, Eladio.

—No puedo, don José. Aún no lo sé exactamente, pero, de todos modos no puedo contárselo. Más que nada, por su bien.

—O sea, que ya estás metido en otro follón.

Monroy se encogió de hombros. Tomó los folios, los dobló en cuatro y, levantándose, se los metió en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Bueno, don José, muchísimas gracias —dijo, tendiéndole la mano.

—No hay de qué, querido —contestó el otro aprovechando la mano de Monroy para levantarse—. Te acompaño a la puerta.

Al enfilear el pasillo, Monroy se volvió un momento.

—Qué bueno, el *Nessum dorma*. ¿Lo oye mucho?

Pepita se ajustó bien el batín y le sonrió con amabilidad agradecida, como si al elogiar aquella interpretación lo elogiara a él mismo. Luego contestó:

—Cada día.

* * *

Manolo se rascó la barba levantando la mirada desde la pantalla del ordenador a la cara de Monroy, que esperaba sentado junto a él. Llevaban ya un buen rato al escritorio de Manolo en la librería,

examinando el material que Monroy había descubierto la noche anterior dentro del *pen drive*. Él ya se había pasado hasta medianoche explorando el fichero matriz, que Héctor había llamado cajadepandora. Ningún nombre le hubiera ido mejor, tal y como venían media mañana comprobando.

Sea como fuere, lo que había de extraño tenía que estar relacionado con la Meningocox AC, porque ese nombre se repetía varias veces también en el documento en francés.

—La cosa es que ese documento es una circular interna de la farmacéutica ésa. Es una orden de destruir diez mil unidades de la vacuna de marras, porque, al parecer, es defectuosa. ¿Estamos?

—Sí.

—Y tiene fecha del 15 de noviembre del año pasado. ¿Estamos también?

—También estamos.

—Vale. Ahora, suma las cantidades de productos que se venden en estos albaranes. ¿Cuántas unidades te da?

Monroy leyó el documento que había abierto Manolo y asintió.

—Me he estado informando toda la mañana. Esto es un asunto feo, pero feo de verdad. Hay que hacer algo con estos cabrones.

—Bueno, Manolo, no te me pongas en plan activista. Ya han quitado de en medio a tres personas, por lo menos.

Manolo empalideció de repente.

—¿Qué me estás contando?

—Y a una de ellas, por saber mucho menos de lo que tú sabes. Así que, hazme el favor, olvídate de esto. Al menos por ahora.

Manolo señaló al mostrador con la cabeza.

—¿Y Gloria sabe eso?

—Mejor que no se entere de nada tampoco. ¿Me hiciste el cedé que te pedí?

—Sí —el librero sacó un disco compacto de un cajón y se lo entregó.

Monroy cogió un sobre con el membrete de la librería y metió el disco. Después anotó en el exterior: A. A. Comisario Déniz. Cogió también el dedo de cerámica y se lo guardó en el bolsillo. Bajó aún más la voz para decir lo siguiente.

—Me voy a borrar del mapa unos cuantos días. No sé si me siguen. Pero tú ten cuidado. Y cuida de Gloria, también.

—De acuerdo.

—Si me ocurre algo.

Manolo, con algo parecido a una ternura de viejo camarada, le tomó una mano y se la apretó.

—No te va a pasar nada. Pero si te pasa algo, he guardado una copia de todo y tengo las direcciones de correo electrónico de todos los periódicos del país.

—Al final te voy a deber una, rojo de mierda.

—Pues claro que me la debes.

Monroy se dirigió al mostrador. En ese momento, sólo había una clienta, rebuscando entre los libros de autoayuda. Gloria leía un catálogo de novedades.

—¿Qué? ¿Ya terminaron con los jueguitos?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada. No tiene ni pies ni cabeza. Él no entiende nada ni yo tampoco, así que a tomar por culo.

Gloria lo miró sabiendo que le mentía. Él supo que lo sabía. Pero ninguno de los dos lo reconoció. Monroy emitió una especie de suspiro y miró hacia la calle un momento.

—Tengo que irme un par de días.

—¿Adónde?

—A Lanzarote. Tengo un trabajito allí.

—¿Quieres que le eche un vistazo a la casa?

—No hace falta que vayas.

—¿Cuándo te vas?

—Esta tarde.

—Muy bien. ¿Me llamas cuando llegues?

—Claro.

Gloria salió de detrás del mostrador y lo besó larga y lentamente. Luego le tomó el rostro entre las manos y se alejó unos centímetros, para observarlo bien, como si quisiera retener esa imagen eternamente.

—Ten mucho cuidado.

—Tranquila. Dentro de unos cuantos días estaré otra vez dando la vara.

—Más te vale.

Monroy salió de la librería y Gloria se quedó allí, junto al mostrador, mirando a la puerta como si él no se hubiera ido.

* * *

Después de dejar el sobre con el cedé al policía que hacía guardia en la puerta de comisaría, Monroy volvió al Express. Quedaban algunos cabos sueltos. Para atar uno de ellos, nada más volver a casa, se puso en contacto con Isabel.

—Le dije que no sabía si quería saber más —le escupió ella cuando le devolvió la llamada.

—Usted, no. Pero yo sí. Y usted me va a echar una mano porque, si todo sale bien, le vamos a devolver la pelota a esos hijos de puta.

Se hizo un denso silencio que duró unos segundos. Isabel lo rompió tras dar un suspiro de resignación.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Localizarme una información. ¿Tiene algo donde anotar?

—Sí, espere Ya.

—Anote: Portugal, Asturias, Holanda, Italia, Luxemburgo.

—PAHIL —lo pronunció en inglés, aspirando la hache.

—Eso es. Debe de ser una empresa o, en todo caso, una organización. Tengo que saber a qué se dedica y, si puede ser, de quién es, dónde está Todo eso.

—Está bien. Procuraré enterarme. ¿Algo más?

—Sí. Una última cosa. ¿Le suena de algo el nombre de Aqueronte?

—¿Aqueronte?

—Sí. Asturias, Quijote, Úbeda.

—No hace falta que lo deletree, Monroy —le interrumpió ella—. Sé perfectamente cómo se deletrea. El Aqueronte es un río griego. En la tradición clásica, era el río que debían cruzar las almas de los muertos para llegar al Hades, si tenían la moneda para pagar el viaje. ¿Le suena de algo la barca de Caronte?

—Vaya. Nunca jugaré con usted al Trivial.

—Trabajo como secretaria, Eladio, pero soy licenciada en Filología —le espetó ella, con cierto orgullo.

Monroy soltó una risita amable.

—La verdad es que debe de ser una joyita, Isabel. Inteligente, de voz dulce, culta. Sólo faltaría que fuera usted guapa.

—Dicen que no estoy mal. En otras circunstancias le hubiera mandado una foto.

—Seguro que soy demasiado mayor para usted.

—Me gustan los hombres maduros. Eso no hubiera sido problema. En fin, Eladio. Le averiguaré eso.

—No voy a estar en casa.

—¿Se va de viaje?

—Podríamos llamarlo así.

—Le llamaré al móvil.

Y colgó. Monroy notó cómo le afloraba una sonrisa. Siempre le resultaba agradable un pequeño flirteo.

Se sentó al ordenador, que había encendido mientras hablaba con la chica. Hizo una búsqueda de «Aqueronte» en la red y, efectivamente, comprobó lo que ya Isabel le había dicho y poco más. Volvió a tomar la página impresa del archivo de hoja de cálculo. Miró las cifras de la columna de la derecha. La primera era 080307. La segunda, 300407.

—Hijos de puta —no pudo reprimirse de decir en voz alta—. Son fechas.

Y, de pronto, tuvo una inspiración. Abrió la página de información de Puertos de Las Palmas. Fue a la sección de tráfico de buques y, allí estaba lo que no había logrado entender. Miró el calendario y comprobó la fecha del día: 9 de marzo. Ya no necesitaba saber más.

Apagó el ordenador. Enfundó el ordenador portátil y, tras comprobar luces y grifos, cerró con dos vueltas de llave y fue a por el coche. Haría una parada para poner gasoil y luego ya no pararía hasta llegar a Teror, donde esperaría hasta que pasara todo aquel maldito temporal.

Cuando salió a la circunvalación, comenzó a mirar por el retrovisor, temiendo que lo estuvieran siguiendo. No sabía que ya habían comenzado a hacerlo.

27

Eladio Monroy entró en la casa de Paco Nieves en El Álamo el día 9 de marzo de 2007 a la una y media del mediodía. Le había costado dar con ella, pero, al fin, la había encontrado. Era una construcción de dos plantas (comedor, cocina, servicio y cuarto de ocio abajo, dormitorios, baños y otro salón arriba), que se comunicaban por medio de una escalera exterior y por una escalera de caracol (demasiado moderna para corresponder a la construcción original) situada entre el comedor y el salón central de la planta alta. En ese salón sería donde se instalara. Allí estaba la televisión, el aparato de música y un enorme sofá. *Last but not least*, la línea del teléfono y del ADSL llegaban hasta allí. También, situada junto a la ventana, había una mesa de libro, con una de sus hojas abierta, y una silla plegable de acero inoxidable y asiento de madera de pino. Se sentó en ella y miró por la ventana. Desde donde estaba ahora, podía ver la puerta de la tapia que daba al patio delantero de la casa, surcada de olmos y laureles de indias, y las fachadas laterales de las casas vecinas. Frente a la casa, al otro lado de la carretera de un solo sentido, no había más que monte: una ladera al final de la cual se veía el pueblo. En el improbable caso de que dieran con el sitio y vinieran a buscarle, los vería llegar.

Para empezar, instaló el portátil en aquella misma mesa y comprobó que la conexión a Internet funcionaba correctamente.

Abrió la ventana para airear la estancia. Una brisa de eucaliptos y poleo entró empujando el olor a cerrazón y humedad. Hacía un día

luminoso y fresco, de ésos que parecen hechos por encargo, y algo en Monroy activó el resorte del optimismo. Vas a salir de ésta, viejo cabrón, se dijo mientras buscaba en el contenido del *pen drive* un archivo que correspondía al enlace con una web. Al abrirlo comprobó que era una sección de la página de Feinberg and Feinberg, en la que se mostraba a sus directivos, seguramente hacía unos meses. Guillermo Arana Foix, Presidente del Consejo de Administración, aparecía en una foto hecha ante una biblioteca. Con traje y corbata, el cabello blanco peinado con raya a un lado, los ojos pequeños y gélidos, la dentadura, seguramente postiza, insinuada en la mueca forzada de alguien que no sabe sonreír con franqueza. Había varias fotos y biografías más de los cargos de la firma (incluida la de Héctor Fuentes Hurtado), pero a Monroy le llamó la atención la foto de una mujer de cabello castaño y ojos marrones y almendrados. Delgada, con facciones angulosas, metida en un traje de ejecutiva de color marengo, sonreía apoyada en un escritorio de corte funcional que debía de ser el suyo. Esther Vázquez Suñer. Directora de Relaciones Comerciales. Esther. La amiga de Héctor. La que había levantado la liebre. La que había intentado huir. La mujer muerta.

Cogió el teléfono de la casa y marcó el número de talleres Betancor. Sobre el sonido de un compresor en funcionamiento, se escuchó la voz de Dudú.

—Tallere Betancó, dígame.

—Hola, Dudú.

—Hey, Eladio, amigo. ¿Qué pasa?

—Ya ves, por aquí me ando. ¿Está el cabrón de tu jefe?

Monroy escuchó cómo Dudú se moría de risa antes de llamar al Chapi. También ralentizarse hasta la parada el sonido del compresor y la voz del Chapi acercándose, mientras se preguntaba qué coño le pasaba ahora al jodido calvo de los huevos.

—¿Qué fue? —Dijo, al ponerse al aparato.

—Chapi, ponte serio. Estoy metido en una movida chungu.

—Joder, vaya novedad.

—No. Esta vez la cosa está jodida. Me estoy escondiendo de una gente hasta que se solucione un lío.

—Coño, ¿es un marrón de los gordos?

—De los gordos.

—¿Y dónde estás?

—No te lo voy a decir. No se lo dije ni a Gloria. Es mejor así. Pero, escúchame, si no te he llamado otra vez mañana por la mañana, o si pasa algo importante, llama a Paco Nieves. Él sabe dónde estoy.

—¿Cómo que si no me has llamado mañana por la mañana? ¿Tan jodida está la cosa?

—En principio no. No te preocupes. Pero más vale prevenir. ¿Estamos?

—Vale. Ten cuidadito, querido.

—A tus órdenes, Bonifacio.

—Pero mira que eres cabrón. Oye, no me cuelgues.

—¿Qué?

—¿Cómo te va con la Express? ¿Te gusta?

—Me voy acostumbrando. Si me la pintas de gris, a lo mejor hasta se la compro a la vieja. Nos vemos.

Justo cuando acababa de colgar, sonó su móvil. Monroy fue hasta el sofá, donde lo había dejado al llegar, junto con el bolso de viaje. Era un número de Madrid.

—¿Isabel?

—Prometeo African Health Institute Limited —pronunció ella en perfecto inglés—. Eso es lo que quiere decir PAHIL. Es una empresa de distribución farmacéutica. Le he mandado a su correo electrónico toda la información que he reunido. La sede central está en Dakar, aunque opera en la mitad de los países del África subsahariana: Guinea, Mali, Nigeria, Burkina Faso Pero, es curioso, porque todo esto parece haber surgido de la nada.

—¿Qué quiere decir?

—Fue fundada en diciembre del año pasado.

—Coño, qué casualidad —Monroy dio un respingo mientras decía esto.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Coincide con una sospecha que tenía. Bueno, por lo que me cuenta, parece que empezó ya pisando fuerte.

—Eso es. Tiene toda la pinta de que alguien haya metido una inyección de capital social a lo bestia.

—Como si fuera una filial.

—Sí. Pero no aparece relación alguna con otra empresa matriz.

—Y no hay cabeza visible, supongo.

—Hay un español en el consejo de accionistas. Un tal Guillermo Arana.

—Guillermo Arana Foix.

—¿Lo conoce?

—No, pero sospecho que no voy a tardar en conocerlo. Es el mandamás de Feinberg y Feinberg.

Isabel guardó silencio. Evidentemente, estaba atando cabos.

—Ahora sí que quiero saber más, Eladio.

—Lo sabrá. Se lo prometo. Lea los periódicos mañana. Ahora mismo no puedo seguir hablando.

—Cuídese, Eladio.

Monroy consultó el archivo adjunto que Isabel le había mandado y lo reenvió al correo personal del comisario Déniz.

El móvil no tardó ni diez minutos en sonar nuevamente.

—¿Qué coño es todo esto, Eladio? —Le espetó el comisario a modo de saludo.

—El favor que te debía. Ya ves, no has tenido ni que reclamármelo.

—Lo que tú digas. Pero no entiendo una mierda. Me dejas un disco con un montón de cosas raras y ahora me mandas este lío de no sé qué empresa del culo del mundo.

A Monroy siempre le había encantado desorientar a Déniz. Así que le produjo verdadero placer físico saber que estaba tan desconcertado. Y decidió dilatar la explicación un poco más y hacerlo calentar. Como siempre, más que nada, por joder.

—Bueno, podrías empezar mandando esto a tu gente.

—¿A qué gente? —Refunfuñó el comisario.

—No sé: a la científica, a la brigada de salud pública. A cualquiera que sea un poco más listo que tú.

—Mira, Eladio Yo me cago en tu puta madre de entrada.

—Tú no tienes mierda como para eso.

Aquella respuesta logró sacar a Déniz de sus casillas.

—¿Me vas a aclarar esto de una puta vez?

Monroy pensó que ya era suficiente.

—Vale. Voy a empezar por el principio.

—Sí, hazme el favor.

—Héctor Fuentes era Director del Departamento de Control de Calidad de Feinberg and Feinberg en Madrid. ¿De acuerdo?

—Sí.

—O sea, que, en la práctica, supervisaba todos los productos que la marca fabricaba en España. Y los que importaba para su distribución. Hasta ahí me sigues, ¿no?

—Que sí, coño —se impacientó Déniz.

—Vale. Pues sigo. A finales del año pasado, Fuentes descubre un fallo en una vacuna contra la meningitis que la marca, al parecer, ha importado de la India.

—Eso del Meningocox AC —por cómo lo pronunció, Monroy adivinó que Déniz lo había leído en la pantalla de su ordenador o en sus notas.

—Exacto. Parece ser que algo se ha torcido en la elaboración y la cosa esa caduca antes de tiempo. Y eso la convierte en veneno puro. Pero, claro, cuando Fuentes se da cuenta ya han comprado unas diez mil unidades. En todo caso, Fuentes cumple con su obligación, informa a los de arriba y viene una circular de la sede

central en Bélgica ordenando la destrucción de toda la partida. Hasta ahí, todo normal.

—¿Pero?

—Pero Fuentes tiene una amiga, una tal Esther, que dirige el departamento de relaciones comerciales. Y supongo que se dieron cuenta de una cosa. No sé si charlando o cómo, pero entre los dos se fijan en que por arte de magia ha entrado en stock una partida de diez mil dosis de un genérico de la vacuna contra la meningitis meningocócica, que aparece como fabricada en España y que ha sido vendida a una empresa africana de distribución farmacéutica, que se llama PAHIL y tiene sede en Dakar. A Fuentes no le consta que los laboratorios de Madrid hayan fabricado ese genérico.

—¿Conclusión?

—Conclusión: alguien ha cambiado las etiquetas, y el Meningocox AC, que es una mierda pinchada en un palo y supuestamente había sido destruido, se ha convertido en un genérico estupendo e inmaculado como el baño de una marquesa, y con una caducidad de tres años en una etiqueta que es más falsa que un billete del monopoli.

—O sea, que alguien de dentro juega sucio.

—Y no sabes cómo. No sé cómo habrán ido las cosas en ese momento. Igual se quejaron al jefe. En todo caso, Esther decide salir por patas. Pero, mira tú por dónde, tiene un accidente de coche y se mata. El recorte está en uno de los archivos.

—Lo vi.

—Por ahora todo puede parecer una casualidad para todo el mundo. Menos para Fuentes, que sale corriendo para Las Palmas, donde resulta que tiene a su novio. Pero Héctor no era bobo. Primero reunió toda esa información y la metió en un *pen drive*. Era una especie de seguro de vida. Y a lo mejor tomó alguna otra precaución. Eso ya no lo sé.

—Pero, ¿cómo llegó todo esto a tus manos?

—Espera a que te cuente otra cosita. Eso, la escapada de Fuentes, es en enero. Entonces, los de la farmacéutica, que al parecer saben que Fuentes está en Las Palmas, contratan a Tachán tachán —canturreó Monroy—. ¡Gargajo y Pus!

—¿Quién cojones son esos?

—Gracián y Puig Investigaciones, una agencia de detectives.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿A ti qué te interesa? ¿Saber lo que sé, o saber cómo me he enterado?

Déniz se resignó con un chasquido de lengua que preludiaba una rabieta.

—Está bien. Sigue.

—Al lío. Gracián y Puig mandan para acá a Molina. Carlos Molina, un detective privado.

—Que también está en el ajo, entonces.

—No, señor. Éste es un tipo serio. Le hacen creer que Fuentes se ha llevado secretos de la empresa a la competencia, o algo así. El caso es que lo localiza, hace un informe para los clientes y cierra el caso. Eso fue el miércoles pasado.

—Ajá. ¿Y?

—Y más casualidades de la vida: ¿quién se tira el viernes desde un décimo piso?

—Coño. Ya van dos.

—Tres. Porque, a estas alturas, no seguirás pensando que quien se cargó a Fuentes fue el pobre Colacho, ¿no?

—Vale, Eladio. Te confieso que me empiezas a convencer. Pero esto no son más que conjeturas, hombre. ¿Contra quién tengo que ir? ¿A quién tengo que investigar?

Monroy dio un bufido. Le exasperaba el despiste del comisario.

—Bueno, para eso tienes que fijarte en los albaranes de venta. Están cruzados entre Feinberg y Feinberg y PAHIL, que es una empresa que surgió de la nada justo en los días en que tocaba destruir la vacuna de marras. Échale un vistazo al correo que te

envié hace un rato. En el consejo de accionistas figura un señor que se llama Guillermo Arana, que no es otro que el jefazo de Feinberg y Feinberg en España.

—Y, según tú, ¿ése es el hombre?

—Supongo que él, directamente, no. Pero investiga su entorno. Seguro que te aparece algún tipo que se dedica a lavarle la ropa sucia. Y ése no sabrá decir dónde estaba cuando Esther tuvo el accidente, cuando Molina se tiró por la ventana o cuando alguien apuñalaba a Fuentes.

El comisario guardó silencio. Monroy decidió darle unos momentos para pensar, atar cabos, prever posibles actuaciones. Casi un minuto después, Déniz volvió a hablar.

—Va a ser muy complicado investigar todo eso, Eladio. Necesito algo más. Algo que relacione directamente a ese tipo con toda esa mierda. Una chispa que lo haga saltar y convenza a un juez para que abra un sumario.

—También tengo tu chispa. La verdad es que hay que dártelo todo masticado.

—Eladio, si te piensas dedicar a joderme, primero dame un besito, por lo menos.

—Mira el archivo que tiene una hoja de cálculo.

—Ya lo vi. Eso de Aqueronte.

—Vale. Aqueronte es un barco.

—¿Qué?

—Un jodido barco carguero que salió ayer de Cádiz y mañana por la noche llega a Dakar. ¿Y dónde está hoy haciendo escala para avituallamiento?

—No me jodas.

—Sí. Vuelve a salir a medianoche. Y lleva 2500 unidades de la vacuna genérica, que me apuesto la pinga a que es defectuosa. ¿Te parece bastante como para que un juez te firme una orden de entrada y registro?

Déniz se regocijó.

—Yo diría que sí. De hecho, conozco a uno que acaba de coger la magistratura y al que se le va a poner durísima con este asunto.

—Pues ya se la estás meneando, porque éstos zarpan esta noche.

—En cuanto cuelgue, lo llamo. Y, ahora, dime, ¿por qué no me contaste todo esto cuando estuviste aquí?

—Porque no lo sabía. El *pen drive* me llegó ayer por correo. Fuentes debió de enviármelo al darse cuenta de que lo seguían.

—¿Tú crees que había venido a Las Palmas por lo del barco?

—No. Yo creo que venía simplemente a alejarse de toda esa mierda. Pero seguro que los de la farmacéutica no opinan como yo.

—Si hubiera confiado en la policía, mejor le hubiera ido.

—Sí. Seguro Si te lo he tenido que explicar todo seis veces, coño.

—A tocahuevos no hay quien te gane, cojones. Pero tan tonto no soy. Por ejemplo, te enteraste de todo por el *pen drive*. De todo, menos de una cosa.

—¿De qué?

—De lo del detective. ¿Cómo se llamaba?

—Molina.

—Tú estás más metido en esto de lo que me cuentas, Eladio.

Monroy soltó un bufido.

—Podría ser. Pero te conformarás con que te diga que no he hecho nada ilegal. ¿De acuerdo?

—Por ahora sí. Procuraré dejarte al margen de todo.

—Se agradece.

—¿Dónde estás?

—Para ti, estoy en Katmandú hasta que todo esto se solucione.

—No me jodas, Eladio. ¿Crees que van a por ti?

—No lo sé. Pero por si las moscas, no voy a asomar el hocico en un par de días. Cuando todo estalle, tendrán cosas más importantes que hacer y pasarán de mí como de comer mierda.

—¿Y si dan contigo antes? —Preguntó, preocupado, el policía—. Vente para comisaría. O, mejor, dime dónde estás y mando un coche patrulla a buscarte.

—Sí. Y al FBI. Déjate de boberías. Si todavía no han dado conmigo, ya no me van a encontrar.

—Eladio, no seas morrudo, no me obligues a triangularte la llamada.

Monroy se rió estruendosamente.

—Joder, Déniz Qué modernos estamos ¿Te aumentaron el presupuesto? —Y añadió en tono sosegado—. Tranquilo. Yo sé cuidarme solito.

Déniz, con cierta resignación, chasqueó nuevamente la lengua.

—Está bien, cabezón. Si encontramos algo en el barco, te aviso.

Monroy hizo una pausa. Después añadió:

—Pero, hazme un favor: que investiguen lo de Molina.

—Primero lo primero.

—Sí. Pero que lo otro no se quede así.

—¿Lo conocías?

—Sí. Pero no es por eso.

—¿Entonces?

—Se lo debo a una amiga.

—Está bien. Oye, y si cambias de idea.

—Serás el primero en enterarse.

28

Eladio Monroy dio cuenta del segundo plato de pescado encebollado en la barra del bar Nuevo. Había almorzado apoyado en la barra, entre parroquianos que iban a tomar el café o la cerveza y se saludaban e intercambiaban bromas. Le gustaba Teror en los días de diario. No tanto en las épocas de las fiestas del Pino, cuando se llenaba de adolescentes borrachos y viejas agobiadas. Las fiestas populares, en general, solían estresarlo. Pero El Pino, la fiesta mayor, lo ponía de los nervios, al menos en el día principal, cuando toda la isla iba a dar allí en la romería y poner el pueblo patas arriba. Tras tomar un café y pagar la cuenta, salió a la calle y, en pocos pasos, se encontró en la plaza de la iglesia. Había aparcado el Express en la cuesta del cementerio. Pero de pronto decidió que aún le cabía un dulce de los de Benítez y se encaminó, fumando un cigarrillo y con paso tranquilo, hacia allá. Sentía una tremenda paz y algo parecido a la alegría.

Hacía unos años habría podido hacer algo semejante a lo que había hecho hoy y no lo hizo. Y eso le había pesado durante todo aquel tiempo, agriándole aún más su proverbial mal carácter, volviéndole, incluso, más viejo y huraño de lo habitual. Ahora, sin embargo, experimentaba una sensación que era algo así como la satisfacción del deber cumplido: todo estaba en orden; todo estaba bien. Podía tomarse unas vacaciones de su conciencia. Casi hasta de sí mismo. Y disfrutar un poco. Siguiendo un impulso repentino, sacó el móvil y llamó a Gloria.

—¿Cómo estás? —Saludó ella, amable, pero seria.

—Muy bien.

—¿Y el trabajo?

—No había ningún trabajo, Gloria.

—Ya lo sé.

—Tampoco estoy en Lanzarote.

—También me lo suponía. ¿Dónde estás?

—Estoy en Teror. Paco Nieves me prestó una casa que tiene en El Álamo. ¿Conoces esa zona?

—Mi abuela era de Basayeta. Conozco perfectamente todo el pueblo.

Monroy se sorprendió. Había tantas cosas que no sabía sobre Gloria. Le debía tantas horas, tantos días y semanas de atención, de una atención que se merecía y que nunca le había prestado.

—El asunto de Fuentes estaba calentito y tuve que mandarme a mudar. Pero creo que ya está todo solucionado.

—¿De verdad?

—Yo creo que sí. Ya que estoy aquí, voy a quedarme hasta el domingo. La casa está muy bien. Muy tranquila. ¿Te apetecería subir? Puedo comprar un par de botellitas de vino.

Monroy casi pudo ver cómo el rostro de Gloria se iluminaba al oír eso.

—Suenas bien. Déjame que hable con Manolo. Si puedo, subo mañana al mediodía. ¿Te parece?

—Perfecto. Y, Gloria.

En ese instante, Monroy se quedó en suspenso. Sintió cómo se le aceleraba el pulso y una sensación de agradable vacío se le alojaba justo en la boca del estómago. Y podía imaginar que algo así le ocurría a Gloria. Escuchó su respiración y su suspiro expectante. Ya había llegado hasta allí. Debía acabar la frase.

—Cuando volvamos a Las Palmas.

—¿Sí?

—Bueno, cuando volvamos a Las Palmas, deberíamos hablar de qué vamos a hacer con esto.

—¿Con qué?

—Con lo nuestro.

—Ah, entonces hay un «lo nuestro» —dijo Gloria, con ironía.

—No me lo pongas más difícil. No seas rebenque.

—No te lo pongo difícil, pero explícate.

Monroy emitió un gruñido.

—No empieces a liarla.

—No la lío. La lías tú.

—Lo que te quiero decir es.

—¿Qué me quieres decir?

Monroy se dio cuenta de que ella sabía perfectamente lo que estaba intentando decirle y de que lo único que quería era hacerlo rabiar. Así que, decididamente, rabió y le gritó en un tono autoritario que hizo que un policía municipal se volviera a mirarlo:

—Cuando volvamos a Las Palmas, dejas un cepillo de dientes en mi casa. ¿Estamos?

—De acuerdo —repuso ella inmediatamente.

—Pues eso —agregó él, más tranquilo.

—Pues vale.

—Pues de acuerdo. Adiós —dijo Monroy dispuesto a cortar la comunicación.

—Eladio —le llamó Gloria antes de que colgara.

—¿Qué? —Refunfuñó él.

—Que yo también te quiero.

Cuando estaba a punto de entrar en la dulcería, recibió un mensaje. Era de Déniz. Decía: YA TENGO LA ORDEN.REGISTRO BARCO EN MDIA HORA.T LLAMO STA NOCHE.

Con asombro, se dijo que parecía que por una vez, todo iba a salir bien.

29

Monroy llegó a la casa y entró por la puerta de atrás, la de la cocina. Dejó allí la bolsa del supermercado con las cosas que había comprado: leche, huevos, un par de latas de atún. Cosas que había echado en falta. También un par de botellas de vino y seis latas de cerveza. Ya lo ordenaría todo más tarde. Ahora le apetecía poner música y leer un rato. Subió por la escalera de caracol, se dirigió al mueble donde estaba el aparato de música y rebuscó entre los discos. Se dio cuenta de que los gustos de Blas no coincidían con los suyos, pero, cuando ya iba a darse por vencido y sintonizar alguna emisora de radio, dio con un ejemplar de *Songs From The Last Century*. Lo reprodujo a partir del segundo corte, una irreconocible versión de Roxanne. El bajo dio paso a una *big band* que atacó el tema con cadencia de balada, llenando la casa con una atmósfera elegantemente melancólica.

En ese momento se dio cuenta. Ni siquiera hubiese tenido que volverse. Sabía que estaba allí sin tener necesidad de verlo. Aún así, tras moderar un poco el volumen de la música, se volvió hacia el sofá. Allí estaba: el individuo alto y flaco, con la cazadora de cuero negro, el mismo que había estado en la librería de Gloria y que debía de haber estado siguiéndole los pasos, con la bolsa de viaje abierta a su lado, la mitad de su contenido esparcido junto a él y el libro de Murakami entre las manos. Ya sabía él que no todo podía salir bien.

Los ojos del desconocido siguieron la mirada de Monroy hasta la puerta que daba a la escalera exterior. El sofá estaba situado justo a medio camino entre el lugar donde estaba Eladio y la puerta, así que al otro le hubiera dado tiempo de ponerse en pie e interceptarlo. En cuanto a la escalera de caracol, por ella apareció ahora un tipo descomunal, con el cabello corto y profundos y fríos ojos azules. El hombre tenía una apariencia feroz, embutido en unos pantalones de faena negros y un polo azul celeste que dejaba ver la poderosa musculatura de los brazos. Monroy tenía puesta una camiseta, así que ni siquiera tenía en el bolsillo el bolígrafo que siempre llevaba por si acaso. En cuanto al martillo, dudó mucho que pudiera alcanzarlo sin que el del sillón se le echara encima. Se sintió indefenso. Apagó la música y sonrió, desarmado. Lo único que podía hacer era hablar. Hablar y esperar que bajaran la guardia.

—¿Está cómodo? —Preguntó.

—Más o menos —dijo el flaco con serenidad—. ¿Le gusta este libro?

—Quédesele si quiere. A mí no me interesa.

—¿Por qué? ¿No le gusta?

—Al autor se le nota que no está muerto.

El otro sonrió, divertido. Miró un momento a su compañero que se había quedado allí, a su izquierda, junto a la escalera.

—No entiendo —se extrañó.

—Normalmente, sólo leo libros de escritores que ya están muertos. El tiempo es una especie de De prueba de calidad.

—Una teoría curiosa.

—Aunque no deja de ser una teoría.

—Claro.

Charlaban con amabilidad, con voces muy suaves, casi con cortesía. Entre la intervención de uno y la del otro, mediaban largas pausas, como si temiesen pisarse la palabra.

—Espero que no le importe que haya utilizado su ordenador —dijo Fárez mostrándole el dedo de cerámica, que Monroy se había

dejado puesto en el puerto del portátil al salir.

—Está en su casa —respondió—. Un reportaje completo, ¿verdad?

—Si uno es capaz de interpretarlo, sí. Le confieso que yo no soy más que un mandado y me pierdo un poco con todas esas cosas de los jefes. Pero, espere. No nos hemos presentado. Mi compañero es Giorgi. Giorgi, este señor es Eladio Monroy.

Monroy le hizo un gesto con la cabeza al hombretón.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío —repuso el otro, llevándose una mano al bolsillo del pantalón y dejándola allí. Monroy supo instintivamente (el rumano no pretendía otra cosa) que aquella mano aferraba un arma. Seguramente una porra extensible o, más posiblemente, una navaja.

—A mí puede llamarme Fárez.

—¿Gallego?

—Sólo mi padre.

—Navegué con muchos gallegos.

—Ya lo supongo. La mar siempre les tiró mucho.

—Gente trabajadora.

—Es verdad.

Se hizo un denso silencio. Los temas insustanciales se habían agotado.

—Se han dejado ver la cara y hasta se han presentado, así que supongo que no tengo ninguna oportunidad.

—Ninguna. Y de veras que lo siento, porque se ve que es usted un hombre que se viste por los pies. Un caballero. Así que procuraremos que todo sea lo menos desagradable posible.

Monroy calibró la situación. Si había alguna posibilidad, pasaba por dejar fuera de combate a uno de los dos. Eso, de por sí, ya era casi imposible. Pero, además, su experiencia en reyertas le había enseñado una cosa: cuando uno se bate con más de un individuo, hay que ir siempre primero a por el más fuerte. Si se logra causarle

daño, el otro titubea antes de hacer frente. Giorgi estaba demasiado lejos y, además, iba armado.

—¿Le importa que me siente?

—Por favor —dijo Fárez señalando con la mano hacia la silla del escritorio.

Monroy la volvió hacia ellos y tomó asiento. Fárez sacó un paquete de Marlboro y le ofreció uno. Mientras los encendían con el mechero del matón, preguntó:

—¿Y me han estado siguiendo mucho tiempo?

—Desde este mediodía, cuando salió de casa. Tuvimos suerte, por cierto. Diez minutos más tarde y no hubiésemos sabido cómo dar con usted.

—Ah, ¿sólo desde esa hora?

—Sí. ¿Por qué?

Monroy sonrió con amplitud. Había encontrado un primer hueco donde sacudirle un picotazo a la seguridad de aquel Jack Palance de garrafón.

—No, por nada. Es que me hace mucha gracia todo esto.

—¿Y qué es lo que le hace gracia exactamente?

—Que no me vieran hacer ciertas gestiones esta mañana.

Fárez soltó una carcajada.

—Faroles, los justos, Eladio.

Monroy compartió la risa de Fárez. El extranjero comenzó a reírse también.

—No, amigo mío. Yo nunca juego de farol. Ya decía yo por qué no estaban ahora mismo torturándome.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó el otro, mientras su sonrisa comenzaba a enfriarse poco a poco.

—Quiero decir que ya no es demasiado necesario todo esto. Esta mañana, pasé por comisaría y dejé un cedé rom para un comisario amigo mío.

—Eladio, que no nos hemos caído de un guindo —dijo Fárez, pero con algo menos de convencimiento.

Monroy volvió a reírse, pero, ahora sí, completamente a solas. Los otros se pusieron muy serios y esperaron, con algo de impaciencia, a que su risa se extinguiera.

—Mire, Fárez —dijo, al fin, aplastando el cigarrillo contra el cenicero que había sobre la mesa y consultando su reloj—. Hay un barco en el puerto de la Luz que se llama Aqueronte. Hace exactamente cinco minutos que la policía subió a él con una orden de registro. Dentro de un rato encontrarán dos mil quinientas unidades de una supuesta vacuna genérica contra la meningitis. Al analizarla, comprobarán que es una vacuna defectuosa, llamada Meningocox AC, comprada a una empresa india y que debió ser destruida en diciembre. Pero alguien la reetiquetó y la vendió a una empresa senegalesa, llamada PAHIL, en la que está metido Guillermo Arana, verbigracia su jefe de usted y el cabrón mayor del reino, que es el que ha montado todo este tinglado.

Los matones guardaron un silencio sepulcral. Giorgi miró con nerviosismo a Monroy y a Fárez. Este, sin embargo, mantuvo el tipo, aunque también su mutismo.

—Un poco más tarde, un juez muy ambicioso de aquí se pondrá en contacto con cualquier otro juez ambicioso de Madrid y éste ordenará un registro del almacén de Feinberg and Feinberg, y encontrarán otras siete mil quinientas unidades más. Así que mañana, a esta hora más o menos, su jefe de usted y puede que algún otro sinvergüenza que esté en el ajo, estarán en Plaza Castilla, sudando la gota gorda para explicar lo inexplicable. También añadí algo de información de mi propia cosecha. Por ejemplo, que a Molina, muy probablemente, «lo suicidaron». Y que el accidente de Esther Vázquez seguramente no fue tal. Al final, durante esos interrogatorios a los malhechores grandes, los de arriba, los que nunca se ensucian las manos sino por persona interpuesta; durante uno de esos interrogatorios, digo, alguien acabará hablando de usted, Fárez, nombrándolo por su nombre —

alzó la mirada para dirigirla al grandullón—. Y a usted, por supuesto, Giorgi.

En ese momento, Giorgi se dijo que él todavía podía echarse atrás. Ellos no sabían quién era él. ¿O sí? Tenían a Anatol. Pero jugando sus bazas con rapidez, es decir, quitando de en medio a aquel tipo y a Fárez y llegando a la clínica antes de que nada se supiera, podría salir corriendo con el niño. Sí, pero, ¿y después? ¿Qué había del tratamiento?

Fárez, en cambio, pese a permanecer imperturbable, comenzó a sentir verdadero temor y rabia entremezclados. Y ese miedo y esa rabia tenían un nombre, el nombre de un individuo en cuyo silencio no confiaba en absoluto. Un nombre que siempre había odiado y despreciado, pero no tanto como al hombre que con él firmaba: Bolaño. Lo imaginó con la corbata floja, el cuello de la camisa ennegrecido por el sudor, firmando una declaración en la que le inculpaba de todos los delitos de sangre relacionados con todo aquel asunto.

Monroy, por su parte, vio los cielos abiertos. La tortilla comenzaba a menearse y, en un par de golpes más de sartén, se daría la vuelta. Se dio cuenta del nerviosismo de ambos, sobre todo del que sentía el extranjero, cuya mirada se había ido enturbiando mientras iba de uno a otro, pasando por todos y cada uno de los muebles del salón. Habían picado. Decidió tensar un poco más el hilo.

—Ah, espera un momento. —Dijo, mostrando un exagerado gesto de sorpresa que le arrugó la cicatriz de la mejilla—. Claro Tú no eres de la casa, ¿verdad, amigo? Eres subcontratado.

Soltó una enorme carcajada. La ira de Fárez se desbordó en sus ojos, que se dirigieron un solo instante hacia Lupescu. El rumano, a su vez, le devolvió la mirada. Únicamente un momento también. Y ese era precisamente el momento que Monroy esperaba. Súbitamente, se levantó, tomó la silla por el respaldo y se la arrojó a Giorgi con un movimiento elíptico. La silla dio varias vueltas en el

aire y fue a estrellarse contra la cabeza del rumano, alcanzándole de lleno con una de sus patas de metal, mientras aquél intentaba al mismo tiempo esquivarla, protegerse con la mano izquierda y sacar la derecha del bolsillo. Al mismo tiempo, Fárez había intentado levantarse, pero ya el pie de Monroy se había estrellado contra su boca. Sintió cómo se rompía un diente y cómo el otro se echaba sobre él. Intentó agarrarlo un segundo antes de que el puño derecho del ex marinero le abrasara la oreja izquierda con un golpe seco. Comenzó a oír un pitido terrible mientras se daba cuenta de que Monroy se separaba y ahora aparecía allí, ante él, con un martillo de carpintero, el mismo que antes, al descubrirlo dentro del bolso de viaje, se había preguntado para qué lo querría, el mismo que le golpeó la mejilla unos segundos más tarde, haciendo que le saltaran varios dientes más y lo dejó tirado en el suelo, en posición fetal.

Giorgi Lupescu se había balanceado un poco, pero la primera náusea comenzaba a desaparecer. Ahora estaba ahí, a este lado del sillón, con la sangre manando profusamente de la herida que tenía en el lado derecho de la cabeza, en toda su feroz y temible enormidad. Aun así, el rumano se preguntaba cómo demonios podía haberse dado la vuelta de aquella manera la situación, cómo podía ser que el ratón que iban a aplastar hubiese puesto ya fuera de combate a uno de los lobos y le amenazara ahora a él, al mismísimo Demonio, con un martillo.

Monroy comenzó a pensar que incluso podría contarlo. Evidentemente, Giorgi era un mulo. Y seguramente sería también un buen luchador. Se le notaba en su forma de cuadrarse, de mantener el tipo, de ignorar la brecha abierta, la roja sangre que le cubría ya todo el costado derecho y comenzaba a formar un charquito bajo su pie. Su única baza era la distancia. Una distancia que habría de mantener a toda cosa. Por otro lado, sangraba. Si perdía la suficiente cantidad de sangre y lo agotaba lo bastante, se debilitaría con rapidez.

Se miraron amenazadores. Entre ellos estaba el triste bulto que Fárez hacía ahora en el suelo, con la sangre manando de su boca. No sabían (ni siquiera él, que había perdido el conocimiento a causa del indecible dolor) que el brutal martillazo le había desencajado completamente la mandíbula, quebrándole el maxilar inferior. Monroy llevó a su espalda la mano que sostenía el martillo, se retrasó un paso y arqueó un poco las piernas, adoptando una postura más firme y flexible. Con la otra mano hacía gestos al otro para que se acercara.

—¿Quieres venir? Seguro que quieres venir, ¿verdad? Anda, ruso de mierda Ven aquí Intenta clavarme eso si tienes huevos.

No paraba de hablar. No dejaría de hacerlo. Sabía que la voluntad del otro se resquebrajaba como se había resquebrajado su parietal. Por un momento, el rumano bajó la mirada y miró a su compañero. Monroy pensó que ya estaba, que su moral se había minado del todo, que iría avanzando hacia la escalera y se iría de allí. Pero Lupescu debió de notar que él en ese momento se había distraído pensando precisamente eso y, de repente, se lanzó hacia delante, recorriendo en dos zancadas el espacio que los separaba y echándose sobre él con una energía imparable.

Eladio Monroy sintió la hoja hundiéndose en su costado, rasgando la camiseta, la piel y luego la carne, buscándole el alma adentro, cada vez más adentro, como si todo ocurriera a cámara lenta. Pero no había sido así. Todo había sucedido muy rápidamente, como un fugaz relámpago surca el cielo de la noche y desaparece de pronto. Notó cómo el otro lo agarraba con la otra mano por el cuello de la camisa, cómo la hoja se retiraba hacia fuera, con un giro que lo desgarró aún más. La mano que empuñaba la navaja tomaba impulso para repetir el movimiento. Justo entonces, Monroy tuvo un último destello de lucidez, alzó el martillo y lo descargó con todas sus fuerzas sobre Lupescu. Fue la parte dentada la que impactó contra la parte superior del cráneo, que se hundió bajo el acero con un seco chasquido. Monroy se separó y

cayó hacia atrás, ya completamente sin fuerzas. Desde el suelo, vio cómo Lupescu se tambaleaba sobre él, gigantesco, con el acero ensangrentado en la mano (reparó en el hecho atroz de que era su propia sangre la que manchaba el arma) y la cabeza tras la cual se veía sobresalir el mango del martillo completamente anegada de sangre de un color rojo vivo, inundándole el rostro desencajado. Lo último que Monroy vio antes de que una negra sombra le cubriera los ojos, fue aquella figura descomunal desplomándose sobre él como una marioneta.

Epílogo

Sed. Sentía una sed horrible. Como si su lengua y sus labios fueran de cartón. Abrió los ojos y vio la cara, ahora ojerosa y pálida, de Gloria. Intentó hablar pero algo le oprimía la garganta y el intento le produjo un golpe de tos que no pudo emitir. Gloria sonreía y lloraba al mismo tiempo y acercaba su rostro al suyo.

—No hables. No intentes hablar, mi amor. Duérmete, mi cielo.

La oscura ola del sueño volvió a envolverlo. Escuchaba voces. Voces conocidas y otras no tanto. Entremezcladas. Sabía que hablaban de él y las entendía, pero cuando intentaba retener el significado de sus palabras éste se escapaba como agua entre los dedos.

Cuando abrió nuevamente los ojos, lo cegó la luz de un fluorescente. Los cerró de nuevo e hizo varios breves intentos hasta que al fin se acostumbró a la claridad. No podía moverse. Se supo en un hospital. Y se adivinó bastante sedado, porque no sentía apenas su cuerpo salvo con la forma de un enorme peso.

Gloria estaba allí. También el Chapi, con una camisa de tejido sintético a cuadros. Parecía haberse lavado, pero su pelo seguía teniendo una pátina de grasa brillante. Estaban a los pies de la cama, hablando en voz baja. Notó que ya no tenía nada oprimiéndole la garganta ni la nariz. No había reparado antes en ello, pero lo que había estado oprimiéndole le entraba por la nariz. Una sonda. No era la primera vez.

—Mira, ya se despertó.

Vinieron a la cabecera. Ambos sonreían. Gloria se sentó en la cama. El Chapi se quedó en pie.

—Ya está bien de dormir, ¿no? Jodío gandul.

Monroy intentó decirle algo, pero notaba la lengua como si fuera una gordísima tortuga que hubiera perdido su caparazón.

—No intentes hablar todavía, cariño. Estás en el hospital. En el Negrín.

Chocolate por la noticia. Dime algo que no sepa, mujer, pensó Monroy. Ella debió de adivinárselo en la expresión.

—Estuviste muy grave, Eladio. Te salvaste de churro. Pero el médico dice que te vas a poner bien.

—Un par de días más y a tocarle los cojones a todo el mundo, como siempre —dijo el Chapi. De pronto, frunció el ceño e intentó reprimir algo que lo asfixiaba, pero al fin no pudo y se echó a llorar —. Pedazo de cabrón, los sustos que nos das.

Lloraba con la rabia de un niño pequeño. Monroy emitió algunos sonidos guturales. Gloria, también con los ojos húmedos, se acercó para intentar entenderlo. Sonrió y, volviéndose al Chapi, le dijo:

—Dice que aunque le montes numeritos, no piensa volver a follarte.

—Genio y figura.

* * *

A lo largo de los días siguientes, Monroy fue enterándose de algunos detalles por Gloria, que no se separaba de él. Fue El Chapi quien lo encontró. A él y a los dos sicarios. Al parecer se había preocupado tras hablar con él y lo había telefoneado por la tarde. Como no cogía el móvil, había hablado con Paco Nieves. Él y Dudú habían subido a la casa preparados para lo que fuera, pero no para aquella escabechina. Si hubiese esperado al día siguiente para reaccionar, tal y como él le había pedido, no hubiese sobrevivido.

Lo operaron de urgencia y pasó casi dos días en coma. Más otros tres completamente grogui. Durante ese tiempo, el Chapi y Dudú habían ido diariamente. También habían estado yendo a

visitarlo Paco Nieves y Sarito, Casimiro, Juancito el feo, Matías, Hanif Viram y una tipa con pinta de fulana que decía llamarse Isadora (y que ya le explicaría quién era), hasta que en algún momento coincidieron a verlo todos a la vez y el celador los había echado a la puta calle. Ah, también había una tal Isa que no paraba de llamar (eso también tendría que explicarlo).

—¿Y en cuanto a aquel asunto? —preguntó Monroy—. ¿Los cogieron?

—Sí, Eladio. Los cogieron bien Bueno, te he guardado los periódicos Que, por cierto, Manolo, en cuanto se enteró de lo que te había pasado, se fue al ordenador y se volvió loco mandando correos.

—Ahí está mi comunista.

—Tienes diez puntos de sutura, más treinta y pico internos.

—Coño, ya puedo conducir borracho.

—¿Cómo?

—Si me quitan puntos del carné, tengo de sobra para cubrirlos.

—Esto no es cosa de risa, Eladio. Casi te mueres. Y te digo una cosa: si se te ocurre morirte, yo te mato.

* * *

Una mañana abrió los ojos y Déniz estaba allí, sentado en una silla junto a él, leyendo La Provincia. Cuando se dio cuenta de que se había despertado, sonrió.

—¿Cómo estás, cabezón?

—Cortado.

Ambos sonrieron con la gracia.

—La verdad, hecho gofio. Pero mejorando.

—¿Necesitas algo? ¿Te doy agua o alguna cosa?

—Necesito un buen solomillo.

—Parece que mañana ya te darán algo sólido, me dijo Gloria. Por cierto, fue a casa a cambiarse. Esa mujer vale lo que pesa, Eladio. ¿Por qué no te arreguntas de una vez?

Monroy exhibió una nueva sonrisa y asintió. Quizá fuera la primera vez que miraba de forma sinceramente amable al comisario.

—Los cogiste, ¿verdad?

—No. Los cogiste tú. Si no llega a ser por ti, yo no me hubiera enterado de nada. Pero lo negaré ante todo el mundo. No pienso dejar que me quites el trabajo.

—Quedará entre nosotros.

—El gilipollas de Arana se había preparado el viaje a Paraguay y la cirugía estética. Pero el juez se olió algo y lo tenía vigilado. Aparte había un abogado, un tal Bolaño. Están investigando quién más en la empresa estaba pringado. Ahora está saliendo un montón de basura. Ya está metida hasta Interpol, porque la trama llega lejos. Por lo que sé, parece que hay tanto fármaco falsificado de fabricación india que algunos países ya le han cerrado el grifo a las importaciones de allá. Así que el cabrón éste se había montado un chiringuito importando productos desde Bombay y cambiando las etiquetas para luego volver a vender en África. Al venir desde Europa era más fácil introducirlos. Parece que tenían proyectados chanchullos con un par de cosas más: medicamentos contra la meningitis, además de la vacuna, retrovirales del SIDA. A veces eran simplemente productos de baja calidad. Otras, falsificaciones, directamente.

—Hijos de puta.

—A éstos los trincamos. Pero, te digo yo que a los de la India no los trincan ni de coña.

—Y si los cogen, ya habrá otros.

Déniz asintió repetidamente.

—Lo que me pregunto es cómo puede haber canallas que hagan algo así.

—Porque los dejamos. Participamos en el mismo sistema que los hace crecer. Ya nada es blanco o negro. Hay una enorme nada gris en la que todo es una mierda y sólo importan los beneficios. Y si un par de miles de personas salen jodidas a nadie le importa,

porque no son más que unos negritos que viven en el culo del mundo, ¿no es verdad? Pero en realidad están aquí al lado, Déniz. Son personas con nombre y apellido y las pasan putas mientras cuatro cabrones se hacen ricos a costa de ellos.

—Eso, a la gente, le da igual. Esto mismo, ahora está en los papeles. Pero dentro de una semana ya nadie se va a acordar. Y, como tú dices, ya otros volverán a abrir el negocio. A la gente, mientras les des Liga de Champiñones y cotilleos del corazón, les suda todo la polla. Yo me estoy haciendo viejo para estas cosas, Eladio.

—Joder, Déniz —se burló Monroy, algo sorprendido—. Te estás volviendo comunista. Ya hablas como Manolo.

—¿Comunista? —Dijo el otro, mosqueado—. ¿Manolo? ¿Quién es Manolo?

Monroy se rió.

—Ya te he dado suficientes chivatazos este mes.

Déniz lo miró con complicidad, sabiendo que lo que iba a decirle le gustaría.

—¿Sabes cómo se llamó la operación? Operación Caja de Pandora.

—Muy apropiado.

—En mi opinión, eres un héroe, Eladio. Anónimo, pero héroe. Lo que pasa es que yo no quiero tener por amigo a un héroe muerto. No vuelvas a hacer algo así nunca más. ¿De acuerdo?

—Descuida. No me apetece en absoluto. Además, que me llegara a enfrentar con éstos fue sólo una casualidad. Un error de cálculo. Oye, dime, ¿qué fue de aquellos dos?

—¿De esos dos hijos de puta? Al flaco, el tal Diego Fárez, lo interrogué yo personalmente. Y te aseguro que me lo pasé de puta madre haciéndolo. Casi no puede hablar. Le rompiste la mandíbula. Era el jefe de seguridad de la empresa. Acabó cantándolo casi todo. Falta lo de la directiva, esa chica, Esther Aunque los de Madrid están revisando el caso y reuniendo indicios. Vamos a ver en qué

para. De todos modos, entre lo de Molina, lo de Fuentes y lo que intentó contigo, tiene un buen marrón.

—¿Y el otro?

Déniz guardó silencio.

—¿Qué pasó con el otro?

—Tú no podías hacer otra cosa, Eladio. Era él o tú.

Monroy miró con tristeza a la pared de enfrente. Déniz continuó hablando, para animarle.

—Por suerte, el juez instructor es el mismo. Cuando le conté cómo había sido la cosa, habló con el fiscal. De todos modos, es un caso clarísimo de legítima defensa. Cuando estés mejor, te tomamos declaración y punto y pelota.

* * *

El penúltimo día de su estancia en el hospital, cuando ya le habían quitado la mitad de los puntos y casi podía valerse solo, Monroy recibió una visita inesperada. Estaba junto a la ventana, después de haber leído un rato, mirando los edificios de Buenavista recortándose contra el cielo al otro lado del barranco, cuando escuchó a una voz conocida preguntar si se podía entrar. Miró hacia allá y vio a Nico, con una bolsa de una tienda de regalos en la mano. El hombrecillo fue hasta donde él se encontraba y se estrecharon la mano.

—¿Cómo te encuentras, Eladio?

—Ahora mejor —dijo Monroy, volviendo a mirar por la ventana.

Nico fue sacando y poniendo sobre la cama el contenido de la bolsa: una caja de bombones, un juego de seis vasos de cristal de roca y la camiseta de Canarias Jazz and Más Festival 2004, lavada, planchada y doblada como nunca antes lo había estado.

—Te debo una disculpa, Eladio. La última vez que nos vimos no fui muy.

—No hay nada que disculpar. Era lógico que pensaras eso. Yo no sabía nada. Nunca pensé que.

—Ya lo supuse —le apostrofó el cocinero—. Pero entiendo que te engañaron, como a ese detective, Molina. Cuando me contaron lo suyo, empecé a atar cabos.

—Pues debes de haber sido el único. Y me gustaría que todo siguiera así.

—Así será. Ese policía amigo tuyo me contó todo. Me dijo que si no es por ti, todavía soy sospechoso. Y te lo agradezco. Pero más te agradezco lo otro.

—¿Qué otro?

—Que le hicieras justicia a Héctor. Él pensó muchas veces en denunciarlo, pero tenía miedo.

—Normal. Yo tampoco lo hubiera hecho, de estar en su pellejo.

—Era un hombre justo, Eladio. No era como yo. O como tú. Él tenía ideales. Creía en ciertas cosas. Hiciste lo que él no pudo hacer.

—Bueno, corta ya. No nos vayamos a poner sentimentales. Acompáñame a dar un paseo, que hay una enfermera en la otra ala que me pone como una moto.

Monroy se apoyó en el hombro de Nico y avanzaron hacia la puerta.

—Joder, ¿me vas a hacer recorrer el pasillo para ver a una tía?

—Hombre, también suele haber un celador jovencito que igual te hace gracia.

—¿Está cachas?

—Un musculitos.

El hombrecillo rubio y el ex marinero de la letra K tatuada en el antebrazo salieron de la habitación al paso lento que los dolores de éste último marcaban. El juego de vasos había quedado encima del ejemplar de Monroy de *Dejemos hablar al viento*, cuyo lomo presentaba la mancha de dos o tres salpicaduras, casi imperceptibles, de sangre.

Las Palmas de Gran Canaria, 16 de febrero de 2006-11 de septiembre de 2008.

Nota del autor

Todos los hechos, personajes, empresas y entidades que aparecen en *Sólo los muertos* son, por supuesto, una mera ficción, fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, etc. Sin embargo, la trama de esta ficción surge de algunos datos reales, por ejemplo, los tres siguientes:

Primer dato. La meningitis meningocócica es considerada una endemia que afecta a los países del llamado «cinturón de la meningitis» (desde la costa occidental africana hasta el Cuerno de África) y causa graves lesiones cerebrales o la muerte, sobre todo entre la población infantil. En 2002 tras una reunión celebrada en Burkina Faso, los expertos reunidos allí por la OMS coincidieron en que lo más importante en la lucha contra esta terrible enfermedad (que en esos momentos atacaba bajo la forma de su cepa W135) era utilizar una vacuna para prevenir todos los brotes de la misma en África. La vacuna debería ser eficaz contra las tres cepas habituales, A, B y C, además de la cepa W135. Ya existe y se utiliza sistemáticamente en los países desarrollados una vacuna con las tres cepas, pero su precio actual en el mercado (que oscila entre 4 y 50 dólares USA por dosis) es mucho más alto que el que pueden pagar los países africanos. Los expertos coincidieron en que, si esta vacuna «tetraivalente» tuviese un precio de, aproximadamente, 1 dólar por dosis, sería muy útil utilizarla en situaciones epidémicas en África, por lo que se debería hacer todo lo posible para reducir los precios y aumentar al mismo tiempo la producción.

Segundo dato. Según la Organización Mundial de la Salud, hasta el 25% de los medicamentos utilizados en los países en vías de desarrollo son falsificados o incumplen las normativas.

Tercer y último dato. Durante la epidemia de meningitis en Níger en 1995, se administraron vacunas falsificadas a más de 50.000 personas. La inmunización con esa vacuna de inferior calidad produjo 2.500 muertes.

The rest is silence.